



Antología literaria
**Nuestras Voces
cercanas**

25 Colección
Nosotros Hoy

México 2021-2022





Juan Palomino



**Colegio
Madrid**



**INSTITUCIÓN MEXICANA DE ENSEÑANZA, FUNDADA EN 1941 POR EL EXILIO REPUBLICANO
ESPAÑOL INTEGRADA A LA RED DE CENTROS ESPAÑOLES EN EL EXTERIOR**



Andrea Balcorta

Índice

Presentación.....06

Jurados08

CUENTO

Cuentos Primaria 11

Cuentos Secundaria27

Cuentos Bachillerato.....51

Cuentos Exalumnos.....77

POESÍA

Poesía de Secundaria 99

Poesía Bachillerato.....105

Poesía Exalumnos..... 115

MINI FICCIÓN

Minificción Secundaria 123

Minificción Bachillerato.....129

Minificción Exalumnos.....143

CRÓNICA

Crónica Secundaria149

Crónica Bachillerato159

Crónica Exalumnos 175

ENSAYO

Ensayo Bachillerato199

Ensayo Exalumnos 207

ENGLISH TEXTS

English texts Secondary 231

English texts CCH 238

English texts Alumni 271

PRESENTACIÓN

Tras año y medio de confinamiento llegó la hora de recuperar nuestras vidas. 18 meses de vivir tras una pantalla, asustados y tristes, aislados, pero en contacto, desconfiando hasta de nosotros mismos.

Año y medio de compartir de diferente manera, de aprender muchas cosas que de otra forma nunca hubiesen llegado a nuestras vidas. De tomar conciencia de la manera en que nos relacionamos con el otro, pero también con nuestro medio ambiente. De aprender de empatía y solidaridad.

El reencuentro nos encuentra diferentes, nos permite vernos tras nuestras máscaras con otras perspectivas, con nuevas, y espero mejores, visiones de mundo. Sin embargo, lo vivido deberá siempre estar presente, para no olvidar, para que no se repita.

Muchas cosas se quedaron en el camino, muchas pérdidas que hay que nombrar y que es preciso compartir. Para ello siempre el recurso de la palabra escrita, que nos permite contar sin saber bien a quien nuestros sentimientos, nuestras experiencias y siempre también nuestras alegrías.

El pequeño libro que hoy nace de este confinamiento retoma justamente la experiencia de quienes en él participan durante este largo año de la COVID-19. Sus relatos, sus textos, conforman un hermoso expediente de lo que han significado estos tiempos tan aciagos. Sus palabras pueden en muchos sentidos ser las nuestras. A través de

ellos les damos voz a nuestras propias experiencias y permitimos que se perpetúen, que no se pierdan.

Poco a poco vamos retomando nuestras vidas, nuestros patios en el Colegio se van llenando de voces, lo que por meses permaneció en silencio hoy retoma su esencia.

Siempre tratando de establecer distancia, nacen aulas al aire libre, nuevas maneras de saludarnos, de estrecharnos con un solo roce. Creo que una de las cosas más importantes que nos ha dejado esta pandemia, ha sido el enfocar nuestros actos en la responsabilidad que tenemos para con los demás, hoy nos cuidamos principalmente pensando en el otro, para cuidarlo a él también. Esto significa un importante cambio en nuestra manera de vivir y relacionarnos. Esto nos dejó la experiencia vivida, ojalá, al igual que los textos de esta Antología literaria, permanezca siempre.

Es tiempo de mirar hacia adelante con una nueva perspectiva. El futuro será lo que cada uno de nosotros desee que sea, para nuestra comunidad es tiempo de construir, de caminar todos juntos con compromiso, con una nueva mirada, más limpia, más solidaria, más ética. Que la COVID-19 traiga al fin, días felices y llenos de esperanza.

Ana María Jiménez Aparicio
Directora General

LECTORES

Lourdes Aguilar Salas

Gabriela Concepción Anaya Porras

María Guadalupe Anaya Porras

Roxana Jiménez Escamilla

Liliana Carolina Pondelek Berbel

Pedro Martín Aguilar

Eduardo Samuel Rivero Reyes

PRIMARIA

El tiburón y el pez

José Luis Arizmendi López

¿Dónde estoy, cómo llegué
y por qué estoy aquí?

Ana Lia Hernández Echenberg

Las galletas de mar

Brianna Stephanie Ruiz Urgell

Querida yo

María Emilia Palafox Popoca

Pepe aprendió mucho

Raúl Revuelta Maya

Mi casa, mi hogar, mi lugar:
cuento poético

Santiago Olivares Tolama

Un cambio repentino

Tania Jimena Ruiz Domínguez

El tiburón y el pez

José Luis Arizmendi López

Primaria 5 A

Había una vez un tiburón y un pez, ambos eran amigos, a ellos les gustaba estar todo el tiempo jugando y una que otra vez al tiburón se le ocurría hacer travesuras, las cuales le salían muy mal, por lo que los papás decidieron separarlos por mucho tiempo porque pensaban que el uno al otro se influía de manera negativa. Por lo que ambos se dejaron de ver, cada quién siguió su camino y, con el tiempo, se olvidaron uno del otro.

Al ir creciendo, el tiburón se convirtió en el malo en el barrio, esto sucedió porque todos pensaban que tenía una cara agresiva y nadie quería juntarse con él, así que no tenía amigos y nadie le hablaba lo cual hacía que tuviera mala fama. Esto provocó que cada vez se sintiera más sólo y triste y fue haciéndose malo, aunque antes era bueno.

Un día una tortuga paseaba lentamente cerca del tiburón, fue entonces que lo volteó a ver y se puso a platicar con él mientras intentaba seguir avanzando. El tiburón, sorprendido, le preguntó:

—¿Por qué eres tan lenta?

—Para poder observar todo a mi alrededor sin prisas —respondió, —y supongo que tú tienes esa cara de enojado para poder defenderte, pues de lejos se puede ver el gran corazón que tienes dentro.

Al tiburón le gustó el comentario y se hicieron amigos. Pasaron los días, y platicando con la tortuga, se dio cuenta que lo que el tiburón necesitaba, era tener amigos y le propu-

so presentarle a un amigo: el pez sin que ellos supieran que se conocían.

Entonces los invitó a ambos a el arrecife a las 4 pm donde podrían convivir. Al llegar, pasó lo inesperado empezaron a hablar de su niñez, de dónde venían y de que habían tenido un buen amigo, fue entonces que se dieron cuenta de que habían sido amigos. El tiburón y el pez, reanudaron su amistad sin juzgar uno a otro y con la tortuga se convirtieron en los tres mejores amigos.

Aprendieron que cada uno tenía sus defectos y que eso no tenía que impedir quererse mucho y que fueran grandes amigos.



Daniela Gaitán García 1020

¿Dónde estoy, cómo llegué y por qué estoy aquí?

Ana Lia Hernández Echenberg

Primaria 6 B

Me despierto en un lugar muy oscuro no veo nada, siento que todos mis sentidos están apagados. Las luces se prenden revelando el espacio en el que estoy atrapada, es un pequeño cubo sin ventanas, sin puerta, que en mi mente significa sin salida.

Como si el universo hubiera escuchado que necesitaba ayuda, una de las paredes se abrió revelando un pasillo enorme que aparentaba ser infinito, estoy segura que al final debe haber algo, por lo menos una cosa que me puede ayudar. Con la mentalidad positiva que podría haber algo bueno al final del pasillo empiezo a caminar.

Caminando, caminando, caminando; no sé cuánto tiempo he caminado, se sienten como años, pero podrían ser días, segundos, horas, meses, pero sí sé una cosa. - Tengo que seguir caminando, ahora estoy segura que el pasillo es infinito, sigo caminando, siento que llevo tres años moviendo un pie tras el otro.

Estoy muy cansada, y mientras estoy contemplando dormir y volver a caminar al día siguiente, el pasillo empieza a girar; lo ignoro pensando que es mi imaginación, pero el movimiento del extraño lugar se hace más intenso, voy a seguir caminando, tengo que seguir caminando. Girando, girando, girando, caminando por el pasillo infinito para llegar al inexistente final, nunca acaba, nunca acaba, nunca acaba, ya no puedo caminar, me acuesto y cierro los ojos para nunca volverlos a abrir.

Las galletas de mar

Brianna Stephanie Ruiz Urgell

Primaria 5 C

En el verano me gustaría mucho ir a la playa de Casitas en Veracruz.

Quiero ir con mi papá, mi mamá y mi hermano. Cada año en julio que es el mes de mi cumpleaños vamos, este año que pasó no pudimos ir porque tuvimos que quedarnos en casa.

Nos vamos en auto y tardamos 4 horas en llegar desde la Ciudad de México. Cuando llegamos nos quedamos en un hotel que es como casitas pequeñas donde se ve la playa.

Me gusta estar en el agua, ver peces de colores y jugar en la arena.

En la noche salimos a caminar con mi papá, llevamos lámparas y podemos ver a los cangrejos que salen a comer y a poner sus huevos.

A veces también hacemos una fogata y comemos bombones.

Pero lo que más me gusta es recoger conchas de mar. Mis conchas favoritas son las galletas de mar. Me gustan porque tienen una estrella en el centro y son muy blancas.

Dentro del mar hay galletas, pero están vivas, son de color rosa y tienen como pelitos que se mueven, si pisas alguna te da cosquillas. Las galletas vivas no las agarramos las dejamos vivir.

Cuando las olas se mueven muy fuerte, sacan algunas galletas de mar y con el tiempo se secan. Estas son las que sí podemos recoger de la playa.

Caminamos mucho para encontrarlas, como 2 horas porque no hay muchas fuera del agua. Cada que vamos encontramos como 12 galletas nada más. Las encuentro casi siempre en la orilla del mar, a veces las olas se las llevan.

Una vez encontré una muy pequeñita, como del tamaño de un frijol, aún no se formaba su estrella completa y mi hermano encontró la más grande que era como una pelota de tenis.

A veces encontramos galletas, pero ya están rotas porque son muy delicadas. También un día vi una galleta muy extraña porque era naranja, es la única que he visto de ese color porque todas son blancas.

Al regresar a casa las lavo bien con agua limpia para sacarles toda la arena, las pongo a secar y luego las pongo en una charola por tamaño, de la más chiquita a la más grande.

Cuando ya sean cien galletas mi hermano y yo queremos hacer un cuadro para decorar nuestro cuarto. Ahorita llevamos como 60 y las tengo guardadas en mi cuarto en una cajita para que no se rompan.

Por eso me gusta mucho ir a la playa cada verano, porque voy a buscar más galletas de mar para mi colección favorita.

Querida yo:

María Emilia Palafox Popoca

Primaria 6 D

Los gemelos llegaron, había esperanza, se suponía que ellos nos iban a cuidar, nos iban a dar lo que en otra vida no teníamos, se suponía que era nuestra etapa de oro ¿qué pasó?, de un día a otro decidiste no salir, decidiste quedarte ahí, atascada, ¿qué fue lo que te paso?

Seguramente ahora sabes que pasó...

Tendré que soportar esto. Igual yo soy un pasado y tú un futuro, aunque eso me agrada.

¿Sigues ahí? ¿Te estás burlando? ¿Recuerdas que ésta eras tú, no?

Que gracioso, a veces también me río de mi pasado, parece que no he cambiado.

Ahora tengo miedo, los pájaros ya no cantan, ya no pasean por mi ventana, no sé qué está pasando.

Quisiera poder saber que va a pasar, en fin, para eso escribo esto, tengo tantas ganas de ir hacia donde estás. Realmente estoy más que bien, me comunico con mi familia, estamos todos aquí, nos la pasamos muy bien, ¿y tú?, ¿estás bien?

Sé que no habrá respuesta, pues no podré existir para poder leerla. O eso espero, esto tiene un beneficio, un gran beneficio. Los gemelos trajeron cosas buenas, nos unió, igual nos separó, hicieron su propio reino, un reino inmenso, estoy feliz, ahora tengo un sueño, una pasión, ¿se cumplió?...

Disfruto de aprender, no es una molestia como lo es para algunos, también he crecido, ahora pienso un poco más, ten-

go muchas dudas y preguntas, pero eso es lo de menos, tengo muchas ideas, un futuro, pero procuro actualmente no preocuparme por eso, en fin no soy grande y mucho menos madura, a veces juego y pronto vendrá mi familia a pasar un rato en la casa, estoy segura que nos la pasaremos muy bien, a veces nos vemos, digo, la familia no puede estar separada, y mucho delante de los gemelos.

El reinado de los legítimos gemelos se acabó...

Ahora son otros, no son gemelos, no espero nada realmente.

Pero aprendí algo de los gemelos, algo llamado valor, no lo conocía, no valoraba, pero ahora lo hago y amo hacerlo.

¿Mis pasatiempos?... Ver series, dibujar, y jugar videojuegos, tengo que admitir que casi no han cambiado, desde chica supe que esas eran mis pasiones, pero aprendí y conocí algo nuevo, quiero empezar a reflejar cosas en mis dibujos, descubrí que los dibujos son más que solo garabatos, en cambio son magníficos, cuentan historias, reflejan sentimientos, eso me parece muy bueno, aunque no he dibujado mucho, y claro no puedo llamarme nada profesional, descubrí que los dibujos son magníficos y son hermosos.

En fin hasta ahora así va tu pasado.

¿Lo recuerdas? Me pregunto qué pasará después, cuando acabe este reino, y claro este legado que dejaron los gemelos.

Espero tu respuesta, aunque no la puedo leer sé que la sentiré, me pregunto si estaré lista, en fin, espero que me recuerdes, espero que sigas ahí, feliz, y cumpliendo tu sueño.

Atentamente.

Tu Pasado.

PD: No olvides sonreír siempre.

Pepe aprendió mucho

Raúl Revuelta Maya

Primaria 5 B

Había un niño que se llamaba Pepe. Pepe era un niño con colores de mariposa al que le gustaba imaginar que volaba y comía flores y bellotas. A Pepe le gusta mucho soñar que vuela todo el tiempo, le encanta imaginar que vuela en globos aerostáticos con figuras de Peppa Pig, Las Tortugas Ninja, Abby Flying School, Super Why y de todas las películas y caricaturas que a él le gustan. Un día le dijeron que ya no podría ir a la escuela y se puso feliz de que no había clases. Después, se puso triste porque quería ir a la escuela porque extrañaba el pizarrón; que es como un rectángulo con figuras de círculo, cuadrado y triángulo. Tampoco podía ir al super laboratorio y jugar con sus nuevas ideas, ni disfrazarse de algo, ni poder ahí conocer del planeta Tierra y del mundo. Ni comer “sorpresas” en el comedor e ir a muchos lados de paseo y divertirse. También extrañaba hacer cosas como viajar en el coche, buscar a su abuela Sofí y ver a sus compañeros de la escuela.

Entonces Pepe tuvo que esperar a que fuera otro día para ir de viaje, ir a tomar helado, a la escuela e ir de paseo. Pepe se sentía triste porque no podía hacer nada de lo que quería. Pepe quiso sentirse mejor, se preparó una limonada y le invitó a su papá. Mientras tomaban la limonada en el jardín, platicaban de hacer un campamento cuando pudieran salir. Después, él y su papá fueron al bosque a correr y escucharon “Valkirias”. Se sentía feliz y su papá se sentía contento. Luego fueron a Mc Donald’s. Seguía extrañando la escuela, pero

cuando estaba con su papá se ponía contento. A Pepe le dolía la cabeza de tristeza porque no veía a sus amigos, no podía ir a la escuela ni de viaje. Tenía que esperar. A veces estaba contento porque saltaba en el brincolín, nadaba en la piscina de su casa, jugaba con la pelota, pintaba un cuadro, bailaba, etc. También le gustaba pensar que iba a ir de campamento con sus compañeros y compañeras. Se van a ir en un autobús, pondrán sus tiendas de campaña, harán una fogata con leña, se van a sentar en troncos junto a la fogata, tomarán café, van a contar historias y se van a dormir a sus tiendas.

Al final, Pepe sabía que tenía que esperar a que pronto él podría levantarse, quitarse la pijama, vestirse, cepillarse los dientes, ponerse el desodorante y lavarse su carita para ir a la cocina a desayunar y después, ir a la escuela en donde podría investigar, aprender, estudiar, tener nuevas ideas, ir de paseo, tener “sorpresas” en el comedor, jugar, hasta que llegue la hora de ir a casa y cuando sea de noche, usar una pijama azul y terminar su día, para al siguiente, volver a la escuela otra vez.

Raúl

Mi casa, mi hogar, mi lugar: cuento poético

Santiago Olivares Tolama

Primaria 5 D

Esto es una desgracia,
más tiene su gracia,
es algo increíble
tampoco es creíble,
esta es mi historia,
mi historia de gloria.

No lo podía creer,
cuando me tuve que meter
tuve suerte,
también fui fuerte,
cada mañana como vacaciones
afuera muertes a montones.

Mis papás me daban apoyo
yo me sentía encerrado en un hoyo,
pero mi vida era positiva
y mi mente seguía activa.

Más tenía mi lugar,
donde me podía relajar;
era la cocina donde había magia
con la familia, la alegría se contagia.

Y así acaba mi historia,
para mi es gloria y euforia
para mi nada se compara
con toda mi alegría
y cómo sonreía.

Con un poco de tristeza,
para poner el inmenso suspenso,
hice lo mejor
aunque sea mal escritor.

Pero este es el fin a
la cuarentena, no está nada mal.

Un cambio repentino

Tania Jimena Ruiz Domínguez

Primaria 6 A

Rayos, ya no recuerdo ni qué día comenzó todo esto, pero se me ha quedado pegado como un chicle, que esto fue simplemente ¡Un cambio relativamente repentino!

Sé que no soy la única que piensa esto, han pasado tantas cosas, que no sé por dónde empezar.

Bueno, tal vez deba comenzar por lo que estoy segura que a todos nos pasó; cuando anunciaron que (claro) no habría clases y todos estábamos así de ¡Oh sí!, ¡no habrá clases!, ¡uy pero qué pena!, sí todos bien felices de esto, y (sigo diciendo) estoy segura de que ahorita (al menos algunos y eso me incluye a mí) daríamos lo que sea por regresar a clases presenciales o al menos yo sí, pero en algunos aspectos no me quejo, debo de admitir que esto no ha sido del todo malo, en especial para mí que nunca he sido buena para levantarme temprano; en cambio mi hermano es el gallo de la casa, se levanta temprano y antes de la pandemia se llegaba a levantar a las 5:00 am y yo en cambio, me despertaba tarde con la típica esperanza de no llegar tan tarde.

Supongo que eso es lo que agradezco de esta pandemia, no tener que despertarme tan temprano y no es lo único que agradezco, también he podido leer un poco más de lo habitual, aunque he de decir que siempre he leído mucho, en mi tiempo libre es lo que hago en aproximadamente un 80%, aunque no precisamente leo solo en mi tiempo libre, más bien leo cada vez que puedo, ya sea en la comida, en la cena, si es domingo o sábado también en el desayuno, cuando acaban las clases del día, etc.

Me encanta leer, especialmente libros grandes, generalmente de un poco más de 200 páginas, es lo que suelo leer, me gustan mucho las sagas de libros. Bueno, como ya dije el 80% aproximadamente de mi tiempo libre lo dedico a leer, pero también me gusta tocar el piano, escuchar música, dibujar... Sí, en realidad en esta pandemia comencé a dibujar mandalas, bueno antes sí los dibujaba, pero ahora he estado practicando y me he apegado mucho a dibujarlas en donde se pueda; tanto la cubierta como la contracubierta tienen un mandala, pintado con plumón negro y lo que sigue es mi estuche que ha pintado de colores mi tristeza y aburrimiento, en realidad dibujar hace que me desprenda de lo que se podría decir "negativo", ya que me hace sentir... tranquila.

Es curioso, antes la casa era un lugar en dónde llegaba a hacer tarea y descansar y ya, pero ahora es un espacio combinado no solo de ambos, sino que es un espacio en el que hemos estado encerrados durante un largo rato, las 24 horas de cada 7 días, pero a pesar de todo, a este encierro gris logré darle color y eso me hace muy feliz.

SECUNDARIA

Exitium

Natalia Ríos González

No lo olvidaremos

Sara Isabella Gutiérrez Bautista

Nada sucede por las noches

Diego Aron Romero

Una paloma

Camila Mar Elizalde

Pirks

Kym Jakobsmeier Betancourt

Exitium

Natalia Ríos González

Secundaria 3 E

Ya le puse un nombre; “Exitium”, del latín, destrucción.

Creo que define bien lo que sucede ahí, dentro y en lo profundo de una mente extraviada. Mi propia mente.

Intentaré explicar todo de poco en poco, querido lector. Exitium eliminó primero, mi capacidad de hablar en público, mi confianza, e incluso, mis intereses. Exitium sabe bien que me gusta leer. Esta mañana, encontré mis libros con páginas rotas, e incluso, las letras manchadas de un color verde que no me dejaban entender nada...

Mamá dice que los libros están bien, dice que todo está bien, pero veo en sus ojos que Exitium también está en ella. Me gusta su nombre, pero odio lo que es.

Querido lector, no dudo, que tú también lo conoces. Exitium es la destrucción de tus placeres, es el bloqueo mental que te impide continuar. Es aquel cansancio que te abraza pesadamente desde la espalda y no te deja dar un paso más.

Le puse nombre, pero unas cuantas letras o palabras no son capaces de abarcar todo lo que él puede causar, este bloqueo; no se si lo has vivido querido lector, sólo es una fracción de lo que en realidad es. Este aparece en donde él desea. En mi caso, arribó en mi corazón.

Te comentaré que él estuvo haciendo de las suyas, arrancando hojas de mis libros favoritos, que leía y amaba desde mi niñez...La impotencia solo me dejaba mirar al suelo.

Lo que uno podría llamar golpe de inspiración, o el cansancio de Exitium, dió lugar a las dos de la mañana. Levanté

cada una de las hojas rasgadas, las coloqué delicadamente, como si de un recién nacido se tratara, en mi escritorio; bajo la mirada de mi lámpara de noche.

En ese momento, cuando las ideas fluyeron por mi mente, también empezaron a crear planos. Planos para crear la primera jugada, el primer movimiento y estrategia, en esta guerra en contra de mi bloqueo.

A la mañana siguiente, pensé en traspasar los muros puestos por Exitium, pero salir de mi propia habitación, era similar a atravesar el desierto.

Entre susurros, Exitium me decía: no hay ninguna razón para salir de la habitación, tienes todo lo que necesitas aquí, y en caso de querer algo más, alguien puede traerlo hasta la puerta.

Y conforme más pasaba el tiempo, minuto tras minuto, día tras día, le empecé a creer.

Dejé de arreglarme como solía hacerlo, Exitium escondió incluso mis broches del cabello. El tiempo pasaba, ya no dormía en las noches y no lograba mantener mis párpados abiertos en los días.

Cuando mis esperanzas de ganar esta guerra se agotaban, vi entrar una carta por debajo de la puerta.

La sorpresa junto a la curiosidad me hicieron saltar de mi cama. Se bien que esa carta, es la respuesta a lo que esperaba. Mi corazón palpitaba tanto, que los latidos llegaron hasta los oídos de Exitium. Este fue un golpe para él, pero no tardó en contraatacar.

Intentó arrebatarme la carta de las manos.

—“No, este mensaje sin duda no tiene importancia”

Recargando su pesada sombra sobre mi espalda, me tambaleaba de lado a lado, con un solo paso.

—“Solo es un papel”

Sus palabras retumbaban en mi cabeza.

—“No lo leas”

Reuniendo las pocas fuerzas que me quedaban, logré tomar el sobre. Entre lágrimas lo abrí lentamente.

Querida Alicia:

Me gustaría que comiéramos esta tarde juntos.

Se que te gusta el pastel de limón, así que prepare uno especialmente para tí.

Espero que puedas acompañarme y salir de tu habitación.

Te extraño hija. Con amor, tu papá

Caí de rodillas. Querido lector, admito que no pude contener mi llanto, pues esto lo estuve esperando desde hace ya varios meses, pero también, era lo que Exitium intentó evitar. No esperaba que nada de esto fuese fácil.

Llegamos a la ronda final. La pelea crucial.

Me levanté, me miré al espejo. Exitium se quejaba en mi oído, dice que no me veo presentable, que en realidad solo quieren que salga para poder criticarme. Intenté ignorar sus palabras. Alise mi cabello.

—“Ja, estás en pijama, ¿qué van a pensar de tí?”

—“Nadie te hará daño, estando aquí, tu sola”

Exitium me envuelve como una serpiente, sofoca mi respiración con sus venenosas ideas, me detiene para no dar otro paso.

—“Esas ojeras. Sin duda si sales notarán que no duermes bien.”

—“Quedate en tu habitación, quédate conmigo”

La decisión de salir o no, me llevó toda la mañana, aunque yo solo conté unos minutos. Ahora, es el momento de alejarme o dejarme convencer por las palabras de mi enemigo. Y hubiese cedido a lo que él me decía, de no ser por el dulce aroma del pastel de limón al otro lado de la puerta. Seguido de la voz de mi padre:

—Amada hija, aquí estoy, te espero con los brazos abiertos.

No lo olvidaremos

Sara Isabella Gutiérrez Bautista

Secundaria 2 E

Llevo atrapada aquí días, meses... o eso creo, no estoy segura. Nada es seguro aquí. Podría haber estado solo un par de horas pero el tiempo aquí no tiene importancia, pareciera que ni siquiera existe. El reloj siempre marca la misma fecha;

17/diciembre/2020, y los días son tan monótonos como éste. Oigo a alguien intentar abrir la puerta del departamento, me estremezco, ¿por qué me da tanto miedo? Sin siquiera pensarlo, tomo la lámpara que tengo al lado y me acerco sigilosamente a la puerta. La persona que está afuera sigue forcejeando y mi paranoia no hace más que subir.

—¿Quién es?— pregunto lo más segura que puedo. Si fueran ladrones no debería dejar que piensen que estoy nerviosa. Una parte de mi anhela desesperadamente que sean ladrones pero sabe que lo que me espera afuera podría ser algo mil veces peor.

La puerta se abre estrepitosamente y yo estoy muerta de miedo. Sostengo la lámpara nerviosa para usarla como arma. ¡Pff! como si eso me pudiera ayudar contra ellos. Afuera hay un hombre con traje elegante y una corbata de estrellas. —Despierta Olivia, despierta— dice con una suave y calmada voz, no entra al departamento— Despierta, despierta, despierta...— repite. ¿Qué despierte? ¿Qué quiere decir? ¿Por qué no entra al departamento? ¿Por qué me da tanto miedo?

—¡Despierta Olivia! ¿Tan aburrida es mi clase?— me grita una conocida voz.

—¡Para nada señorita Samantha, la clase de historia es la mejor!— exclama otra conocida e irritante voz.

Intento levantarme pero ¡agh!, mi cabeza palpita y me duele demasiado.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde estoy?— lo digo tan bajito que probablemente sólo quienes están muy cerca lo oyeron.

—¿Qué ha pasado, dónde estoy?— repite burlonamente la segunda voz-

Querida Olivia la perdida, estábamos en medio de clase y se te antojó echarte una siestita. Si no fueras tan ruidosa todo hubiese ido bien, pero empezaste a repetir como una posesa: “El 2020 debe ser recordado” “debo advertirle” y no sé qué más, ¡pero que raros sueños tienes!

Empiezo a recordar y mi cuerpo recupera la movilidad. Levanto la cabeza de la banca y me paro apresuradamente mientras observo a los compañeros que me rodean.

—¡Mis más sinceras disculpas señorita Samantha! Anoche no pude dormir casi y probablemente por eso me dormí en su clase. —Vaya mentira más vaga. Inclino la cabeza para añadir —Aun así sé que eso no es excusa y asumo toda responsabilidad.

Lo siento.— Intento poner una voz de arrepentimiento y creo que lo logro.

—Si, si esta bien. Que no vuelva a suceder Liv.— me adviertes —Ah, por cierto. Al final de la clase acompáñame a dirección por favor, te necesitan.

—¿Me necesitan? ¿para qué? ¿hice algo?— una pequeña alarma se enciende dentro de mí ¿será por el sueño? ¿lo pudieron identificar de alguna forma?

—No tengo ni idea, tú deberías saberse encoge de hombros y sigue con la clase.

La clase pasa más rápido que de costumbre. No se si es porque me he dormido o porque me la he pasado pensando en el sueño y el por qué me necesitan en dirección. He llegado

a la conclusión de que si me necesitan por el sueño o algo parecido es porque algo del sueño es cierto, o peligroso. Por otro lado, si me necesitan por otra cosa es porque estoy frita.

Me llega una notificación al reloj digital, también a mis compañeros. “La clase de historia ha finalizado, salir a recreo” dice. Tal vez me pueda fugar... agarro mi cuaderno digital rápidamente y trato de confundir entre la multitud. Vamos, vamos, vamos estoy a nada de salir y cuando salga ya no habrá vuelta atrás. Saldré corriendo y claramente la Srta. Samantha no me podrá...

—¡Olivia! Casi lo olvido, acompáñame a la dirección ¡andando!- Me toma del brazo y me saca de la multitud. Camina tan rápido que en poco tiempo ya hemos salido del Edificio de Aprendizaje B1 y nos dirigimos al grande y presuntuoso Edificio de Administración Z. “¿Por qué será tan grande? ¿Qué esconderá?” pienso. Una sonrisa se dibuja en mi rostro “Olivia deja de intentar encontrarle un misterio a todo, ¡tranquila!”.

Llegamos al edificio y subimos al piso 36, la Dirección Escolar. Al abrirse las puertas nos encontramos con una recepción en la que un robot asistente nos pregunta cuál es la razón de nuestra venida. La Srta. Samantha le explica que le dijeron que me trajera a dirección, más no sabe el motivo. El robot asiente y me dice que le acompañe. No puedo dejar de pensar en...

—¡Señorita Samantha! ¿puedo preguntarle algo?— pregunto nerviosamente.

—Claro, ¿Qué pasa?— me responde.

—¿Puede ser a solas?- recuerdo la presencia del asistente y añado -Es para algo de la clase—

Nos vamos a una esquina alejada y empiezo.

—Maestra Samantha... En el año 2020... ¿pasó algo? Histórico me refiero-Deja pienso... ¡Ah claro! Fueron los juegos olímpicos de Tokio y las elecciones de U.S.A ¿por?—¿Solo eso?

—Si no me equivoco, así es ¿Por qué preguntas?

—Okey ¡gracias!— Ignoro su pregunta y me vuelvo con el asistente. Me hace una seña para que lo siga y eso es lo que hago. Recorremos un par de pasillos y llegamos a un muro vacío.

El asistente se queda quieto con la mirada en la simple pared que después de unos segundos se corre y nos muestra otro pasillo más.

—¿Qué demonios es esto?— He venido unas veces a la dirección pero esto es completamente nuevo para mí.

—Es la nueva área de psicología. Acompáñeme por favor, le están esperando— Avanzamos un poco y el asistente abre después una de las puertas del pasillo. Da a una sala en la que hay dos corpulentos hombres de traje y una peculiar corbata de estrellas sentados en un sillón.

—Al fin llegan. Adelante Olivia— Dice el que está sentado a la derecha. Avanzo lentamente y el asistente se retiró cerrando la puerta.

—Hola ¿Me necesitaban?— Digo temblorosamente

—Así es. Me parece que no nos conocemos. Un gusto, mi nombre es Tom Battes y el de mi compañero Peter Dennis. Somos los directores de la nueva área de psicología— Dice el señor de la derecha... quiero decir Tom Battes.

—Ah vaya, un gusto. ¿A qué se debe el honor?— pregunto intentando sonar relajada aunque más bien sueno ¿sarcástica? Oh Dios...

—Hey ¡Tranquila!— dice Peter -Solo vamos a hacer el control normal ¿listo? Lo de siempre, qué sueños has tenido, cómo te has sentido este mes, si algo te está incomodando y esas cosas—

—Ah, ok— digo algo decepcionada. Claro, ¿cómo se me pudo haber olvidado? El control mensual de sentimientos. Bah— Comencemos.

—Claro, solo espera un momento— dice Peter —Tom, ve por los nuevos juguetes- Tom se levanta y va por una caja que está atrás, una silla para mi (supongo) y una mesa.

—Está bien, ¡comencemos!— dice Tom con algo de emoción. Me indica que me siente en la silla y eso hago. Empieza a sacar cosas de la caja. Son objetos extraños, no logro identificar ninguno excepto...

—¿Un detector de mentiras?— digo extrañada —¿Por qué necesitaría un detector de mentiras?—

—Hemos tenido que reforzar los sistemas para tener certeza de que sabemos la verdad— dice Peter.

—Bueno y ¿qué pasa si no obtienen la verdad?—

—¡Ja! Me temo que eso no será posible. Si no quieren decirnos la verdad por las buenas tendrán que hacerlo por las malas. Pero estoy seguro de que nadie se querrá enfrentar a este bebé— Tom saca de la caja un nuevo aparato —Directo desde Israel, el Lava Cerebros—

—¿Qué es eso?—No tengo ni idea de qué es pero no suena bien en lo absoluto.

—Básicamente es el líquido de las películas que hace a todos decir la verdad. Pero en la vida real—explica Peter— Ahora sí, comencemos con el procedimiento. Tom, conéctala—!Esperen...! —No me dejan terminar y Tom empieza a “conectarme”. Me pone varios cables de colores en la frente, brazos, cuello y manos. Todos estos los conecta al detector de mentiras y el cuestionario empieza.

—¿Listo Tom? Perfecto, ahora sí comenzamos. Recuerda no decir mentiras sino quieres terminar drogada por el Lava Cerebros —empieza Peter— Lo primero es ¿cómo te has sentido este mes? ¿Hay algo que no te deja estar tranquila?—

¿Debería decir la verdad o mentir? Cielos, no me importaría meterme en problemas pero por ninguna circunstancia quiero terminar bajo los efectos del químico ese... Diré la verdad pero no toda.

—He estado mayoritariamente bien este mes, todo en mi casa y en el colegio está bien—

—¿Y cuando no estabas bien? ¿Por qué no estabas bien?—

—Bueno... estaba estresada por tareas y esas cosas— Tom revisa el detector de mentiras y después de unos momentos asiente con la cabeza.

—Bien, siguiente. ¿Has tenido algún sueño extraño o significativo este mes?— Pregunta Peter. Oh no, oh no. No se que responder ahora, si los he tenido pero... no creo que sea bueno que ellos lo sepan.

—No lo creo, todo normal-hago lo posible por sonar lo más despreocupada que pueda. Tom revisa el detector de mentiras y asiente otra vez, después le indica a Peter que se acerque a él. Susurran algo que no alcanzo a distinguir y Peter se acerca otra vez con una mueca siniestra.

—Con que eres una de las elegidas ¿huh?, Que pena que tuviese que ser así, podrías simplemente haber olvidado el 2020 como todos los demás. Pero parece que tu ADN te defraudó— Peter sonríe macabramente y añade. —No queda más que seguir el protocolo, enviarte de vuelta—

Un pánico atroz empieza a surgir en mi estómago y un nudo se crea en mi garganta.

—¿Qué? ¿A qué te refieres? ¿Cómo que soy una de las elegidas?— digo rápidamente. Después añado —¿A dónde me vas a enviar? ¡Aléjate de mí!— Doy unos pasos atrás y pongo la silla entre nosotros—

¿Qué a dónde te voy a enviar? ¡Ja!— hace una pausa mientras Tom presiona un botón rojo en el detector de mentiras— De donde vienes claro, del lugar de tus sueños— sonrío por una última vez y... y yo no puedo hacer más que gritar mientras me desvanezco.

La luz pega fuertemente contra mi piel. Intento moverme pero ninguna de mis articulaciones responde. “Debería empezar con lo básico” pienso. Intento abrir los ojos y lo logro, pero no del todo ya que el sol me deslumbra y me obliga a entrecerrarlos.

Recuerdo los ejercicios de movilidad con la Sra. Hudson y, como ella me aconsejó varias veces, empiezo a mover poco a poco los dedos, los brazos, los pies, las piernas y así con todo el cuerpo. En un par de minutos me encuentro en pie y observando a mi alrededor. Estoy en medio de una plaza que no logro reconocer. Al lado de mí hay una fuente y muchos animales alados que tampoco reconozco. Son medianamente pequeños y grises, jamás había visto animales así. Un poco más lejos me rodean unos bancos en los que se sientan unas pocas personas. Todos están muy separados y usan... ¿tapabocas? Ahora que me fijo bien absolutamente todas las personas que veo en la calle usan un tapabocas. ¿Dónde estoy? ¿Dónde me dejaron los desgraciados de psicología?

Camino hacia una persona cercana decidida a enterarme en dónde estoy y cómo ir de vuelta al Edificio de Aprendizaje. Debo denunciar lo que me hicieron y ese químico de la verdad que tienen.

—Hola, ¿me podría decir dónde estamos? Estoy un poco perdida— Le digo a un señor de avanzada edad que carga muchos papeles. El señor se aleja un poco de mí y en lugar de responderme señala mi boca y acto seguido a su tapabocas.

—¿Qué? ¿Qué me ponga un tapabocas? Perdón ahora no tengo uno ni sé dónde conseguirlo— le digo algo confundida. ¿Por qué querrá que me ponga un tapabocas? El señor sigue sin responderme y simplemente me lanza uno de los papeles que carga y se aleja.

Levanto el papel que, al contrario de lo que pensaba, no se encuentra vacío. Creo que es un periódico, pero en físico. Al leer el titular me quedo congelada

Fin del 2020 y la pandemia sigue (¿Estaremos otro año más en casa? Lea el artículo en pág. 12 [...]) ¿Cómo usar correctamente el tapabocas?)

¿“PANDEMIA”? ¿2020? ¿Tapabocas? ¡¿Qué está pasando?!

Corro hacia otra de las personas que está cerca y le pregunto agitadamente —¡Disculpe! ¿Me puede decir la fecha?— el señor me mira algo extrañado.

—Eh ¿sí?... 17 de diciembre— dice lentamente.

—¿Año?—

—2020 claro está— responde, acto seguido susurraba para sí—¿Cómo alguien podría olvidarlo?—

Me quedo en shock otra vez. Entonces es cierto, los de psicología de verdad me enviaron al lugar de mis sueños o más bien... al año de mis sueños. Oh no, oh no. ¿Me quedaré aquí por siempre? ¿Cómo voy a volver? Tengo miles de preguntas pero hay una a la que no le puedo dejar de dar vueltas: “¿Por qué jamás había escuchado de esta pandemia?” Decido que debo dejar de pensar tanto y al hacerlo me doy cuenta de un peso en mi bolsillo. Meto la mano para ver qué es y me encuentro con una libreta. La abro y hay... ¡Una nota de los de psicología!

Querida Olivia Yark, has sido seleccionada. Probablemente ahora tengas miles de preguntas y estés muy confundida, por eso ahora te vamos a dejar tres cosas claras: 1-Si, estás en el año 2020; 2-Si, la pandemia y el virus si existe; 3- No, nadie lo recuerda.

El 2020 fue un año muy... diferente. Lo que más impactó fue un virus que se extendió por todo el mundo, era un virus de transmisión por aire así que era muy fácil contagiarse. La gente tuvo que estar en casa por más de un año pero eso no es lo más importante. Lo más importante es cómo surgió ese virus. A la gente se le dijo que había sido un virus transmitido por un murciélago, pero no fue así. Solo unos pocos sabíamos la verdad: El virus fue creado por humanos. Una organización llamada “E-Corp” empezó a hacer experi-

mentos con diferentes virus de forma ilegal para prepararse para una guerra viral. El coronavirus (que es el virus del que te estamos hablando) fue solo su prototipo más leve. Decidieron liberarlo para ver qué pasaba y al ver que se creó una pandemia no hicieron más que continuar. En poco tiempo ya tenían varios virus letales que pensaban liberar en cualquier momento. Nosotros mismos vimos uno de sus experimentos y... no queda más que decir que fue terrible, acabaron con las vidas de todos quienes participaron. El punto es que solo nosotros (Organización Z) y E-Corp sabíamos acerca de esto. Nosotros no pudimos soportarlo, no dejaríamos que soltaran un virus que acabaría con la raza humana. Decidimos... borrar toda memoria del coronavirus y todo lo que trajo, bueno y malo. Para la compañía E-Corp el experimento había sido fallido y después habían sido descubiertos y arrestados. Para toda la gente fue un año... normal, como todos los anteriores. Nos tomó mucho tiempo pero lo logramos, ha funcionado muy bien... excepto con las fallas, con los elegidos. Ellos si recuerdan el 2020 aunque no hayan vivido en él, tú eres parte de ellos. El problema es que... hay uno de los elegidos que está ahora en el 2020 y... nos está causando problemas. Su nombre es John Yark. Necesitamos que lo encuentres y lo detengas, así podrás volver. Usaremos esta libreta para comunicarnos, escribe tu respuesta.

Tom Battes en representación de La Organización Z

No puedo dormir, se que ha llegado la hora. Me revuelvo entre las cobijas y después simplemente me levanto. Lo haré. Me tomó meses entender todo, la importancia del 2020, de la pandemia... pero por fin lo he hecho. Ahora es cuando les responderé. Por primera vez. Camino lentamente para salir de mi pequeña habitación y llegar a la pequeña sala del pequeño

departamento. Hago lo que muchas veces anhelé y temí hacer. Llego a la esquina al lado del sofá, levanto la lámpara y la muevo a un lado, abro la puertecilla secreta del piso, saco la caja, la abro, saco la libreta y me pongo a escribir.

Querida Organización Z,

No. No les ayudaré. No detendré a John Yark. No porque haya resultado que él es mi hermano ni porque quiera hacer un acto de rebeldía. No. No les ayudaré porque el 2020 debe ser recordado, lo de la organización E-Corp es fácil de resolver. No les ayudaré porque le están ocultando a 7 mil millones de personas la verdad. No les ayudaré porque el coronavirus no solo trajo tragedias.

He estado los últimos 7 meses en los lugares más variados posibles y he visto cómo vive la gente en esta época. A pesar de que claramente no he estado en todos los lugares del mundo ni he visto la situación de todos, estoy completamente decidida a hacer todo lo que pueda para que este año se conserve en las memorias de todos. Estoy consciente de que algunos preferirían vivir en la ignorancia pero, como dije antes, la pandemia no trajo solo tragedias y eso es suficiente para mí. Trajo muchas cosas buenas, muchos avances, nuevo conocimiento en muchísimos ámbitos. Pero algo muy hermoso y por lo que estoy haciendo esto es por la gente, por cómo cambió. La pandemia unió a muchos a pesar de que debían estar físicamente distanciados. Familias que tal vez no se veían mucho tuvieron que aprender a estar juntos, a compartir, a amar. Adaptarse, aprender y desaprender son palabras clave para la pandemia y son cosas que fueron difíciles pero que tuvieron un resultado increíble.

Todos tuvieron que cambiar, todos. El virus sacó a muchos de su zona de confort y los hizo darse cuenta de muchas cosas. Los hizo apreciar cosas de su vida común antes de la

pandemia y cuando por fin pudieron volver a salir vieron la vida a todo color, disfrutaron cada amanecer, cada reunión con amigos, cada abrazo, cada comida como nunca lo habían hecho.

Claro que la pandemia hizo que mucha gente perdiera su trabajo, que sufriera. A muchos se les cerraron las puertas, pero estoy segura de que también se abrieron muchas más.

Lo que sucedió en el mundo por el virus fue un milagro. En pocos meses en varios países habían adaptado los lugares que hubiese en hospitales. En pocos meses mucha gente empezó a estudiar y trabajar en línea por tiempo completo cuando no lo habían hecho jamás en su vida. En pocos meses se desarrollaron más de 200 prototipos de vacunas para el coronavirus cuando normalmente hubiesen tomado años.

Si se compara el mundo a inicios del 2020 con el mundo a finales del 2020 yo jamás creería que el mundo cambió y se desarrolló tanto en tan solo un año, varias de las cosas que surgieron jamás habían tomado tan poco tiempo en desarrollarse y eso es algo que ustedes no pueden borrar. El 2020 debe ser recordado. Por siempre.

Se que ahora ustedes vendrán por mí. Vendrán a mi pequeño departamento y empezarán a forcejear la puerta. Yo tomaré la lámpara de mi sala y me quedaré en shock cuando los vea entrar con su traje elegante y su corbata de estrellas. Pero esta vez no será un sueño. Les pegaré con la lámpara y ustedes usarán uno de sus juguetes para desmayarme. No daré mucha pelea, lo prometo. Ah, y ni se molesten en usar el Lava Cerebros contra mí, no me lograrán sacar nada. Tampoco en intentar detener a mi hermano ni su plan de conservar el 2020, el daño ya está hecho. El 2020 se queda con nosotros.

Olivia Yark

Nada sucede por las noches

Diego Aron Romero

Secundaria 1 E

—¿Sabe que es lo peor doctor? Nada sucede por las noches, son horas y horas de infinita nada, quedarse mirando al techo sin nada que hacer, con mis propios aburridos pensamientos ya ni siquiera con mi esposa a mi lado, ahora estoy solo en este infinito hoyo negro del que parece que no puedo salir, eso es lo peor del insomnio.

Este debería ser un caso sencillo para el Doctor Mancera. Hace 6 meses la esposa del Sr. López, Anastasia, lo había contactado con el objetivo de decirle que su esposo alucinaba y tenía insomnio, y su hermana le había dicho que el Doctor Mancera el mejor psicoanalista del que jamás había oído. El doctor antes de haber oído el resto ya sabía todo sobre el paciente: «Alucinaciones causadas por el insomnio. Solo hay que descubrir por qué no puede dormir y sanseacabó». El Doctor Mancera era una de esas personas que uno ni siquiera sabe por qué había escogido su carrera. Por ello, decidió tomarlo como paciente.

El caso resultó mucho más difícil de lo que el doctor pensaba. Al parecer el paciente creía haber visto una gigantesca bestia en su dormitorio. Después de ese evento, López no podía dormir por las noches y se pasaba los días somnoliento, lo que no le hace bien a nadie, pero aún menos a un poeta. Ya no tenía ideas, y sin ideas no hay dinero, y —aparentemente— sin dinero, tampoco Anastasia.

Pero aun así, Ernesto López conservaba algo de su esencia en las sesiones, seguía relatando su aburrida vida insomne de manera ligeramente artística. Como si se aferrara con fuerza a su antiguo yo, aunque fuese tan solo por 45 minutos, dos veces a la semana. Un ejemplo de esto fue lo que dijo en la primera sesión.

—La criatura se encontraba, ahí, en mi clóset. Erguida sobre todo en sus dos pequeñas patas traseras, no obstante, obteniendo el equilibrio de sus largos y gruesos brazos, como un gorila. A pesar de su posición, lo más destacable de la bestia era su parecido a un murciélago, con una peluda cara y un gigantesco lomo, pero sin alas, como si se las hubieran cortado para bloquear cualquier distracción que pudiera llegar a tener, y que se centrara en su único objetivo: Matarme. Desgarrarme, desollarme vivo. La criatura era muda, no tenía siquiera rugidos ni chillidos. Pero aun así sus ojos lo decían todo. Pasé las horas mirándolo pero parecía que esperara algo. Como si de alguna manera quisiera decir: «Te comeré vivo solo que todavía no es el momento». Desde entonces no he vuelto a abrir mi closet, tampoco he dejado a mi esposa abrirlo, ni he vuelto a dormir”.

El doctor recordaba todos estos momentos (y trataba de pensar por que se había quedado con el caso) cuando daba el minuto 45 de la sesión y se despedía de su paciente, le decía: esta noche intente abrir el closet.

Ernesto López no progresaba.

A media noche Ernesto llamó al Dr. Mancera, gritando

—¡Doctor, doctor! ¡Lo hice, lo abrí! ¡Por favor venga, venga, se lo suplico! ¡Le pagaré lo que quiera pero venga!

Ahí estaba algo que le importaba a Mancera: El dinero. Así que fue, pensando en la ridiculez de lo que estaba haciendo, motivado tan solo por unos cuantos billetes. No tuvo problemas para entrar al hogar de su paciente, donde se sor-

prendió enormemente cuando vio lo que vio en el closet. Allí había un extraño animal, con unos colmillos del tamaño de cuchillos. Medía unos tres metros de alto, y tenía una enorme espalda cubierta de pelo. Pero lo peor de todo, no fue la criatura en sí, sino lo que vino después. Se abalanzó hacia él, justo antes de devorar sus intestinos poco a poco. Mientras agonizaba, veía a su paciente con el rabillo del ojo sonreír. El hombre ya no lloraba, gritaba, saltaba de felicidad.

—¡No estoy loco! ¡En verdad no estoy loco!

Sorprendentemente, el doctor también reía pero él pensaba en otra frase:

Nada sucede por las noches.



Arantza Obregón Gaytán 1030

Una paloma

Camila Mar Elizalde

Secundaria 2 D

¡Fin! dijo Alicia en voz alta, pasando la última página de el libro que le habían regalado para navidad,

—Es un bonito libro—, se dijo a sí misma con una pequeña sonrisa en la cara, ¡Y sí, Alicia tenía razón, era un bonito libro! tenía todo lo que le podía gustar a una niña de ocho años: una princesa, una torre, un dragón y un apuesto príncipe!

—Ohhh- suspiró, lo que daría por ser una princesa...

Sin embargo pasaron los días y Alicia seguía sin ser una “heredera al trono” (como ella lo llamaba) así que cuando un día su mamá le dijo que tendrían que estar en casa por algún tiempo y que tampoco podrían ir a la escuela debido a un virus, ella inmediatamente empezó a sonreír...no se dio cuenta de el aspecto cansado y aturdido de su mamá, o de las noticias en el radio, sin embargo ¿Quién podría culparla? ella solo tenía ocho años y como era costumbre en ella su increíble imaginación entendió algo completamente diferente...desde su punto de vista ella estaría prisionera en su casa por un virus que había creado una antigua hechicera... lo que , por lo que había leído en los cuentos de hadas, automáticamente la convertiría en una princesa! ahora solo restaba la parte más fácil y a la vez difícil de su plan...¡esperar al príncipe!..

Estaba tan emocionada que rápidamente se dirigió a su librero y tomó un libro que llevaba por título: “La Torre de la princesa” lo abrió en las últimas páginas y leyó en voz alta: “La princesa Madeline se encontraba sentada frente a su ven-

tana, con su largo y ondulado pelo ondeando en el aire, cantaba una canción tan dulce que los pájaros se detenían a oírle... y fue en ese momento en el que llegó el príncipe, montado en su caballo” —¡Woow! que bonito— pensó Alicia, y decidió que tendría que hacer eso, sin embargo no podría hacer eso todo el día pues tenía que comer, bañarse y hacer sus tareas, pero eso no la detuvo, decidió que dedicaría de las cuatro de la tarde a las ocho de la noche a sentarse en la ventana, cantar y esperar a su príncipe... Pero los días pasaron y se convirtieron en semanas y estos se convirtieron en largos meses, pero Alicia seguía ahí, sentada, viendo a la ventana y cantando... hasta que un caluroso día se dio cuenta de que alguien la observaba mientras hacía su rutina diaria, ¿Sería el príncipe que al fin había llegado a su encuentro? Pues... no lo fue, era una linda paloma blanca que la observaba desde un alto edificio que se encontraba justo enfrente de su ventana... y por primera vez en mucho tiempo, Alicia se sintió realmente prisionera y envidió con todas sus fuerzas a esa hermosa paloma que era libre de volar e ir a donde quisiera, justo en ese momento la paloma alzó vuelo y se fue... Los días siguieron pasando pero ahora Alicia estaba cambiando... ahora cuando se sentaba frente a la ventana en vez de cantar y dejar que su pelo se moviera con el viento (si es que había) empezó a preguntarse muchas cosas:

—¿Por qué la princesa del cuento no se aburría si se pasaba todo el día sentada?

—¿Qué iba a ganar con esperar a un príncipe que ni siquiera podía caminar unas cuantas cuadras para rescatarla?

Y por último, la pregunta que más atormentaba a Alicia:

—¿Realmente soy prisionera? o... ¿soy yo misma quien me aprisiono y torturo sentandome día tras día tras la insolente ventana?

A partir de ese día decidió que no esperaría a que un príncipe la salvara, jella se salvaría a sí misma! sonrió al

pensar que después de todo algo había aprendido en la pandemia y que todavía le faltaba mucho por aprender pues aún no se había acabado sin embargo después de ese momento no volvió a sentarse tras la ventana...



Lara Guillén Gilabert 2010

Pirks

Kym Jakobsmeier Betancourt

Secundaria 3 C

La noche pesaba en amarga tristeza, el negro de las ventanas era lo más luminoso de la habitación. Y aunque intentara dormir desesperadamente no encontraba consuelo alguno a mi situación. Rodaba en la gran cama intentando no perturbar mis ideas, no sobre pensar en cualquier cosa que apareciera.

Mi cuerpo pico en un ardor infernal, sentía que todo en mí estaba atrapado por capas y capas de angustia y dolor. Rogué a cualquier ser superior poder relajarme, que mis pier-nas que patean el aire no se sintieran ajenas a mi cuerpo.

Pensé en lo que mi padre me había dicho días atrás. “Vive un día a la vez” su voz siempre me ha parecido tranquilizadora, sus gestos gentiles, su risa amarga. Recordó con pesar la vez que lloró en el comedor, o como me abrazó con fuerza tras enfrentarme a mi madre. Sentía que esos recuerdos se pegaban en mi cabeza como garrapatas, por inercia pienso en eso siempre que intento conciliar el sueño.

Hice un recorrido en mi cabeza, tensando mi cuerpo y apretando las sábanas debajo de mí. Intenté enumerar a las personas que aun me quieren, personas que aún me apoyan, en un intento desesperado por que mi corazón irregular dejará de tumbarme en el pecho.

Pensé en mi hermana, pensé en su risa y su forma de hablar. Pero como un imán atrae los problemas legales, los llantos en el pasillo, los terribles e insaciables Pirks, que mi padre niega rotundamente que mi hermana estuviera infestada de

ellos. Son seres terribles, que hacen agonizar a las personas, las atormentan día y noche, con pánico, con dolor, con el incesante pensamiento de que todo irá mal. Se aferran a la piel con uñas y dientes, son un parásito difícil de eliminar.

Fruncí el ceño, intenté pensar en la escritura, en aquella historia ficticia que lleva horas de mi sueño, que emana una tranquilidad fantástica desde la pantalla. ¿Pero cómo podría verle algo bueno a evadir mi realidad? Soy una adicta, una adicta a formar imágenes en mi cabeza, a inventar escenarios en los que no tengo que sufrir mi vida real. Estoy sumida en un océano de imaginación, uno que me revuelca con cada idea, que me emocionaba con cada palabra, que me es tan adictivo que me salto clases para poder plasmar lo que pienso.

No encontré dicha en mi mente, no encontré algún efecto placebo que me ayude al tormento, no encontré consuelo en mis ideas. ¿De qué sirve vivir día con día si todos los días son terribles?

Volví a retorcerme en la cama, incapaces de conciliar el sueño, presionando mi cabeza a que se cayera, que deje de gritar con intensidad ideas tras ideas, situaciones tras situación.

Me siento mareada, mis oídos empiezan a pitar, el dolor parecía infernal en mi cuerpo expuesta a la intemperie. Levanté mi camisa deseando refrescar mi piel hirviente, y ahí estaban uno tras otro, succionando mi mente, mis ideas, succionandome. Los Pirks sin misericordia me habían rodeado, ahogado, dejado en la miseria, en las ideas pesimistas de mi mente, de mi mañana.

Si tan solo los Pirks existieran.

BACHILLERATO

Tijeras

Luis de la Vega de la Mora

La ciudad de los condenados

Andrea Camarena Reta

La brisa

Martha Alicia Narro García

Eterno

Natalia Oviedo Pérez

La madre de la casa

Adriana Barajas Echevarría

Tijeras

Luis de la Vega de la Mora

Bachillerato OP. B

Para Caritina , Juan Carlos y Lua.

Llovía, las gotas caían sobre los charcos creando un pequeño punto blanco que ponía fin a su larga caída, algunas de ellas resbalaban hacia los lados de la lona y caían en un patrón cuadrado alrededor de mi puesto de pollos; con un abrigo que recién me había comprado tapándome, guardaba los pollos y el dinero en una mochila sabiendo que con lo bien que iba el negocio no nos haría nada de mal perder la mitad de mi jornada de trabajo de ese día.

Del lado de la calle donde estaba el zócalo un hombre con un impermeable azul, de ese azul que parece negro, caminaba a paso acelerado pero relajado con sus botas que creaban puntos blancos grandes, como los de la lluvia; sus pasos se volvían más ruidosos mientras se acercaba más hasta que se paró enfrente mío.

Ya estamos cerrados— dije mientras metía el cuchillo a la mochila, él seguía parado ahí viéndome; cerré la mochila y la dejé a mi lado mientras lo volteaba a ver; el hombre me vió con una cara que amablemente me decía “desconfía”. — Ustedes nos deben— su voz retumbó en la calle solo llena de gotas peregrinas de lluvia —¿Qué les debo?— pregunté casi cínicamente —Usted y su familia de indios deben pagarnos, este lugar nos pertenece— dijo mientras sacaba de su bolsillo un arma de fuego y un papel con ansiosa tranquilidad —tie-

nen hasta la media noche— continuó mientras apuntaba el arma hacia mi cara, el tubo negro me absorbía mientras mis oídos retumbaban con el ruidoso sonido del mecanismo de la pistola, la bala se deslizó a la cámara y me sonrió desde el fondo del barril —asustada, me hice un paso para atrás dejando caer las frías gotas a través de mi cabello, el cual a su vez las dejaba derramar por mi cara, ahogando mis lágrimas —Dame todo el dinero que traigas- y así hice ,temblando :no sé si por frío o por miedo, me arrodillé y saqué el cuchillo, la bolsa de pollos y los dejé en el suelo, luego saqué la pequeña caja de madera con el dinero y la dejé sobre la mesa; volví a guardar todo y antes de que me pudiera parar él ya se había ido y la caja desaparecido.

Agarré el papel e intentando leer a través de la niebla de mis ojos alcancé a ver “\$250,000 a la calle B...o 275” el papel se encontraba mojado por una única gota que desde el cielo se las ingenió para caer ahí, en la dirección. Guardé el papel preocupada en una de las bolsas de mi pantalón y empaqué el resto del puesto.

Caminé por el resbaloso piso hacia el metro con mis rodillas temblando punzantemente y mis hombros destruidos por el caliente peso de mi maleta llena de pollos. Llegando a Indios verdes caí en una de las esquinas de la estación, mientras veía a la bestia cambiar lentamente de vía para seguir su trayecto ahora hacia el sur. La gente no me volteaba a ver mientras yo perdía mi compostura como madre, como trabajadora, como migrante; me miraban con sus pasos mientras me presionaban cual adolescente en borrachera a pararme y a seguir. Saqué de mi bolsa el papel y me encontré con una foto, una foto que retrataba a mis hijas, a través de la ventana, las dos comiendo alrededor de la mesa cuadrada de madera y vidrio, mi hermana al fondo volteaba hacia la cámara sorprendida, pero sin pista de lo que eso significaba. La foto me dio el impulso de agarrar los pollos y los pedazos de metal

y salir corriendo hacia arriba de la colina para alcanzarlas. Corrí sobre la montaña pavimentada con mis pasos resbalando en el concreto hasta que llegué, la puerta de metal azul de la casa de mi hermana me invitaba a entrar y eso hice.

Entré y el silencio adornaba las paredes corrompidas por la humedad y una suciedad incosteable, la casa de mi hermana se caía a pedazos como todos los días, pero hoy parecía que se caía de desesperación y no de pobreza. Mi hermana estaba en la cocina y al verme alterada corrió hacia mí y me preguntó qué pasaba. Le respondí con una cara de tristeza que hacía que mis retinas se salieran ligeramente de sus órbitas y que la lluvia continuase escurriendo por mis mejillas, después le mostré el papel, ella revisó los dos lados, la foto y el monto a pagar por nuestras vidas.

Me miró con la misma cara de lluvia con la que yo la vi segundos antes. Corrió a su cuarto al cual yo la seguí y sacó de debajo del colchón un montón de billetes húmedos, caminé ignorándome completamente y dirigiéndome a la mesa con prisa ansiosa, contamos los billetes más veces de las que puedo contar y siempre salía el mismo resultado 5,893 pesos con setenta centavos: eso es lo que mi hermana había logrado guardar después 35 años siendo maestra y manteniéndose a sí misma, a su esposo y a su casa, yo saqué de mi caja fuerte que se encontraba en el cuarto donde las niñas ya dormían otros 30.875 que había guardado para mi madre de vuelta en Coahuila. Entre las dos juntábamos poco más que 35 mil pesos y los otros 215 mil se encontraban en forma de esperanza de que la amenaza fuese una broma.

A eso de las once ella y yo nos encontrábamos demasiado sobrias tiradas en el aguado sillón que alguna vez fue negro esperando a ver quién llegaba primero, nuestros maridos o el fin de nuestra esperanza. Las niñas dormían tranquilamente desde que llegué, enfrente de la ventana pasó una camioneta azul que irrumpía la paz en la cual nosotras nos encontrábamos.

Rápidamente me paré y fui directo a mi mochila, saqué la bolsa llena de pollos muertos hace ya demasiado tiempo, la lona de mi puesto, el cuchillo y las tijeras: los fui dejando en el piso de manera ordenada, me levanté, recogí los pollos, mis tijeras y me puse a filetearlos. Lentamente, dejaba el cuchillo pasar por las fibras de la carne del pollo que soltaba a su vez su sangre y un olor pestilente que me imploraba parar. Así hice con todos, seguí fileteando uno tras otro: quitar piel, sacar hueso, filetear: otros los hacía más gruesos o finos dependiendo de lo que el cliente imaginario que cambiaba de opinión cada vez justo antes de que cortara el último pedazo.

Todo fue interrumpido cuando entraron por la puerta: la abrieron lentamente, viéndonos a través del arma que se asomaba en el hueco entre la pared y la puerta celeste, entró primero el que había visto más temprano ahora con solo una playera blanca, unos jeans y unas botas que delataban que hace mucho que no llovía, el segundo, más blanco que el primero, ni se molestó en verme y fue directo a abrir todas las puertas de la casa, las puertas de madera retumbaban junto con los sincrónicos gritos de mi hermana y el coro que les siguió de mis hijas. El otro tipo me dijo que soltara mi cuchillo mientras apuntaba a mi cara con la ya familiar pistola, —MUÉVETE INDIA— hizo retumbar por toda la casa. Los gritos de mis hijas y mi hermana se convertían degradadamente en lamentos estrepitosos en forma de llantos censurados por las telas que el blanco les había obligado a morder, el otro tipo disparó a la mesa haciendo trizas el vidrio que se encontraba al centro de la mesa, el estruendo me hizo caerme de mi silla y dejar caer el cuchillo más lejos de lo que me gustaría, el tipo me agarró, me ató a la silla y me puso junto a mis hijas y mi hermana, las cuatro gritábamos como sordomudas en desesperación —CÁLLENSE PENDEJAS— exclamaron mientras discutían algo en forma de susurros. Mis manos intentaban deslizarse entre las cuerdas con la desesperación por la espe-

ranza de salir de ahí, mis pupilas volvían a diluviar ahora en silencio ante la latente amenaza, mis dedos jalaban y destejía el confuso y laberíntico nudo con el cual las habían restringido, pulgar por arriba, índice jala la cuerda, la muñeca gira, el otro pulgar abajo, tuerzo un poco el dedo anular, jalo y siento como se empieza a deslizar la cuerda por mi mano cuando alguien toca la puerta.

Hola amor, ya llegué, me abres?, perdí mis llaves!— exclamó mi cuñado del otro lado de la puerta. Subí la cabeza y volteé a ver a mi hermana que me miró con la cara sudada del miedo y los ojos congelados por la lluvia convertida en granizo que salía de sus ojos. Escuchamos el chillido de la puerta seguido por un disparo que le dieron en la pierna cuando intentó abalanzarse sobre los extraños que invadían su casa. Yo sabía que mi marido había salido con él a trabajar y que probablemente estaría a punto de entrar, con el impulso que me quedaba deslicé mis manos fuera de la cuerda y corrí sigilosamente por las tijeras que estaban en los restos de la mesa de la cocina al otro lado de la recámara principal, volteé a ver a mi hermana y con una mirada me convenció de lo que estaba a punto de hacer, respiré hondo y actué, los hombres estaban pateando a morir al hombre, cuando llegue por espalda y al blanco le clave en el cuello las tijeras oxidadas, el otro dándose cuenta de mi rebelión a las prisas disparó, errando levemente; saque las tijeras del cuello del blanco y se las clave al hombre en la mano al mismo tiempo que le quitaba la pistola con la otra, haciendo que errase su segundo tiro, rompiendo la ventana que estaba atrás mío, el hombre al que le había clavado las tijeras en el cuello ya había muerto como pollo atrás mío y yo perseguía al otro hombre que había corrido a la cocina para conseguir algo con que defenderse de mí, sin mucho éxito al abrir cajones se tiró al suelo con una desesperación tartamuda “—de-déjame ir”— exclamó de igual manera, con las dos manos en la pistola le disparé, el eco del

estruendo del primer disparo se mezcló con el del segundo y el del segundo con el del tercero, su cara amistosa se diluía entre agujeros de bala.

PAM PAM PAM PAM PAM click click click

Mi esposo entró y me retuvo, me quitó la pistola ya vacía y me agarró mis manos llenas de sangre como usualmente pasa, solo que ahora no era de pollo. Volteé a verlo y caí desmayada.

Me desperté en un carro pocas horas después justo cuando el sol del amanecer delineaban los contornos de los edificios difusos por la niebla amarilla de la ciudad, mis hijas a mi lado de la parte de atrás de la camioneta azul en la que habíamos traído antes toda nuestra vida, camioneta en la que antes habíamos cargado la esperanza de una vida mejor, de por fin poder ser dueños de nuestro dinero, nuestras vidas y ya no éramos dueños de ni siquiera de nuestra ahora ilegal libertad.

Los edificios a lo lejos perdían su forma y se mezclaban entre el smog y las nubes negras que dejaban caer sus lágrimas sobre lo que alguna vez fue nuestra esperanza.

La ciudad de los condenados

Andrea Camarena Reta

Bachillerato OP. B

—Bienvenida muchacha, me llamo Jaime, Jaime Pérez a tu servicio, yo te enseñaré todo y te contaré mi historia, si gustas.

—Ni siquiera sé quién eres ¿Dónde estoy? ¿Qué es esto?

—Estás en la ciudad de los condenados.

Fue la última conversación que tuve con el misterioso hombre antes de que mi vista se tornara borrosa, recuerdo que tuve un sueño, escuchaba la voz de mi madre gritaba desesperadamente mi nombre —Elena, Elena por favor: despierta—. Cuando de repente fue interrumpido por Jaime, pude ver su cara demacrada, su sonrisa torcida, estaba lleno de cicatrices y la más grande de todas se podía ver a través de su camisa, se percató que lo estaba mirando.

—Es una herida de cuando estuve en la cárcel, todas las que tengo son de ese maldito lugar.

No pude decir nada, jamás había estado tan cerca de un convicto o ¿ex convicto? no entendía qué estaba pasando, comenzó a llover y nosotros seguíamos parados en medio de la nada, en un pueblo en quién sabe dónde, con la lluvia cayendo en la cara sentí unas ganas inmensas de llorar, algo estaba muy mal pero no sabía que era. Para quitarme un poco los nervios por fin me atreví a decir —cuéntame tu historia— me miró con esa sonrisa medio torcida y su mirada vacía. Comenzó...

—Me llamo Jaime Pérez, nací en Puebla, yo tenía a mi amá allá y mis hermanos, todo era muy difícil éramos 6 y mi apá había fallecido antes de que yo naciera, después de Jorge

yo soy el más grande entonces siempre habíamos estado muy solos, a los 18 decidí ponerme a trabajar para que mi amá pudiera descansar de vez en cuando, nos iba bien no éramos ricos pero nunca nos faltó nada, en mi trabajo conocí a una muchacha muy linda de ojos color esmeralda, tan linda ella pero por su culpa acabe en la cárcel, verás nos hicimos novios y con nuestro dinero nos mudamos, juntos éramos muy felices, fue el primer y último amor de mi vida.

Se quedó callado, su rostro cambió a un tono más serio, más triste y me preguntó

—¿Cómo te llamas muchacha?

—Elena

Mientras me contaba su historia comencé a ver otras personas, había una pareja de no más de 20 años, un niño con una gorra de béisbol, un anciano, todos caminando sin rumbo, al igual que nosotros. Este lugar no llegaba a ningún lado parecía que solo dábamos vueltas en círculos y seguía sin dejar de llover, extrañamente no sentí frío lo único que podía sentir era tristeza y una especie de inconformidad, muy en el fondo sentía que me faltaba hacer algo o tenía que estar en algún lado pero estaba atrapada en este maldito lugar.

Jaime prosiguió con su historia —Me incriminó de robo, me fui a prisión 25 años y ahí me mató un tipo de la celda de al lado— Me quedé petrificada, ¿MUERTO? ¿Había dicho muerto? me reí con nerviosismo pero él seguía con la misma cara fría y con su sonrisa medio torcida, todo se me puso borroso.

—Elena, ¿Qué te hicieron? ¿Quién fue?

—Mamá no me quiero morir, es muy pronto no estoy lista.

—La ambulancia ya viene en camino.

—Agarrame de la mano por favor.

Me desperté temblando, no son sueños, lo recordé todo, corrí lo más rápido que pude, me aleje de Jaime y del pueblo, estaba corriendo tan deprisa que podía sentir como mi pelo se me metía a los ojos, pero no paré. Estaba tan desesperada

por salir de esta pesadilla o irme a cualquier lado muy lejos de aquí, pensé que ya me había alejado lo suficiente pero de la nada a lo lejos lo vi de nuevo, el pueblo.

—Mamá unas chicas de la escuela me siguen y me llaman con nombres, me dijeron que tuviera cuidado.

—Tranquila Elenita, cualquier cosa yo me encargo.

Desperté a lado de Jaime, eche a correr lo más rápido que pude gritando por ayuda pero nadie respondió a mi llamado, corrí y corrí y corrí, tan desesperadamente que mis lágrimas recorrían mi cara, grité de angustia

—¡Ayúdenme por favor!—

No está pasándome esto, no está pasándome esto, no está... mi visión se puso borrosa.

—¿Ya vieron a la gorda? oink, oink

—Mira por dónde regresas a casa, a lo mejor un día no vuelves

Y otra vez desperté a lado de Jaime, —por favor ayúdame, no deberíamos estar aquí no estamos muertos, estamos vivos—.

—Muchacha tranquilízate, a todos nos pasa

—Pero yo no quería irme, fue culpa de ellas.

Al final ya no corrí, deje que el silencio me tragara, me dio tristeza darme cuenta lo rápido que se olvida el color del cielo, la voz de mi madre o morirme.

—Bienvenido, me llamo Elena Gonzáles, yo te enseñaré todo y te contaré mi historia si gustas.

—¿Dónde estoy?

—Estás en la ciudad de los condenados.

La brisa

Martha Alicia Narro García

Bachillerato 4010

Me llamo Liz, tengo 17 años y estoy en mi cuarto escribiendo lo que he estado pensando durante tanto tiempo (tanto, que ya perdí la noción de cuánto llevo aquí dentro).

Comenzaré con una introducción algo resumida de cómo llegué aquí y quién soy o de dónde vengo. Nací en octubre de un año que no es relevante, crecí en el campo con mi madre y mi padre, con muchos animales y mi hermano menor. Teníamos una casa que parecía una cabaña, demasiado rústica para lo que se acostumbraba ver en donde vivíamos. Afortunadamente teníamos un río que pasaba muy cerca de nuestra casa, podías ir caminando derecho y lo encontrabas. Se veía mucho lo que era la naturaleza en su expresión más pura y bella, pues los rayos de sol que pegaban en la mañana con el río parecía sacado de un cuento de hadas en donde salían criaturas voladoras pequeñas y te decían su nombre para después advertirte que tendrías que salvar a un reino. La realidad de aquí, es que esas criaturas voladoras eran bellas pero no simples flores de campo de muchos colores, así como los que puedes imaginar; amarillo, rosa, naranja, ¿no pensaste en esos...? bueno, lo dejaré a tu imaginación, porque al final, de eso se trata. Que imagines cómo era la vida en donde yo vivía y cómo estaba en aquel entonces.

Teníamos animales; conejos, 3 caballos, un perro, de vez en cuando llegaba otro caballo que merodeaba por ahí, varios borregos y 3 cerdos.

La verdad, siempre vi de lejos a los animales que teníamos y cuidaban mi madre y mi padre, ya que tuve una desconfianza hacia mí de no poder ser lo suficientemente buena para cuidar de ellos.

Cada que podía, salía a jugar con mi hermano al jardín que teníamos, era muy grande y con mucha luz. Volaban alrededor mariposas, abejas, pájaros, e insectos que de lejos parecían inofensivos...

Unos días más tarde (y me refiero a meses) empezaron a esparcirse unos rumores sobre un tipo de enfermedad que atacaba a todo ser vivo con excepción de las plantas, y no había índice de mortalidad, pero serían cosas muy específicas, ya que, aunque no se haya indicado con tal gravedad, había otras víctimas que no se habían podido recuperar.

Mi madre nos dijo que nos encerráramos en la casa y no saliéramos de ahí hasta que ella lo indicara, de lo contrario podría ser perjudicial para todos.

Mi padre se quedaba con mi madre cuidando más de cerca a los animales y trayendo agua por turnos, mientras que mi hermano y yo nos quedábamos en casa.

Después de eso, no supe cuántos días llevábamos en esa rutina, ya que se volvió diaria y no supimos qué hacer para volver a tener esa noción de qué día era. Lo único que pienso con optimismo es el hecho de que nunca fui muy atenta a las cosas, en realidad, era demasiado despistada y despreocupada. Nunca pensé que algo así pasaría, pero... ¿quién sí?

Mi hermano y yo jugábamos en la casa, yo contaba hasta que él se escondiera. Eso era lo que hacíamos desde hace mucho tiempo, sin saber hace cuánto.

Le dije que podía salir no más de la valla que estaba enfrente de la casa, pero que no pasara ese límite por seguridad. Conté y cuando fui a buscarlo, me quedé haciéndolo, y es lo que quedó siendo ahora mi presente. Él no apareció ese día que estuvimos jugando, primero lo llamé al acabar de contar,

y no contestó. Al principio lo tomé normal porque se suponía que yo tenía que encontrarlo, pero nunca logré hacerlo. Me la pasé todo el día buscando por todos lados, incluso más allá del río que había cerca de mi casa. Pensando lo peor, que se lo habría llevado la corriente, pero no había ni rastros cerca de las rocas que estaban ahí. Nadie había pasado por mucho tiempo. En donde estaban los animales, tampoco había nada.



Claudio González López 2030

Al llegar mi madre salió corriendo a buscarlo, y mi padre se quedó conmigo. Nunca se supo cómo había desaparecido, y yo nada más podía presenciar que él estaba ahí, pero sin estarlo.

En mi familia ninguno se enojó conmigo, solamente no podían entender por qué o cómo había desaparecido mi hermano, ya que nada tomaría sentido, no había nadie en mucho recorrido, el río no tenía ninguna pista, y los animales no tenían posibilidad de que hubiera pasado algo.

Tiempo después mi papá salió para dar una vuelta a caballo junto con los demás animales, porque no habían salido desde la desaparición de mi hermano.

¿Qué hace cuánto fue? No me percaté de cuánto tiempo ha pasado hasta ahora, y desde siempre.

Desde que mi papá salió, no ha regresado, y he contado 2 amaneceres desde que él se fue. Solo quedé con mi mamá, con un escudo para que no me percatara de lo preocupada que estaba debido a la desaparición de mi hermano y mi papá. ¿Qué podíamos hacer? Esperar, fue lo que hicimos.

Teníamos comida, pero no había agua para bañarnos ni para tomar, así que la angustia de seguir en la casa o arriesgarnos no nada más a perdernos, sino también a contraer lo que era la enfermedad sin precedentes, era prácticamente caminar sobre el fuego. Decidimos salir juntas, y agarradas de las manos, si nos agarrara algo, que fuera a las dos.

Atadas con una cuerda y un cascabel, fuimos a bañarnos y recolectamos suficiente agua para los 4, porque era muy pronto para determinar la situación, solamente sabíamos que estaban desaparecidos, pero no más allá de eso.

Estábamos muy cansadas de agarrarnos mutuamente en el río por la corriente, que decidimos pararnos y sentarnos en un árbol y ver cómo la corriente se llevaba todo aquel que pasaba por ahí sin poder salir, a menos que un factor externo se interpusiera, como una roca de un tamaño bastante grande y pesada.

Sin darnos cuenta, nada más vimos correr las nubes en el cielo con colores amarillos y naranjas hasta violetas y magentas, junto con hojas e insectos volar con la brisa del viento.

Mi mamá mientras estábamos tomadas de las manos y atadas con una cuerda, me dijo;

—Liz, no sabemos dónde están papá y tu hermano, pero esta no será la última vez que escuchas de ellos y esta vez an-

tes de dejarlos a los dos, será la última que estemos juntos. Cuidémonos y siempre hay que amarnos. No importa nada ni nadie, no estamos solas, ellos están aquí y nosotras estamos con ellos allá.—

Yo estaba muy cansada, pero entendí cada palabra que me dijo, y sentí algo en mí, como si algo estuviera volando alrededor del árbol. Cuando me dijo eso, yo tenía mis ojos cerrados pero sentía a mi mamá a lado de mí, pero cuando los abrí, ella ya no estaba.

Fue cuando ni siquiera pude darme cuenta de lo que estaba pasando con ella, estando a mi lado y teniendo su mano con la mía, no pude darme cuenta de nada.

Me quedé viendo el lugar en donde se había sentado por el resto del día, y hacía frío, pero no lo sentía. Veía las estrellas y sabía que los tres estaban ahí conmigo, pero no lograba verlos.

Regresé a la casa arrastrando la cuerda, las cubetas, y el cascabel. No sabía qué hacer porque estaba físicamente sola, no estaban los animales, ni mi hermano, ni mi mamá ni mi papá... Y entonces ¿por qué yo estaba ahí? Siendo la más despistada y menos preocupada de lo que era la vida diaria, ¿qué estaba mal?

Tiempo después me di cuenta que no era un “qué”, sino un “quién”. El estar sola, es no tener absolutamente nada en la cabeza, en el lugar ni en el corazón, y yo sí lo tenía.

Era tristeza, ganas de abrazar, de reír, y seguir queriendo la vida que tenía antes de que llegara todo, o más bien, que lo que era la nada se convirtiera en todo.

Me quedé en el lugar donde comencé a escribir esto, mi cuarto en la cama de mi hermano. Pensando cuándo fue la última vez que estábamos aquí hablando de qué podríamos hacer después de comer o ir a jugar al jardín. No he querido salir y recorrer lo que era mi casa, porque ahora solamente es una casa.

Mi casa eran mi hermano, mi madre y mi padre, no una construcción vacía.

Me doy cuenta que lo que estaba mal era lo que yo era en ese entonces, no le presté la atención que mi familia merecía, y ser despreocupada y despistada no es malo, creo que en realidad es algo muy característico de las personas, pero en mi caso no fue así, porque no di atención a lo que era importante. No sé cuándo los volveré a ver, no sé qué día es hoy, no sé realmente quién soy ahora y no tengo presente qué fue lo que pasó con la enfermedad, solamente puedo asegurar que se llevó lo que ahora es el recuerdo de mi familia. Por querer sentirse libres y seguros, ahora son algún tipo de emoción andante por la brisa que acompaña mis días, sin saber que son días o noches.

El tiempo es algo que va pasando, pero tuve que saber en su momento que hay diferencias en muchas cosas que hacemos y no estamos conscientes del significado.

No es lo mismo escuchar, que oír. No es lo mismo ver, que observar. No es lo mismo querer, que amar. No es lo mismo saber, que conocer. No es lo mismo apreciar, que valorar.

Muchas veces no comprendía las emociones, pero después fui entendiendo que sentir el amor, la tristeza, el enojo, y lo que nos va haciendo humanos, es lo que en algún momento puede destruirnos si no somos capaces de entender lo que es el tiempo y sentir nuestras emociones.

Escribo desde mi cuarto, sin saber qué es lo que estoy haciendo, pero sintiendo a los demás junto a mí, y con ganas de saber qué es lo que pasó con mi familia.

Eterno

Natalia Oviedo Pérez

Bachillerato 6020

No recordaba cómo había llegado ni en donde estaba, pero buscaba que hubiera sido de mi destino de haber recordado qué hacía aquí, el ruido de mis zapatos, los cuales reconocí como tacones por el sonido que escuchaba y por el hecho de que yo era más alta. Seguí caminando por lo que parecía ser un largo pasillo inundado en una penumbra aterradora y al mismo tiempo apapachable y nostálgica que me era familiar y al mismo tiempo era completamente desconocida.

Ni muy cerca ni muy lejos, pude ver una luz, apresuré el paso para llegar donde se encontraba mi nuevo descubrimiento el cuál resultó ser un espejo, ahí pude observar mi elegante vestido junto con mi maquillaje y unos hermosos aretes largos que me adornaban.

—De esta forma te vez más adulta, más grande digo, si yo no te conociera y te viera así por primera vez diría que tienes unos...—

—Por favor no sigas, ya de por si me siento lo suficientemente grande para que vengas a decirme que me veo incluso más..., la verdad no me esperaba que todo esto estuviera ya tan cerca, pensé que había más tiempo— respondí.

—Siempre pensamos que hay más tiempo del que pensamos, pero nunca es así, pero no creo que haya que preocuparnos por eso, hoy es una noche muy especial, solo disfrutemosla...—.

Como si fuera la última vez- respondí de manera inconsciente y automática a aquella voz, la cual parecía ser muy cercana o era de alguien muy especial para mí, pero no dejaba de ser eso, una voz —¿de quién era esa voz?— preguntaba una y otra vez mientras dejaba el espejo detrás y seguía caminando.

Mientras continuaba, un escalofrío recorrió mi espalda, buscando la fuente de mi reacción, encontré una puerta abierta, la cual daba a un hermoso salón de baile, la música se encargaba de decorar tanto el lugar como la noche, mientras yo recorría todo el lugar, observando hasta el más pequeño detalle del salón, hasta que decidí sentarme en una mesa frente a la fiesta de estrellas que había detrás del ventanal.

—En todo sentido me gustaría que esta noche fuera eterna, todo hoy es hermoso hoy— dijo admirando la misma vista que yo —Bueno como bien sabemos, el tiempo corre, tengo ganas de bailar, ven conmigo— Volteé a verla, esperando que no fuera a mí a quien le hablaba, cuando vi que era a mí a quien le hablaba negué con mi cabeza, haciendo que mis pendientes chocaran con mi cara.

No tengo ganas de bailar ahora, pero ve tú, como dijiste el tiempo no es eterno, en un momento te alcanzo— le sonreí sabiendo muy dentro de mí que, aunque dijera eso no me salvaría en especial cuando se trataba de ella.

—Si te esperas aquí, tus ganas de hacerlo no van a llegar a menos de que entres al ambiente del baile conmigo, ven dame la mano, te aseguro que vas a entrar en el ambiente, solo hay que esperar a la persona indicada— las luces que nos rodeaban y el ambiente junto con aquella persona, que podía ver nítidamente, me recordaban a algo, yo sabía que ella era importante, sabía que la había visto en muchos momentos de mi vida, que era alguien muy importante para mí, pero...

¿Quién era ella?

Sin obtener respuesta, por puro reflejo levanté mi mano derecha, la cual fue tomada por ella, cuando tuve contacto con su calor, ella sonrió y suspiró cerrando los ojos

—No tienes remedio tú, siempre con las manos frías- abrió sus ojos, dejándome ver un brillo en ellos por la culpa de lo que parecían lágrimas que ella trataba de reprimir, me vi reflejada en esos infinitos ojos, veía aquella mirada verdosa que conocía desde siempre, aunque ahora noté ausencia de....

¿Qué era lo que faltaba?

Nuevamente y creo que se va a volver hábito, no volví a encontrar respuesta cuando volví a escuchar su voz, más tenue y entrecortada- el día en el que te pase algo... no vamos a saberlo por tus frías manos— le sonreí.

¿Qué dices?... no es así, mis manos van a estar igual de frías siempre y yo voy a estar bien- sonaba segura, pero no tenía sentido.

Al final, no es eterno...

Entonces piensa en eso cuando, sientas mis locas frías manos, que yo estoy bien, al final no hay que tenerle miedo, es solo cuestión de dejar ir...—

—Bueno... entonces pensaré en eso ahora jajaja- seguía con suaves lágrimas en sus ojos las cuales no parecían que iban a parar nunca, estábamos en un lugar hermoso, se veía que iba a ser una noche increíble y esa sonrisa suya me encantaba, me daban ganas de poner una en la mía se veía que ella lo sabía, entonces...

¿Por qué está llorando?

Jugó un poco con mis manos, mis frías manos, con sus pequeñas grietas en los nudillos y a lo largo ellas —a no creas que te librate vamos— comenzó a jalar mis manos con intención de pararme, cosa que fue inútil y reí por ello, hasta que calle y la volví a ver:

Oye...

—¿mande?—

—¿Quién eres?—

Mi pregunta fue consumida por el eco de la música del salón de bailes, que sonaba mientras yo volvía a poner mi mano sobre mis pantorrillas y las observaba perdidas en ellas, absorta por mis pensamientos y preguntas que invadía cada vez más mi cabeza tratando de buscar una respuesta, tratando de completar el rompecabezas que se me había dado.

Seguía en la travesía en mi mente hasta que un frío, pero dulce y cariñoso tacto se colocaba en mi hombro derecho

—He llegado— hablo con una suave voz- perdona la tardanza, ¿me esperaste mucho?— quitó su mano de mi espalda para colocarse en frente de mí y sonreír, todo de él era como decirlo, encantador, pero al mismo tiempo, él, esa sonrisa, era un tipo de “belleza” que nunca hubiera imaginado...

No hablando de él...

—La espera...— Pero lo único que pude hacer fue corresponder con una sonrisa, pongámosle como juguetona, pero al mismo tiempo fue una sonrisa honesta y amable y dije- se sintió como toda una vida.

Él sonrió orgulloso de que le haya seguido el juego y estiró decididamente su brazo hacía mí- entonces, será un baile que valdrá toda una vida— tomé su brazo y nos dirigimos al centro del lugar.

El ambiente cambió y millones de luces que colgaban del techo iluminaban el lugar, la música colocó el ambiente, un ambiente suave, en donde solo estábamos nosotros dos.

Y eso era lo más conmovedor de esta noche.

Con delicadeza, como si lo hiciera por primera vez, tomó mis brazos y los dirigió a su cuello, yo lo miré a los ojos y le seguí el juego, entrelazando mis dedos detrás de su cuello, luego de asegurarse que mis manos permanecía ahí, él puso las suyas en mi cintura y bailamos, bailamos toda la noche...

nunca paramos, solo estando nosotros dos, solos en la compañía del uno y del otro, junto con la compañía de las luces y de la música... el perfecto escenario, quién lo pensaría aparte de mí, quién pensaría que en estos momentos, aquí y ahora podía afirmar que...

El tiempo es eterno.



Aldara Herrera García 1030

La madre de la casa

Adriana Barajas Echevarría

Bachillerato 6020

Rosa María se pasea por su casa, a esta hora no tiene mucho que hacer, en realidad no tiene mucho que hacer en todo el día, tiene la radio prendida, pero no le presta atención, solamente le gusta que haya ruido como lo había en su casa cuando todavía no estaba sola, se detiene y mira la puerta de la entrada.

Entra su esposo a la casa, a quien alguna vez llamó conejito, luego Rafa, y acabó por llamar Rafael, los niños corren a saludarlo desde el jardín, llenando de tierra el piso que acaba de trapear.

¿Cómo te fue en el trabajo?

Como siempre.

Rafael era psiquiatra, pero Rosa María no sabía nada del trabajo de su esposo más allá de eso. Los tres niños respetaban a su papá, Rosa María no estaba segura de que lo quisieran, pero sabía que a su esposo no le importaba, pues siempre había dicho que es mejor ser temido y respetado que amado y se comportaba para que así fuera.

A la hora de comer, Rafael se sentaba en la cabecera de la mesa, aunque era redonda, él se las había arreglado para establecer su estatus. Las comidas siempre eran amenas, todos contaban un poco de su día, excepto por Rafael, que se limitaba a hacer comentarios breves sobre los días de sus hijos.

¿Y hoy qué hicieron?

Los tres niños, Rosita, Rafael y Margarita, asistían al liceo francés, donde aprendían de los países del otro lado del charco

e idiomas que les aseguraría puestos académicos. Rosita era callada, quería llegar a imitar los pasos de su padre y convertirse en un importante “quien sabe qué”. Rafael siempre tenía la nariz metida en algún libro de novelas fantásticas o poesía avanzada para un niño de su edad, y Margarita siempre imitaba los pasos de su madre, era su fiel ayudante en los asuntos de la casa. Eran una familia de época.

Por la tarde los niños se sientan a hacer su tarea en la misma mesa redonda en la que comen, Rosa María siempre piensa que es mucha carga para niños tan pequeños, pero le da mucho gusto ver que siempre la hacen completa. Rafael padre, por otro lado, piensa que los niños no sólo deben cumplir con sus obligaciones, sino sobresalir en sus tareas. Rosa María se queda dando vueltas por la mesa, esperando que sus hijos tengan alguna inquietud que pueda resolver, tal vez de matemáticas, o de español, o de ciencias naturales, o tal vez, solo tal vez alguna inquietud amorosa que ella podría arreglar con su sabiduría materna.

Ella cocina la cena en lo que sus hijos juegan y su esposo lee sus libros de personajes importantes, los niños y ella comen en la cocina, mientras que Rafael come en su estudio para no interrumpir su lectura con percances familiares. Al acabar de cenar Rosa María acompaña a sus hijos a sus camas, los ayuda a ponerse la pijama y los arropa, ya que están acostados se dedica a cantarles hasta que se queden dormidos. “Los niños ya están dormidos, te espero en el cuarto”, le anuncia a su esposo desde la puerta del estudio, pero sin esperarlo mucho se queda dormida antes de que llegue su marido.

Pero ahora Rosa María está sola, paseando por su casa en la que alguna vez recibió invitados a diario, su esposo falleció hace unos años, no la dejó viuda, pues se había divorciado de él en cuanto los niños salieron de la casa, y sus dos hijas viven muy lejos, una en Alemania y la otra en un pleito eterno. Rafael, su hijo es quien la cuida, o cuidaba, antes de

la pandemia, ahora su hijo se la pasa en conferencias de tecnología que ella no logra entender. En estos días a veces le habla por teléfono, para presentarle problemas que ella ya no puede resolver con su instinto maternal, son problemas de índice político que rebasan su capacidad de mantenerse al día con la situación del país. De vez en cuando, es ella quien trabajosamente marca los números de la casa de su hijo, pero siempre suena que el teléfono está ocupado o “su hijo no puede recibirla en este momento”. Quiere negarlo, pero le da la ligera impresión de que su hijo ha tomado el confinamiento como excusa para tenerla igual de abandonada como la tienen sus otras hijas.

Se cuestiona constantemente si así acaba siendo la vida de todas las madres, si así fue la suya. Claro que no sólo fue madre, fue intérprete, maestra e investigadora, pero ahora a los 93 años, ya jubilada, el único título que le queda es el de “madre”, aunque ya no esté en funciones.



Gaia López Sánchez 1010

EXALUMNOS

Con mucho gusto
te vuelvo a repetir

Joaquín Martínez Terrón

Volveremos a vernos

Benjamín Contreras Rodríguez

Mecapala

Olinmenkin Sosa Nájera

Con mucho gusto te vuelvo a repetir

Joaquín Martínez Terrón

Exalumno

Al leer su nombre entre los ganadores del concurso, antes que emoción o felicidad, sintió alivio. Este reconocimiento ponía fin a una larga lista de fracasos consecutivos. Representaba, más que un éxito, la confirmación íntima de que escribir no era un completo despropósito.

El premio, tal vez para algunos despreciable, consistía en la publicación de los relatos ganadores en el sitio web de la Universidad. Imaginar sus palabras reproducidas en la pantalla lo satisfacía profundamente.

El día en que se publicó su relato ingresó al sitio para regodearse al mascullar sus propias líneas mientras sus ojos se deslizaban por el monitor. Se dirigió a la pestaña “Autores” e hizo click sobre su nombre. Leyó:

Único e irrepetible

Santibáñez no pasaba de los treinta años, aunque aparentaba ser mucho mayor. Esto no lo noté hasta después de la tercera o cuarta sesión del taller, cuando me abordó en camino hacia la parada del autobús fuera de la facultad. La manera en que se me acercó revelaba una falta de capacidad para la conversación banal y, al mismo tiempo, un ansia de contactarse con el mundo que lo rodeaba. La combinación de estas dos cosas volvía infinitamente incómoda su compañía. Daba la impresión de que, para él, cada interacción ponía en juego su integridad, aún más (esto sería algo que pensaría después), su realidad.

¿Tienes fuego?, "¿Tienes fuego?", nadie dice eso, sí, gracias, de qué, enciende el cigarro y fuma con gestos estudiados que pretende hacer pasar por auténticos, ¿para dónde vas?, para División, por favor que no se me pegue, yo voy para Eugenia, podemos tomar juntos el metro, mta, ahora qué.

En la cuarta sesión del taller, Santibáñez hizo una participación que duró aproximadamente diez minutos, luego otra que sentí que tardó media hora, pero no sé. Comencé a aborrecerlo cuando advertí sus hábitos exasperantes: se adelantaba a las frases de los otros, queriendo adivinar cuál sería la última palabra que dirían; hacía bromas sin gracia y después, con su mirada suplicante, obligaba a los demás reírse o por lo menos a insinuar una mueca que no fuera de total indiferencia; intervenía impertinente en cualquier conversación para hacerse notar. Nunca había visto tantas ansias por querer hacer saber que se sabe.

Me bajo contigo y ya luego camino hasta Eugenia, no quiero decirle que tengo que hacer tiempo y no tengo a donde ir mientras, nos sentamos en una banca debajo de los puentes del cruce de División y Universidad, el cielo plomizo de la ciudad y la atmósfera cargada de humo de escapes no ayudaban en mucho para levantarme el ánimo y volver más llevadera su compañía.

Tuve varios encuentros de este estilo con Santibáñez. Caí en la desgracia de que me considerara su amigo. A la salida del taller, me buscaba siempre. Después comprendí que esta fijación por mi persona no se basaba en ninguna característica mía. Podía haber sido cualquier otro. Lo único que Santibáñez necesitaba era un cuerpo, una pared que le regresara el eco de su voz.

A la salida de la última sesión, sabiendo que ya no lo vería más, decidí aceptar su enésima invitación a continuar las conversaciones que solía mantener conmigo en el trayecto a la parada de autobús. Llegamos a un café en Miguel Ángel. Mantenía yo la secreta intención de descifrarlo y así atravesar la escenificación que montaba diariamente.

Después de un lapso insufrible, me relató algo que llegó a parecerme interesante. Dijo:

"Tengo un amigo. Emilio. Cuando cuenta una anécdota siempre me incluye en sus recuerdos. Dice: "sí, ¿no te acuerdas?, estábamos tú, el Oso y el Negro, íbamos para una fiesta." O "según yo sí estabas, estábamos en casa del Doc y luego fuimos al centro, en el coche del Moro. Acuérdate." Pero yo tengo certeza de que no estaba allí, porque tuve una cita en el dentista, o porque estaba fuera de la ciudad. Esas cosas le ocurren a todo el mundo, pero se dejan pasar por confusiones cotidianas.

"En otra ocasión, y esto no lo vayas a decir en la facultad, inscribí una materia en extraordinario. Bueno, no fue sólo una, hice muchos extraordinarios. Sucedió que me inscribía y al final no hacía el examen, porque se me pasaba el tiempo, o me daba pereza estudiar. Llegaba el día y no me presentaba. En el siguiente semestre los volvía a inscribir y así.

Para la materia de Políticas Públicas II hice este proceso unas tres veces, pero nunca realicé el examen. Cuando me disponía a inscribirlo por cuarta vez encontré que, en la tira de materias, aparecía la leyenda "Aprobado" junto a un siete en la calificación. Supuse que era un error del sistema, un error que me venía demasiado bien.

"Esas cosas le pasan a todos, pero no a todos les sucede comprobar la razón de esos extraños sucesos. Cierta día, quedé de encontrarme con una amiga en la glorieta de Insurgentes. Ves que ya la arreglaron y se convirtió en una especie de plaza que uno no entiende bien si es para transitar o para estar. Como sea, llegué un poco temprano de la hora acordada y me entre-tuve mirando a la gente: unos salían del metro en vertiginosas oleadas, aquellos que se mantenían atados a la inercia de la ciudad; otros, cuya característica era la parsimonia o la quietud, permanecían sentados o deambulaban en círculos para hacer tiempo. Unos y otros a dos velocidades simultáneas.

“Vi a mi amiga sentada a lo lejos, en una de las pseudo-palapas de la glorieta. Con una pretensión burlona, esperé a que volteara el rostro y se encontrara conmigo viéndola, entonces sonreiríamos y emprenderíamos la pequeña caminata al encuentro del otro.

“Pero eso no sucedió. A la distancia, observé cómo un joven caminaba hacia mi amiga, la saludaba, se abrazaban, intercambiaban un par de frases que imagino banales, para después marcharse caminando uno al lado del otro, como quien tiene un destino claro. Después de un rato debajo del sol que me quemaba la nuca, comprendí que ese joven era yo mismo. Que había acordado con mi amiga la misma cita a la misma hora, pero que él, a diferencia de mí, carecía de esa fastidiosa característica de buscar hacer una broma en cualquier situación, o por lo menos, no lo hizo en aquel momento.

“Caer en cuenta de la existencia del doble de uno, de que la propia vida está duplicada, tiene sus ventajas. A raíz de ese suceso encontré la explicación de aquellos hechos y de muchos otros y, aún más, comprendí los períodos en los que me atacaba una intensa sensación de irrealidad.”

Santibañez me diría que, desde aquel día, dedicaba su tiempo a asistir a talleres, cursos, conferencias y actividades de todo tipo. Decidía vivir en la superficie de la vida, abstrayéndose de niveles más hondos donde se encontraban el tedio y la incertidumbre. Eso pensaba él.

Lo que pensaba yo, al fin, tras conocer este suceso, es que Santibañez intentó sacar ventaja de la certeza de su multiplicidad. Concentró sus energías en las cosas que le generaban placer y dejó para su doble las tareas más tediosas. Pero había una pregunta obvia que no me atreví a hacerle. Tal vez porque intuía que detrás de cada acto, de cada palabra pronunciada y de cada hábito enfadoso que poseía Santibañez se encontraba la misma duda que él, sobre todo él, no podía responder.

Cabía preguntar: quién era más cierto, él o el doble que alcanzó a ver en aquella plaza, es más, quién era el doble de quién. Santibañez vivía de manera constante la angustia de su irrealidad. Por eso su desesperada necesidad de contactarse, de hacer sentir su presencia, de incidir en el mundo en cualquier momento y de cualquier manera. Era la única forma de comprobarse que estaba de hecho ahí, que la materia que lo conformaba tenía peso y ocupaba espacio, que su voz sí emitía sonido.

*Tampoco he podido evitar que me persiga la hipótesis obli-
gada: existe la posibilidad de que el caso de Santibañez sea par-
ticular sólo por la constatación de la existencia de su doble. Los
demás mortales, simplemente carecemos de la experiencia de
enfrentar a aquellos que nos replican, pero nada indica que no
nos encontramos en la misma situación que él.*

Terminó de leer al borde de un ataque. Cada letra y cada punto estaban equivocados, él no había escrito esas líneas. Pero no podía ser un error. Él mismo recordaba nítidamente a Santibañez, su excentricidad molesta, su parentesco con las rémoras, su desesperada necesidad de ser escuchado. Recordaba también, haber lamentado que su apariencia amable lo convirtiera en objetivo de la amistad de Santibañez. Lo que no recordaba era un taller en la facultad, (pero sí uno en una casa de la colonia Narvarte) y, mucho menos, una ida a un café y una larga conversación.

Cerró la computadora de golpe y quiso olvidarse del asunto. Días después recibiría agriamente las felicitaciones de amigos y familiares por haber ganado el concurso. No asistió a la ceremonia de premiación que se realizó después, pero se observó en las fotografías que publicaron las redes de la universidad. Sonreía, triunfal, en medio de los otros premiados.

Volveremos a vernos

Benjamín Contreras Rodríguez

Exalumno

Ella se convirtió en un susurro, un poema inconcluso, el derrame más hermoso de felicidad en este mundo tan impune y volátil. Se volvió una pesadilla de flores en mi mente y mis conversaciones. Y algún día espero encontrar sus ojos en el camino al paraíso; escuchar su voz al tenerme en sus brazos y que su cuerpo sea tan caliente, que me haga olvidar las lágrimas de mi madre frente a la ventana.

Quiero convertirla en una lápida de versos y sonetos; pretendo regresar a su memoria cuando la vida quiera volver a lastimarme, y defenderme con sus sonrisa omnipresente en el marco de su belleza. Deseo volver su recuerdo un faro de tranquilidad en mi contingencia de olas y derrumbes.

En un año tan confuso fui a encontrar al amor más coherente de mi vida. Me encontré con la única mariposa que se sienta a recibir el sol; ella fue el ángel que se pierde entre las calles, y que uno cruza la mirada con ella: la divinidad misma.

A lo largo de mi corta vida, el amor ha sido un juego confuso e hiriente; en el que las reglas van siendo explicadas a lo largo de la partida. Uno juega a interpretar las acciones y no se designa al ganador sino hasta su último respiro. El amor es un tablero con piezas hermosas y brillantes, que nos llama a sentarnos y alzar nuestra quiniela. El amor es la apuesta a la cual nunca tendremos una respuesta concreta; y no se juega con dinero, sino con nuestra propia alma.

Para hablar de amor tendré que volver unos cuantos meses, cuando desperté en un año incorregible; el calendario marca

marzo del 2020. Un año con promesas y sonrisas que venimos jalando desde diciembre. Cada año es lo mismo; brindamos una noche anterior y nos abrazamos amor. Limpiamos las lágrimas que creemos viejas y continuamos en el sendero de un nuevo camino. Nadie de nosotros imaginaba que las cosas iban a ser así este año. Nadie imaginaba las acciones de esta pandemia.

Estoy cansado, extremadamente desgastado de hablar de la pandemia. Estoy lastimado con los números y despedidas que nunca tuvieron lugar; me duelen los padres que no pudieron ver a sus hijos brillar en un mundo y que huyeron con las estrellas. No quiero hablar de los hijos que lloran al ver al cielo y derraman sus disculpas en las calles de un país que los vió morir. Quiero hablar de la belleza de la vida.

La pandemia vino a sentarse en nuestra mesa. Ella es prepotente y soez a la hora de vernos a los ojos. Es por eso que no hablaré de ella directamente; no merece una historia en donde el amor es un protagonista. La maldita muerte no volverá a sentarse en mi mesa; es una promesa que he hecho con amigos que se han despedido de mí con un abrazo. La pandemia no llevará ningún poema más de mi parte.

El Covid, el encierro, el miedo y la angustia repercutieron en cada uno de mis pensamientos. Despierto y tengo miedo por la vida que mis padres, abuelos, hermanos y amigos pueden llegar a tener; la familia se volvió frágil y a cada momento podemos tener un último gesto, con alguien que consideramos que siempre estará ahí para nosotros.

Me levanté cansado de haber llorado toda la noche anterior. El cuarto me recibía con luz solar, filtrada a través de la ventana. Mis libros a mis pies me recordaban que tenía que ponerme al corriente con mis tareas de la universidad. Me senté frente al monitor y encontré muchas miradas parecidas a la mía; un brillo en sus ojos había sido arrebatado para siempre, nos mirábamos con cariño y felicidad, pero todo había cambiado.

Llegó un descanso de una hora y aproveché para preparar café. Una vez que estuve en la cocina tomé un balde de agua y salí al balcón a regar las plantas de mi hermano. Fue en ese instante que la ví por primera vez. En el balcón contrario salió una mujer de unos veinticinco años, que usaba una playera grande y tenía una diadema verde sosteniendo su hermoso cabello rizado. Ella al verme dejó salir una sonrisa desde las comisuras y aquella respuesta me inmovilizó por completo.

En aquel instante la nombré Camila. Imaginé que era estudiante como yo; dedicada completamente al diseño y al arte. Inventé en mi mente que en aquel momento de su vida no tenía pareja, que su madre vivía sola y tenía dos gatos dispuestos a ser amados por la eternidad. Continué en mi imaginativo y supuse que a sus cinco años ella había viajado a Cancún con su padre, en donde había tenido una experiencia peligrosa a las orillas del mar; su padre había corrido en su rescate y toda la noche ella lo miró extrañada por la hazaña desvalorada que hacen los padres por nosotros.

La alarma de la cafetera me sacó forzosamente de mi imaginación. Un escalofrío molesto entró desde las plantas desnudas de mis pies hasta las orejas. Había sido traído de vuelta a esta realidad inquebrantable; de nuevo mis pies estaban en la situación de un estudiante de universidad, atado a las adecuaciones de clases en línea junto a las miradas dobladas de toda una generación.

Al sentarme frente al monitor me dejé llevar de nuevo por mis pensamientos. En mi mente me encontraba cinco años después de esta situación. Parece que vivía en otro estado de la República y Camila me hablaba desde la cocina. Yo me levantaba a verla y a responder a su llamado. Al verla ella tenía a una niña en brazos; me entregaba a la criatura y yo la levantaba sonriendo por los aires. Besaba sus mejillas y hacía cosquillas en cada uno de sus dedos regordetes. —¿Quién es mi niña?, ¿quién es la nena más bonita?... Sí tú, tú chulita

hermosa.—Decía yo mientras miraba a los ojos de una bebé que me robaba el aliento.

Regresé de nuevo a la realidad y la pantalla oscura me miraba contrariada. Apagué todo y continué mi rutina del día: comí, limpié y platiqué con mi hermano. Ambos nos sentamos en la sala; su cuerpo cansado cayó bruscamente sobre el sillón y me miró fijamente. En un instante encontró algo extraño en mis ojos, y de inmediato supo que un rayo de luz había entrado a mi cuerpo.

—¿Supiste que acaban de llegar unos nuevos vecinos? Preguntó curiosamente mi hermano. —No sabía. Contesté. —Son dos hermanas. Dijo mientras se levantaba y caminaba hacia la cocina. —¿Cuándo llegaron? Pregunté temerosamente. —Llegaron desde noviembre, pero siempre estaban fuera de casa. Contestó.

La voz de mi hermano continuaba desde la cocina, pero se fue difuminando paulatinamente. Miré hacia al balcón y noté las sombras de las dos hermanas; sus pasos eran un baile coordinado y perteneciente a las mejores compañías de ballet del mundo. No quería perderme ninguno de sus movimientos y con el paso de los segundos supe diferenciar el cuerpo de Camila al de su hermana. Me enamoré al instante de sus movimientos por la sala y su cuerpo que se doblaba al reír.

Pasaron semanas y todos los días salía a la misma hora a regar las plantas. Esperaba impaciente a ver la sonrisa de Camila desde el otro lado del balcón. Imaginé una vida maravillosa junto a ella a la hora de dormir; soñé con nuestro primer viaje a Zacatecas, la primera pelea por la noche y el primer beso que deposité en sus hermosos labios.

Hubo noches en donde toqué el piano toda la noche, esperando a que la luz del cuarto de Camila se apagara. Mandé flores en junio a su departamento y escribí un poema corto para que ella pudiese leerlo mientras intentaba conciliar el sueño. Me volví el amor que nunca podrá ser táctil; comenzamos a es-

cribirnos y dedicarnos canciones. Una relación nació de uno de los momentos más tristes de la humanidad. Yo la miraba enamorado y ella me sonreía confiada de que habría un mañana.

Una noche llegó una ambulancia, junto a una patrulla. Las luces y la sirena despertaron a todos los vecinos. El silencio fue una constante en todos nosotros; algunos nos quedamos sin aliento y la vida se volvió un juego de azar. Miramos a la ambulancia entrar por las puertas principales y acercarse a uno de los edificios. Bajaron dos personas vestidas de blanco y completamente cubiertas de pies a cabeza.

Los vecinos miraron desde sus balcones, algunos se abrazaron con miedo y soledad. Una mujer mandó a sus hijos a dormir, en el momento que vio llegar la ambulancia. Golpearon a la puerta y mi hermano los dejó entrar. Mis niveles de oxigenación se encontraban muy bajos. Acaricié la mano de mi hermano y él lloró, y gritó hasta el cansancio.

Los señores me levantaron de la cama y me postraron sobre una camilla cubierta de plástico. Miré a mi hermano desde la puerta y en sus ojos me decía tantas cosas; había un terror en sus pestañas e intenté sonreír para distraerlo del momento horrible que él vivía. Acarició mi mano y supe que algo quería decirme, simplemente su cuerpo no le permitía.

Días atrás yo me había contagiado; las causalidades de la vida dieron pie a que fuera parte de esta maldita situación; la cual no te deja llorar por tus cercanos. El dolor de cabeza era horrible y el sudor de mis manos me prohibía continuar tocando para Camila. Caí en cama un lunes y para el miércoles mi hermano tuvo que llamar a alguien. Me despedí con una sonrisa del cuarto que protegió mis sueños de amor y revolución. A mi hermano le dejé un cuento; un equivalente a una disculpa palpable en letras.

La luna lloraba conmigo. A lo lejos vi a Camila en el balcón. Vestía una sudadera blanca y un pantalón de mezclilla; el mismo que había visto en mis sueños cuando ella y yo com-

pramos nuestra primera casa, cercana al hogar de sus papás y su hermano Guillermo.

Cerré los ojos un momento; quise soñar con aquel campo al cual Camila y yo nos habríamos de retirar a los setenta y cinco años de edad. Era verde y extenso; un campo de libélulas y poemas que aún no sabré cómo componer.

Lloré al cerrar los ojos, al no poder respirar, al ver a mi hermano con miedo, al ir olvidando el rostro de un amor tan puro como Camila. Me aferré a la vida y al verso contundente que tenemos que plantear en este mundo como humanidad. Sé que bailé una última vez en mis pensamientos; brillé junto a miles de mexicanos, gritamos y brindamos con una sonrisa entre los dientes.

Todo se volvió un momento de paz y tranquilidad; volvieron todos los que se fueron y nos encontramos para ponernos al corriente. Sonreí junto a mis amigos perdidos y a los amores que se perdieron en alguna parte del pasado. Les hablé de la vida que tuve y los amigos que hice. Algunos familiares llegaron a la fiesta y los recibí en mi mesa. Comimos y hablamos de las cosas que ya nadie quiere hablar.

Mi abuelo cantó sobre mis piernas, me recordó tantas cosas de la vida y el amor. Supe que él decía la verdad porque había olvidado cómo llorar. Me levanté a bailar una cumbia y sostuve a la muerte con amor y respeto; le perdoné todas las dolencias que había creado en mi vida, con el tiempo entendí que así es el juego de la vida, y me disculpé porque en su momento no la entendí. Beso la tierra que me recibió y beso la muerte que me robó.

Con amor; a todos los que dieron su brillo en este mundo tan oscuro. Volveremos a vernos.

Mecapala

Olinmenkin Sosa Nájera

Exalumno

Esto que te voy a contar no pasó aquí, pasó en Mecapala. Ahí fue el robo. De ahí iban huyendo. Eran dos mocetones que según me enteré estaban acostumbrados al hurto. Pero no sabían con quién se estaban metiendo. Eso es lo que pasa a veces cuando se es joven, se cree que el mundo está a su disposición. Pero no es así. La realidad es que sólo nos tenemos a nosotros mismos y eso es mucho decir. Mecapala es el hogar de la mayoría de los brujos de esta zona. Los hay de todo tipo, así como las personas comunes y corrientes. Pero los que le jugaron el encanto a estos dos muchachos eran buenos. Se les llama blancos, porque son puros como el agua que brota del manantial. El brujo que se hizo cargo del encanto se llama don Arcadio. Ese brujo es respetado por todos porque es el más blanco entre los blancos. Una vez acudió a él una señora que decían que tenía al diablo incrustado en las entrañas. Los que estuvieron ahí cuentan que lo primero que hizo don Arcadio fue hacerle una limpia con yerbas. Después la miró fijo a los ojos; tan pero tan fijamente que dicen que el único ruido que se escuchaba en el cuarto era el del parpadeo de los que estaban presentes. De pronto, así, sin avisar, la señora echó los ojos hacia atrás y contorsionó su cabeza al cielo. No estoy inventando nada, te lo prometo. Lo que dicen es que de la boca de la señora surgió una voz ronca que decía: regresa los cincuenta pesos. Regresa lo que te robaste. Nada de eso te pertenece. Regresalo. Y la voz repitió eso como treinta y tan-

tas veces hasta que la señora pudo cerrar la boca y volvieron sus ojos a mirar a don Arcadio. El brujo tenía una mirada acusatoria. Entonces fue que ella se quebró y dijo la verdad. Una semana atrás se había metido a la Cueva del Armadillo y se le hizo fácil asaltar una ofrenda porque llevaba días sin comer bien. Juró que ella no había querido hacer ningún perjuicio a nadie. Pero la ofrenda no le pertenecía y ellos no iban a parar hasta dejárselo claro. Fue entonces que la señora comenzó a respirar agitadamente y con ambas manos apretó su garganta. Los que la acompañaban estuvieron a punto de involucrarse para ayudarla, pero don Arcadio los detuvo con un gesto; era importante contemplar el sufrimiento del error. Después de varios intentos, la señora logró escupir un billete de cincuenta pesos, se lo dio a don Arcadio y prometió que por el amor de Dios nunca más volvería a robar ninguna ofrenda.

Solemos subestimar a la Naturaleza. Creemos que somos superiores a todo por nuestra capacidad de destrucción. Esos muchachos pensaban que ya se habían salido con la suya. Pero estaba lejos de ser así. Los mejores aliados de los brujos son los cerros. Esos cerros selváticos que por la noche están llenos de vida. Los jóvenes son Ramiro y Abel. Aquella noche iban tendidos sorteando todo tipo de complicaciones, ya fuera el río o la desaparición de los senderos. Nada importaba, porque Abel conocía ese monte tanto como el patio de su casa. La parcial oscuridad de la selva aumentaba o disminuía según la cantidad de luz blanca que se colara entre el follaje de los árboles. Cada paso de los jóvenes implicaba el rechinar intenso de las chicharras y muy a lo lejos se escuchaba el croar de las ranas. Entre el tronadero de las chicharras, Abel alcanzó a escuchar el breve canto de un clarín y se detuvo de inmediato. Ramiro siguió de largo quebrando ramas con su machete afilado, hasta que se encontró con un sendero que lo llevó a la entrada de un pueblo a la mitad de la selva. Dudó. Volteó para evaluar la situación con su amigo y no encontró a nadie. Su vista fue

guiada por la carretera que iba directamente hacia una puerta color amarillo, de donde un señor salió a tumbos. Sacó la lengua para refrescar sus labios resecos y después mordió el inferior. Tenía sed de la mala. Entró por la puerta amarilla, tomó asiento y pidió un jugo de caña y una cerveza oscura.

Abel retomó el camino y apuró su paso para ver si lograba encontrar a su amigo, pero no apareció, por más que buscó entre las sombras insondables de los árboles. Miró hacia arriba y vio el tiritar de las estrellas a través de las ramas. Era muy probable que se hubiera adelantado, lo vería al día siguiente, para la repartición de las ganancias. Pero Ramiro no apareció y su madre comenzó a sospechar, pensaba que habían traicionado a su querido hijo. Tan fuerte era la sospecha que el rumor llegó a los oídos de Abel. Éste, temeroso por las represalias que la familia de Ramiro pudiera tomar en su contra, decidió levantar un acta de lo que habían hecho, en las oficinas de la policía municipal. Los judiciales se rieron de la supuesta desaparición de Ramiro y encerraron a Abel seis meses en los separos del pueblo, por ratero. Durante el primer mes, Abel aprendió a lidiar con el hambre. Ese mismo mes tuvo que acostumbrarse a cohabitar con los olores de sus excreciones. Para el segundo mes comenzó a alucinar. Primero era la voz de su amigo Ramiro, que le decía que estaba bien, en un lugar mejor, donde pronto se encontrarían. Después venía el rumor de la selva y la voz de Ramiro era el croar del lago o el canto de una oropéndola. También anidaba en su cabeza el martilleo constante de las chicharras y los pasos sigilosos del ocelote. Abel pensaba que su cuerpo era ya parte de la tierra. No recordaba cómo era la luz del sol, del cual sólo podía percibir los rayos a través del bochorno acumulado en su piel.

Una de las noches antes de ser liberado, Abel soñó que volvía al exacto momento en el que había oído el canto del clarín; ese instante fue la última vez que vio la espalda de su

amigo. Volvía a detenerse en el intento de hallar la figura del pájaro entre las sombras de los árboles, pero no conseguía nada. Retomaba el camino, volvía a andar, corría tratando de asir la imagen que se le escapaba entre la maleza. Era detrás de una gran hoja de ornato que encontraba a una mazacuata con la panza hacia arriba; del estómago de la víbora surgían siete filamentos que parecían ser unas patas. Estaba con esa imagen en la cabeza cuando una luz desternillante cegó su vista. Era libre. Había cumplido su condena.

Abel fue de regreso a Mecapala, directo hasta casa de don Arcadio. Pero la gente en Mecapala no olvida y el joven fue recibido como el despreciable ratero del que guardaban memoria. Una horda de adolescentes lo persiguió desde la entrada del pueblo hasta la casa de don Arcadio. Cuando el brujo lo vio llegar, una sonrisa irónica se esbozó en su semblante. Ahí estaba ese raquítico cuerpo de hurón que no era ni la sombra del mocetón envalentonado que había despojado a una familia de Mecapala meses atrás. Todos en el pueblo querían ver al hurón desangrándose. Todos en Mecapala. Un pueblo donde los padres abusan de sus hijas ya que en sus cuerpos comienza a florecer la adolescencia. Un pueblo en el que hay, por lo menos, dos fiestas patronales al mes, en las que los hombres se bañan unos a otros con el fervor y la carcajada y el desparpajo al que invita el licor de caña. Pero el robo es el crimen más deshonesto que puedes cometer en Mecapala.

Abel llegó agitado. Pero llegó. Don Arcadio, ayúdeme por favor. Ramiro tiene una familia que depende de él. En mi pueblo somos muy pobres, el café ya no da como antes. Nos partimos la espalda, las manos, el alma todos los días y no hay forma. La mamá de Ramiro estaba mala y la familia sin dinero para un doctor. Usted sabe que la gente no es mala porque sí, a la gente la hace mala la miseria. Yo ya pagué mi error, ahora quiero saber en dónde está Ramiro. Usted seguro

sabe, nadie conoce el monte como usted. Yo ya pagué mi error y mi amigo sigue perdido, sé que no está muerto, lo siento. Cuando la mamá de Ramiro se enteró de que su hijo no aparecía, quién sabe de dónde sacó fuerzas pero se curó, entonces corrió el rumor de que la desaparición era culpa mía. Si por eso me entregué. Pero en serio don Arcadio, no quiero volver nunca más a una celda. Se lo ruego, le pido por favor que me ayude. Don Arcadio escuchó la súplica con atención, como si desconociera las circunstancias de lo ocurrido. Abel cayó de rodillas al suelo y comenzó a sollozar. Tuve miedo de morir, mi señor. Sentí que estaba en las últimas. Ya no quería respirar, ni pensar, ni sentir. Quería convertirme en piedra. Don Arcadio afiló su gesto e intervino el silencio compuesto por las lágrimas de Abel. Las piedras están vivas y sienten. Todo lo que está en este mundo, respira. A su tiempo, a su ritmo. Las paredes que te abrumaron se comunicaban. No moriste porque aún no es tiempo de que mueras. Tu amigo existe. Tienes que recordar el lugar y la hora exacta en que desapareció, porque de otra forma no podrás hacer nada. Sólo ten mucho cuidado de no mostrar interés, ya casi es tiempo. Abel se fue de casa de don Arcadio con la cabeza llena de marañas. No entendió nada, pero tenía una intuición. Llegó a su pueblo, buscó a doña Socorro y le contó todo lo que había pasado en casa del brujo de Mecapala. Eso es mijo, a tu amigo lo hicieron caer en un encanto. Sólo había escuchado algo así de un señor de la Ceiba. Uy, pero de eso ya tiene años. Ese señor se fue al río a pescar acamayaz, cuando vio un nicho en donde había como veinte acamayaz juntas y dijo de aquí soy, que se encuera y que se avienta al agua. No me vas a creer, su familia buscándolo durante una semana, la señora llore y llore y sus hijas y su hijo todos tristes porque pensaban que alguien había matado a su padre. Pon tú que el señor se fue un lunes cuando apenas estaba rayando el alba y regresó al siguiente lunes en

la tarde, como si nada hubiera pasado, con sus veinte acamayas a la espalda. La familia feliz de que el señor regresó, pero fue cuando le preguntaron qué en dónde se había metido, que él les dijo que sólo había pasado a traer acamayas. ¡Una semana bajo el agua que para él sólo habían sido unas horas! El caso de tu amigo es parecido, pero también es distinto. A tu amigo lo hicieron caer en un encanto. Has de cuenta que un encanto del monte no dura más de dos semanas, porque la energía que se necesita es mucha. Para que una persona se quede un año entero en el encanto, hace falta que un grupo de brujos participe y esté de acuerdo en aportar de su energía. Ahora que vayas en su búsqueda ten cuidado de no mostrar interés, eso es muy importante. Si muestras interés allá, te quedas en el encanto. Ten mucho cuidado o quién sabe qué será de ustedes. Son cien pesos de la consulta.

Abel llegó al lugar lo más exactamente posible en cuanto a tiempo. Reconoció partes del camino, se dejó llevar en gran medida por la intuición. Era el único recurso con el que contaba. Creyó estar en el mismo sitio que el año pasado, pero no escuchó el canto del clarín. Avanzó sin detenimiento y detrás de una hoja gigante de ornato, alcanzó a ver la puerta amarilla que estaba iluminada por un pequeño foco. Ante sus ojos se definió la carretera y las calles sin pavimento de un pueblo que no atinaba a reconocer. Barajeó la posibilidad de que todo fuera parte de una ilusión. Estaba Abel con esas reflexiones cuando dio los primeros pasos de reconocimiento del lugar. Tenía miedo de quedarse para siempre en el encanto. No sin antes persignarse, recargó su mano en la puerta y la abrió; reconoció a Ramiro, que permanecía sentado en una silla blanca de plástico. El piso del lugar estaba tapizado en aserrín y una rocola daba el ambiente proyectando rayos led que se movían velozmente por todo el cuarto. Abel tuvo miedo de que todo eso sólo fuera un alucine. El camino para llegar hasta Ramiro había resultado demasiado fácil. Se llevó

ambas manos a la cara y la estrujó con violencia. Miró a Ramiro de nuevo, seguía sentado en la mesa con varios cascos enfrente. Caminó hasta él.

¿Quihubo?

Ramiro volteó asustado, como si la voz de un fantasma que había ansiado por mucho tiempo al fin se hiciera presente.

¿Qué pasó, cabrón?

Lo mismo digo.

Aquí andamos firmes como los valientes. Siéntate we, tómate una o qué.

Ya vámonos, we.

No mames, apenas voy. Esto va pa' largo.

Neta vámonos, we.

¿Ahí viene la tira o por qué estás todo pálido pinche Abelón?

Vente, we. Vámonos.

Sale pues, vámonos a la verga. Nomás deja me chingo una última.

Ramiro, vámonos, we.

Estás muy serio, chingados. Siéntate, pues.

Por la puerta amarilla arribó la raza, aproximadamente trece sombrerudos invadieron el lugar. Desconectaron la rocola e hicieron pasar a una banda de músicos rancheros. De entre los trece sombrerudos destacaba uno que era el que cantaba más fuerte, era el que hablaba más recio, era el que pedía y pedía rondas de whisky y también era el que daba órdenes. Después de su palabra lo que seguía era silencio y ejecución. Ramiro y Abel pasaron desapercibidos unos minutos, hasta que el jefe de los sombrerudos se dio cuenta de su presencia. Lo primero que hizo fue reír, con una carcajada que retumbó entre las montañas. Después se acercó lentamente a ellos, que no paraban de sudar por la cantidad de ojos que los miraban como si fueran las presas del animal que se aproximaba.

¿Qué pedo con ustedes?

No, nada, señor, ya nos vamos.

Está bueno.

¿Se sabe la de Déjame si estoy llorando?

Cállate, we.

No te escuché chaparro, ¿Qué dijiste?

Quiero saber si se sabe la de Déjame si estoy llorando, canta bien chingón usted.

Este chaparro me cae bien. ¿Qué haces por aquí?

Tomando con mi socio, se llama Abel, yo soy Ramiro.

¿Trabajan la tierra, vea?

Sí, señor. Somos campesinos, pero ahorita el negocio del café anda triste.

¿Quieren entrarle al jale?

¿Cuál?

Mi jale. El flaco se ve nervioso. Tranquilo, flaco. Mira al chaparro, él sí está calmado. Pues con este jale se gana dinero rapidito. Tiene su riesgo, como cualquier trabajo, pero si eres listo despegas rápido. Piénsenlo. Venga la de La puerta negra cabrones. ¡Eso verga...! Yastá cerrada con tres candados... Y remachada la puerta neeeeegraaaa...

Ramiro, vámonos, we.

No mames, no ves la oportunidad.

Confía en mí, we. No sabes nada de lo que pasa.

Cómo vergas no.

Vámonos y te explico. Confía en mí.

Si le doy al jale un rato con estas gentes voy a juntar para la enfermedad de mi jefecita.

Tu mamá ya se curó, we. Créeme. Te cuento en el camino.

Ah, chinga. ¿Eres brujo o qué? ¿Cómo sabes?

Tú créeme, we. No te vayas con ellos.

A la verga qué, pinches madrizas que me doy por unos putos pesos. Nunca más.

Ramiro se empinó la cerveza hasta el fondo, fue a donde estaban los sombrerudos y se volvió uno de ellos. Derro-

tado, Abel salió por la puerta amarilla, detrás de la cual ya no estaba el pueblo, sino la selva. Enfrente de él la enorme hoja de ornato que también apareció en su sueño. Se sentó en el suelo húmedo y deseó con todas sus fuerzas que la tierra lo devorara. Cayó de espaldas y quedó boca arriba, el cielo estaba lleno de nubes grises por el brillo de la luna. Sintió el movimiento de miles de patitas que escalaban desde sus pies hasta su estómago, la marabunta lo invadió totalmente y cuando la última hormiga terminó de pasar por encima del cuerpo de Abel; el muchacho, el mocetón, el joven, el flaco, ya no estaba, y ni de él ni de Ramiro se encontró rastro alguno. En Mecapala dicen que fue el encanto el que se tragó a los dos muchachos, pero pus de eso quién sabe.

POESÍA

SECUNDARIA

Como un pajarito

Regina Solís Velasco

Nuestra realidad

Nicolás Armando Navarrete Campos

Un saludo

Alexa Valenzuela Guevara

Como un pajarito

Regina Solís Velasco

Secundaria 2 D

Como un pajarito,
encerrado en su jaula,
que no tiene escapatoria,
al menos que alguien la abra.

Saliendo de la jaula,
se aproxima un viento,
oscuro e inquieto,
que nos dejará sin aliento.

Saliendo de la jaula,
los besos serán prohibidos,
los abrazos serán restringidos,
un solo movimiento de ala,
será permitido.

Nuestra realidad

Nicolás Armando Navarrete Campos

Secundaria 2 C

A qué llamas realidad, yo me pregunto;
a la que día a día te encuentra en la mañana,
o a la que día a día te atrapa
y te desarma.

Hoy vivo feliz en mi ignorancia
de los problemas que por el mundo pasan.
Siempre hemos vivido arropados por los padres
que paran los disparos con el alma.

Pero hoy, nos ha llegado un tiempo aciago
con cara de epidemia que nos mata.
No existe aún escudo que la pare
y se lleva a las personas que nos aman.

El gobierno nos miente día con día,
diciendo no hay problema, la tenemos controlada,
Y los muertos que llenan los panteones,
nos demuestran que el dinero es lo que aman.

Mientras tanto, tememos al mañana,
vivimos encerrados en las casas,
no sabemos qué fue de nuestra escuela,
y de los amigos que extrañamos con el alma.

Solo esperamos que cuando al fin regresen
estén todos los mismos que dejamos,
Pues solo Dios, la Ciencia y la familia,
nos brindan la esperanza que deseamos.

Un saludo

Alexa Valenzuela Guevara

Secundaria 2 F

Me ahogo, no puedo ver más allá de cuatro paredes,
y ahora comparto mi sufrimiento con ustedes.
Solo siento un dolor,
un dolor tan fuerte, más bien un temblor.

Lo siento en toda mi cabeza,
luego empieza,
todo de vueltas;
ideas que se van y las sueltas.

Este sufrimiento debe acabar,
porque esta tortura puede aumentar,
esto no es fácil de olvidar;
hasta que a alguien no pueda saludar.

BACHILLERATO

Como un espiral
que avanza y retrocede

Valentina Pino Soto

En mi pecera

Tania Cecilia Heredia Díaz

Pura casa

Galo Gracia Bernad

Se que tienes miedo

Julia Rojas Pereyra

Como un espiral que avanza y retrocede

Valentina Pino Soto

Bachillerato 2050

Iba y venía
tocaba y me tocaban,
respiramos libremente.
respiraba y me respiraban.

Pero un día todo se paró
y de repente
sola
en mi cuarto;
no iba
no me tocaban.

Y los días pasan
tan uniformemente,
tan iguales
como un espiral que avanza y retrocede a la vez.

La unidad
ahora está en la lejanía
y la comunicación.
La comunicación se ha convertido en miles de ondas
y señales que vuelan por el espacio.
Las máquinas
tan poco humanas,
han sustituido los abrazos.

Y para volver a estar juntas
ahora debemos de separarnos.

Y nos hemos perdido tantas cosas
pero hemos ganado tantas otras.

A veces me pierdo recordando
o pensando en el “hubiera”,
viviendo en un pasado imposible
y me olvido del ahora.

Otras veces salgo de mi casa;
salgo a través de libros,
de películas,
de música
y vivo a través del arte;
vivo de verdad.

En mi pecera

Tania Cecilia Heredia Díaz

Bachillerato 6020

Estaba sentada.
Sentada en la sala de mi casa.
En la cara, un rayo de luz me tocaba.
Un rayo de luz que entraba por mi ventana.
Era una sensación extraña, pues estaba en paz y
abrumada.
Sólo quería no pensar en nada.

Frente a mi estaba mi pecera.
Mi mirada quedó atrapada
viendo a mi pez que nadaba.
Iba de abajo hacia arriba.
de derecha a izquierda.

Su piel con la luz del sol brillaba.
Y de repente ese rojo oscuro de su aleta,
parecía que estaba en llamas.

Tras un largo rato de contemplarla,
era yo la que estaba en el agua.
Me di cuenta de que ya no sabía dónde estaba
solo éramos mi pez y yo en el agua.

Pura casa

Galo Gracia Bernad

Bachillerato 4010

Y un buen día nos dijeron:
al Colegio ya no vengan,
nos castiga una pandemia
y en tres semanas regresan.

Parecía en el inicio
vacación y diversión,
las tres semanas pasaron
seguimos sin rendición.

Computadoras y tablets
nuestras herramientas son,
clases virtuales constantes
que ya causan desazón.

Sostenemos amistades
familia y educación,
todo a través de un cable
¡Qué impresionante función!

¿Volveremos a las calles?
quisiera decir que sí,
pero veo a mis vecinos
y dejo de pensar así.

Muchos meses han pasado;
esto ya es normalidad,
la separación nos duele,
un año ya va a alcanzar.

Digo yo que lo normal
ya no es lo que era antes,
la nueva normalidad
dejó espacios vacantes.

Y con el vivir diario,
nos vamos acostumbrando
el Madrid siempre presente
en nuestra mente guardado.

Pura casa, pura casa
aquí nos han confinado,
poco sol y poco aire
todo está controlado.

Y los chicos del Madrid,
avantes siempre irán
y en su vida feliz,
de esta pandemia aprenderán.

Se que tienes miedo

Julia Rojas Pereyra

Bachillerato 2040

Se que tienes miedo
y sé que no logras ver
más allá de un mes,
más allá de un mes o dos.

Sé que parece imposible
y sé que te cuesta dormir
sé que a veces parece
que vamos a morir.

Y no sirven las palabras
para consolarte como quisiera,
pero mira hacia arriba.
Mira al cielo gris
a los árboles gastados
y a las nubes polvosas.

Y cuando pase un pájaro
o cuando se alce el viento,
quiero que sepas
que lo imposible no lo es tanto;
que vas a sobrevivir,
y que creo en ti.

Y quiero que sepas
que está bien caerse.

Y quiero que sepas
que cuando se alza el viento,
y el sol duerme en tu rostro,
te encontrarás a tí misma bien,
te encontrarás viva,
te encontrarás mirando al cielo gris.



Ana Ávila Orlanietta 1030

EXALUMNOS

Solo trazas

Kelly Hernández Bobadilla

Yo solo voy

Mircea Lavaniegos Solares

Homenaje a la oscuridad

Fernando Helguera Cejudo

Solo trazas

Kelly Hernández Bobadilla

Exalumna

De mi pelo cae barro,
barro seco y duro
Tic..., tic...
paso mis manos por mi cabello

y en ellas se pega el barro,
plastas que desprenden olor a tierra.
Miro mis manos y no hay más carne en ellas,
solo trazas de café que se mezclan con mi sangre

Hace tiempo que mis músculos abandonaron su
estructura química
y se refugiaron en la sencillez de la tierra,
porque así es más fácil sostener las raíces que dentro
de mi crecen
y dar soporte a las plantas que de mi nacen.

Mi madre me mira y pregunta
¿por qué suena así tu corazón?
Lo que no sabe es que lo he vendido
al camaleón que ahora se habita en mi pecho.

Ya no estoy sola en este cuerpo,
lo comparto con tres mil inquilinos
unos gruñen, raspan y bailan,
mientras que otros duermen, sueñan y nadan.

Y yo..., ¿quién soy yo?
¿Colectivo o individuo?
¿Por qué cuesta tanto responder esa pregunta?
Solo sangre seca y barro fundido.



Kelly Hernández Bobadilla

Yo solo voy

Mircea Lavaniegos Solares

Exalumna

Yo sólo voy por la tierra de mis ancestros.
Deposito mi canto en los surcos floridos del terruño
materno,
pongo mi semilla en la enramada húmeda de
la neurona paterna.
Yo sólo camino y escucho la voz
de mis hermanos árboles y mis hermanas plantas.
Voy por el mundo y no me siento solo
porque siempre me acompaña la vida
en sus múltiples manifestaciones.
Soy el eterno enamorado.



Kelly Hernández Bobadilla

Homenaje a la Oscuridad

(Prosa poética)

Fernando Helguera Cejudo

Exalumno

Despedazarse, esperando salir a la luz, dolorosamente. La confusión, la desesperación, los sentimientos erosionados. El lugar donde ya no se está más y se repite en sueños. Hoy es el nuevo ayer, pero no, porque es una espiral. El helicoide de las ideas y el de las emociones, se golpean uno con el otro. La tristeza infinita que te despedaza y no hay salidas a la luz. Permanencia en el dolor y uno en retirada.

A la luz se sugiere el que ha de ser, si se despoja de su pasado. A la sombra, lo que ya nunca será. La coyuntura y la decisión incierta, nubladas por las lágrimas. El tributo a lo inexistente. La vela que siempre permanecerá encendida pero que no veremos más, a fuerza de olvido. El alma de la sinceridad inesperada del tiempo, la sinceridad cruda, sin condimentos. Donde se está y es lugar de tránsito. El hito para la incongruencia del ser. Querer estar solo pero acompañado. Belleza atragantada. Bebés muriendo en la banqueta, sin deseos de llorar por abandono.

Las tinieblas que preceden al crepúsculo inevitable. El ave Fénix que nunca saldrá de su huevo ceniciento. La palabra que no se permite ser hablada, pues se esconde en la imposibilidad. La expresión que quiere surgir, pero cada letra al escribirse sustituye a la anterior. Los amigos que no se quiere intoxicar. La despedida, eterna despedida. El clavo se fosiliza y no encuentra martillo que lo saque de ahí.

El alma que se sirve en plato hondo, para ser devorada por la estupidez de la melancolía.

La charla que espera tras la puerta para ser invitada, pero nunca lo será. El compromiso que ruega ser adquirido. El tiempo. Siempre el tiempo. La música que transcurre con el tiempo, pero a destiempo. La deconstrucción de la esperanza y la reforma del espacio en el que ya no se cabe. El hoy como el viejo mañana. La depresión exprimida de toda su tristeza. Seca. Árida. El bostezo que no es suficiente para los pulmones delirantes. Sincera la mentira, ocultando al ego herido. Improvisación de roca dura. Cimientos que se hunden. Paredes que se caen. Agua que nunca podrá salir por los oídos, que están hechos para ignorar a la imprudencia. La leyenda de las hadas gordas y torpes que no aprendieron a volar, y utilizan sus alas sólo para presumir, por supuesto, lo que no se es. Besos separados por la anti-pasión.

Danza que el cuerpo no puede; no quiere bailar. Alimento de los carroñeros. La tinta que ya no es tinta porque se escribe en ordenador. Pies adoloridos que se paran frente al camino del nunca jamás. Decepciones creadas, no nacidas. Animales que no son acariciados. Significados que no explican nada, pues ningún objeto los significa. La reina negra caminando de cuadro en cuadro, solitaria. El alfil blanco que no sabe de vectores diagonales. Querer gritar por el ombligo. Aplausos desmedidos, desesperados. Llamado a los ángeles que viajan tan rápido que no les preocupa nuestra miseria. La vida en manos de los demás. La muerte y su arcaica paciencia. Caminar nuevamente por fuera del sendero, pisando bichos, aplastando flores, machacando recuerdos. Jalarsé de las greñas. Arrancárselas. Mutilarlas.

Máscaras de uno mismo. Huesos dislocados. Lonjas lastimeras. Campanas hermosas, pero sin badajo. Orquestas que no se ponen de acuerdo.

Ningún acantilado adónde saltar. Armas que disparan infinitamente. Sangre que se coagula dentro de las venas para no dejar salir al espíritu. Demolición demoledora. Alá que nos abandona. Rojo con negro y gris tristéco. Flechas que no se reconocen porque perdieron las puntas y las plumas. Requinchos disonantes. Ritmos recurrentes de cabezas que retumban. La locura encarcelada. Todo está muerto en el mar maloliente de los deseos. Amor que no se puede creer que haya muerto. El mismo viento que sopla eternamente, una y otra vez. Luto en soledad. Deceso del sueño.

El simple y llano adiós.



Arantza Obregón Gaytán 1030

MINIFICIÓN

SECUNDARIA

El mosquitero

Matías Rodrigo Aron Romero

El delfín y el cielo

Natalia Ríos González

La fantasía de lo anormal

Mariana Balcorta Anaya

El mosquitero

Matías Rodrigo Aron Romero

Secundaria 3 A

Estaba harto del mosquitero.

Pero era un mal necesario. Por alguna extraña razón, mi sangre siempre ha atraído a los mosquitos, y no hay repelente lo suficientemente fuerte para evitarlo.

Horribles criaturas, los mosquitos. Hasta en las criaturas más espeluznantes, protagonistas de las fobias de muchos, se puede encontrar cierta belleza, o función. Los mosquitos, son simplemente pequeñas manchas voladoras chupasangre.

Así que opté por un mosquitero. Mala idea.

A los 5 minutos de acostarme, llegó la incomodidad y la comezón. Pero el verdadero problema apareció después: La claustrofobia. Empecé a sentir que las telas de mosquitero empezaban a acercarse, a enredarse a mí alrededor.

Repentinamente sentía mucho calor y que me faltaba el aire.

Giré a mi derecha, y miré por la ventana. En el marco de madera, una crisálida. «Estamos en la misma circunstancia, pequeño», susurré.

Me tomó un rato, pero absorbo en mis pensamientos, al fin, caí dormido.

Pasó lo que pasa cuando duermes. Sueñas, pero no lo recuerdas, y despiertas, pensando que han pasado cinco minutos pero en realidad ya ha amanecido hace varias horas.

Desperté furioso, debido a la molestia. El mosquitero no había servido de nada. Tenía cientos de picaduras a lo largo de las alas.

El delfín y el cielo



Natalia Ríos González

Secundaria 3 E

Lourdes Martín Aguilar. Exalumna

Otra vez se encontraba mirando aquel cielo vacío, no lograba comprender el por qué tanta fascinación noche tras noche, ante un pedazo de oscuridad...

Como era costumbre, me acerqué, me senté en la cubierta de aquel barco antiguo y pregunté por lo que observaba. Me imaginé una respuesta cómo: “miro las estrellas”, “imagino las constelaciones” o alguna idea, pero contestó:

—Busco al delfín.—

—¿Un delfín? ¿en el cielo? Estas loco hermano.—

—No, no lo estoy. Solo busco algo diferente.

Este delfín de plata, fue desterrado del mar, por haberse enamorado del cielo. Al no tener un lugar a donde ir, las estrellas lo acogieron... O al menos eso me dice él.—

—¿Y dónde está ahora?

—Cuando el mundo se paralizó,, las constelaciones se dieron cuenta de lo mucho que el delfín podría ayudar, brindando un poco de esperanza, a la sociedad. Si no me crees, levanta la vista y lo podrás ver.

Siguiendo sus palabras, mire al cielo; tras una nube, el brillo plateado de una luna menguante apareció para darme tranquilidad.

La fantasía de lo anormal

Mariana Balcorta Anaya

Secundaria 1 B

28 de febrero del 2040

Han pasado 20 años desde que inició esta situación, y desde entonces nada ha sido igual, aunque nos lo prometieron. Empezamos a temer el salir a la calle, luego a quienes llegaban de ella, incluso, a charlar entre nosotros. Poco a poco, comenzamos a temer cualquier tipo de propagación, la dispersión se colocó como el mayor peligro. Así, las risas, la felicidad, la ansiedad, la tristeza, o el enojo, incluso los bostezos, la sed o el hambre, casi cualquier cosa podía contagiarse.

Se temía que, al hablar, se escapara una risa que contagiara a otra, que un pensamiento se duplicara, o que cualquier cosa se extendiera, así que la gente paró de hablar, dejó de compartir, de comunicar y de acompañar. Las calles deshabitadas gritaban un silencio que abrumaba. Las redes sociales repletas de gente que dejó de compartir estaban tan calladas que ni se notaban.

Las personas trataban de dormir hasta 18 horas para no contagiar sueño, ya no iban a los parques para no contagiar risas o diversión, dejaron de escuchar canciones para no transmitir sentimientos. Dejamos de ir a la escuela, para no contagiar conocimiento, ya nadie iba al cine para no contagiar emociones.

Llevamos mucho tiempo encerrados en un cuarto sin ventanas, este lugar es muy pequeño y oscuro. No hemos dor-

mido bien en mucho tiempo. La verdad, siempre me pareció escalofriante el grado de paranoia al que podíamos llegar, pero este es otro nivel.

Si alguien llega a leer esto espero que ya haya terminado esto y el mundo cobre sentido otra vez. Si no es así, espero que estas palabras ayuden a recordar cómo era la vida, en un mundo que creíamos normal.



Brenda Galván Castello 2020

BACHILLERATO

Volteo

Tania Cecilia Heredia Díaz

Desde la ventana

Emilia Schneider Reynoso

Epizootia

Sofía Zarauz Michel

Todo ha desaparecido

Sahara Karenina Meléndez Rubio

La cosa

Aliona Esquenazi García

Volteo

Tania Cecilia Heredia Díaz

Bachillerato 6020

El vestido no me deja correr. Lo largo dificulta que pueda levantar las piernas. Levanto la falda para que no me estorbe. Volteo. Estoy corriendo. No sé a dónde ni por qué. Pero siento en mis venas una gran necesidad de correr. Más bien de escapar. Volteo. Es de noche, hay luna llena. A pesar de su luz, me es difícil ver entre los árboles, sus ramas me tapan el camino. Volteo. Sé que algo me está persiguiendo, lo siento detrás de mí, pero no sé qué es.

Mi corazón palpita como loco, siento que se va salir de mi pecho, y mis pulmones me queman la garganta, en cualquier momento los voy a vomitar. Volteo. Hay tanta adrenalina dentro de mí que en cualquier momento voy a salir volando de aquí. Volteo.

Sigo corriendo. No me detengo, no me puedo detener, mis piernas no reaccionan. Volteo. Cada vez me siento más cerca de lo que sea que me esté persiguiendo. Podría decir que escucho sus suspiros justo detrás de mí. Volteo. Sigue estando oscuro y sigo sin poder ver bien. Creo que cambie de dirección porque ahora la luna llena me queda de frente. A lo lejos veo un lago, pero no voy a ir ahí. Mi instinto me dice que no sé nadar y no quiero comprobarlo. Volteo.

El aire es frío como el hielo y lo siento entrar y salir por mi garganta, tan cortante como un cuchillo recién afilado. Cada vez me siento más cansada y con las piernas a punto de romperse. Volteo. Ahora sí veo algo. Son luces naranjas, están lejos,

pero las veo perfectamente: fuego. El fuego me persigue o son personas con antorchas. No lo sé. Volteo y ahora las luces están más cerca. Agarro coraje y aumento mi velocidad. Volteo.

Siento un miedo y enojo tan intenso que grito. Me desespera que no llegue a donde sea que quiera llegar, pero no me siento sola. Y no me refiero a las antorchas, siento la presencia de más mujeres como yo. Siento su coraje. Volteo y las luces han aumentado y cada vez están más cerca.

Volteo y siento más miedo. Hay una sombra que va detrás de mí. La ví. Ahora sí. No sé por qué me sentí tan aterrorizada si sigo sin saber qué es. Pero sólo verla me causó un estremecimiento y escalofríos en todo el cuerpo: la piel se me erizó. Ya no quiero voltear.

Volteo. La sombra está muy cerca de mí. Volteo. Una mano sale de la sombra y me trata de agarrar. Acelero. Pero no es suficiente. Volteo. La sombra está prácticamente tocándome. Trato de seguir el ritmo y mis piernas están al borde del colapso, tropiezo con la raíz de un tronco que está salida. Volteo. La sombra está encima de mí y las luces del fuego de las antorchas me rodean. Ya no siento mis latidos, ni el aire, ni mis pies. Ya no siento nada.

Estoy parada. Pero estoy con las manos atadas en mi espalda. Creo que estoy como en un árbol. Mi cuerpo está abrumado de tanto dolor por lo mucho que corrí. Jamás me había sentido tan agotada. Mis ojos están cerrados. Me da miedo abrirlos. Pero siento la presencia de mucha gente y una cantidad de calor impresionante.

Abro los ojos pero mantengo la mirada hacia mis pies. No me había dado cuenta de que estaba descalza. Eso explica porque al correr sentía la tierra metiéndose entre mis dedos. Volteo. Veo otros pies. Volteo al otro lado. Otros pies descalzos y sucios. Me armo de coraje y levantó la cabeza. Estoy rodeada de gente. No conozco a nadie, ni siquiera puedo ver

sus caras. La mayoría de ellos tienen antorchas. Los escucho hablar pero no entiendo nada de lo que dicen. Estoy mareada. Todo me da vueltas.

Un hombre, que parece ser la sombra que me estaba persiguiendo, se para y esta enfrente de mí. Dándome la espalda y sosteniendo la antorcha en alto mientras los demás le aplauden. Se voltea lentamente y nos ve a todas las que estamos amarradas. Hace contacto visual conmigo y me hace una sonrisa pequeña, disimulada. Pone la antorcha al lado de mis pies y el fuego se expande para todos lados alrededor de mí. Se aleja y se va con la multitud. Todas las mujeres que estaban conmigo empiezan a gritar. Incluso, puedo escuchar a un bebé. El fuego las ha alcanzado. Volteo. Mis pies se están quemando. Siento el ardor, pero es soportable. Las llamas empiezan a recorrer mi cuerpo lentamente. Y poco a poco siento como me quemo. No sé si estoy gritando, pero mi garganta siente que sí, tal vez fue el aire frío que entraba mientras corría. Volteo. Veo la luna encima de mí.

A pesar de estar en agonía y en una tortura que parece interminable, me siento aliviada. Aliviada porque no estoy sola, me siento segura. Sean quien sean estas mujeres, estamos sintiendo lo mismo, lo sé.

No sé por qué estoy aquí, ni quién soy. Al parecer moriré sin saberlo. Pero moriré acompañada. El ardor es tanto que ya no siento mi cuerpo. Ya no puedo respirar.

Al fin entiendo lo que alguien dice que alguien, aunque creo que ya estoy ciega, no sé que dijo pero lo que entendí fue: Salem. Sea lo que sea ya no puedo voltear.

Save me.

Desde la ventana

Emilia Schneider Reynoso

Bachillerato OP. D

Con el inicio de la cuarentena, decidió cambiar un poco su cuarto, y todo el edificio se enteró del movimiento de muebles y la reacomodación. La verdad yo no estaba seguro, puede que le hubiera dado insomnio y era de esas que se pone a limpiar, pero dos días después al fumarme un cigarro en el jardín, reconocí su ventana y vi cómo ahora el escritorio quedaba pegado a ella, casi como si se asomara.

Llegó la escuela y la oficina en casa, todos andábamos encerrados, pegados a la computadora y ella no era excepción, si yo pasaba por su ventana a tomar aire de vez en cuando inmediatamente notaba el ruido de las teclas, sin importar la hora, y a cada rato el ruido de las hojas, que se acomodan, se escribían y se arrugaban.

Lo que ninguno de nosotros sabía (el resto de los vecinos y yo), era que, con el cambio de escritorio y escuela en casa, ella nos tenía a todos rastreados, conocía nuestras rutinas y hábitos, sabía de nuestros temas de conversación y nuestros problemas de la pandemia. Se la pasaba todo el día ahí sentada junto a su ventana, con la vista pegada a su computadora y el oído atento a lo que sucedía en el jardín.

Para cuando me di cuenta era imposible hacer algo al respecto, si cambiaba mi rutina (que era demasiado exacta) se daría cuenta y llegaría a la conclusión bastante obvia para ella, de que la vi asomada y no me gustó nada que conociera mis pasos. La única opción era dejar que me vigilara, por más que

no me gustara la idea era lo único que me quedaba, al menos para mí; respecto a los demás, había varios que podían salvarse de la intromisión a la privacidad. Los que salían menos, los que siempre andaban con prisa y los que no tenían rutinas muy estrictas; yo los conocía a todos y podría advertirles de la espía para que tomaran medidas drásticas en el asunto.

Claramente no tenía sus números ni sabía de sus departamentos, así que me fui puerta por puerta a tocar y reconocer rostros. Me costó trabajo, pues no siempre abría la persona que yo esperaba y a veces se me olvidaba que tenían hijos o perros y que tenían que continuar con sus visitas al jardín. Finalmente todos estaban avisados, unos hicieron caras raras, pero confiaba en que mis vecinos hicieran caso.

Mientras tanto, yo seguí con mis cigarros nocturnos y mis paseos mañaneros como de costumbre, esperaba poder ver por la ventana como ella enloquecía en plena clase en línea por la falta de gente en su jardín, que comenzara a gritar o desesperara. Pero no pasó, mantuvo la calma, al inicio pensé que ella era tan lista que sabía de mi plan y procuraba mantener los estribos cuando yo bajara, pero luego me dí cuenta de que no podía ser eso. Lo que pasaba era que los vecinos salían cada vez más a dar visitas al jardín.

Parecía que de pronto era necesario que los perros bajaran cinco veces, que los gatos pasearan con correa, que los niños leyeran en el pasto, que hablar por teléfono debía ser recargado en un árbol y no sé cuánta cosa. No solo me habían ignorado, sino que se burlaban de mí, y yo solo podía ver la satisfacción de ella que se entretenía de nuestras desgracias a diario; decidí tomar medidas más desesperadas acordes a la situación y salí corriendo a tocar a cada puerta a explicarles que solo salieran a media noche o durante las comidas para que no pudiera verlos, era peligroso que conociera nuestros secretos y se aprovechara de ellos, lo hice lo más rápido que pude y con la mayor cautela posible para que la espía no me detectara.

Creí que había sido un éxito, ingenuo yo, no sabía que ella ya estaba presente en todo el edificio y sabía cada paso que yo daría de antemano. A los pocos días, llegó el dueño a pedirme que desalojara el departamento, al parecer no era la primera vez que había quejas y luego me recomendaron el psiquiatra. Intenté convencerlos pero ya nada servía, ella ya estaba en control de todo, absolutamente todo, tornó a mis vecinos en mi contra para que no se dejaran ayudar y engañó al dueño y al portero con quejas falsas de que la estaba vigilando, me convirtió en el enemigo, me convirtió en ella.



Paula Vázquez Tejeda 2010

Epizootia

Sofía Zarauz Michel

Bachillerato OP. B

Mónica rara vez se levantaba temprano, sin embargo, esa mañana estaba soleado a pesar de ser invierno y eso la motivaba a salir del departamento. Justo después de despertarse iba a lavarse la cara sin falta; contemplaba su reflejo unos segundos mientras aplastaba un mosquito posado en el espejo y acto seguido bajó a ver que le deparaban las calles de la gran ciudad.

Para su sorpresa, la ciudad se veía más vacía pero a la vez más caótica. La gente iba de un lado al otro mirando al cielo de arriba a abajo con angustia. Pocas cosas le sorprendían de la gente de la ciudad pero se dirigió al puesto de periódicos a ver qué sucedía. El encabezado de uno de los periódicos decía “¿La ciudad está perdiendo residentes?”, esto no le llamó tanto la atención en realidad, pero debajo de los periódicos había una revista cuyo encabezado era “¿ciudad o colmena?”, a pesar de tener un título un tanto banal, decidió llevarse la revista.

Se sentó en su lugar habitual del café de la esquina y cuando se disponía a leer su revista vio que lo que parecía una infinidad de mosquitos y todo tipo de bichos volaban por encima de su cabeza, en realidad le tenía una gran fobia a los bichos y salió corriendo, al igual que las otras personas del café. Cuando entró en su edificio había unos cuantos mosquitos, pero fue a refugiarse en su departamento. Pasó unos cuantos días sin salir porque cada vez veía más y más bichos adherirse al exterior de su ventana, llegó al punto en que apenas entraba la luz por las ventanas.

Ya llevaba varios días aterrada y sin salir, pero llegó el momento que tanto temía: se le acabó la comida. Su mejor opción era ir a pedir comida a sus vecinos de abajo; tocó la puerta y no hubo respuesta así que decidió abrirla. No había nadie dentro del departamento a excepción de unos mosquitos, sin embargo había sobre la mesa un frutero muy abundante, que sin dudarlo se lo llevó a su casa. Esa noche se sintió más aliviada después de cenar un par de duraznos y manzanas y se fue a dormir mucho más calmada.

A la mañana siguiente se despertó sintiéndose extraña, verdaderamente adolorida, como con las extremidades atrofiadas, fue al espejo, donde sólo había el reflejo de una vil mosca de la fruta.



Lorenzo Orlanietta Torres 1010

Todo ha desaparecido

Sahara Karenina Meléndez Rubio

Bachillerato 2030

A veces la existencia y la inexistencia mismas me rebasan, mi mente se estanca y comienza a cuestionar “qué” y “si soy”. Mi existencia (probablemente demasiado banal para ser un argumento de ésta), reside en mi vínculo con los demás, es el tacto que siento cuando me tocan, la interacción entre mente y mente, sentir para y por otras personas; todo esto simplemente ha desaparecido.

Al quedar mi cerebro seco, bajo las escaleras, mi ya no tan pequeño hermano menor me pone tremendos puñetazos que me erizan hasta mi lengua, incluso de ella salen tantas palabras para expresar mi inmenso gusto... ya saben, muestras de afecto entre hermanos. De repente mi mente se aclara y comienza a correr, tanto que dejó atrás la metafísica.

No ha desaparecido nada, solo ha cambiado demasiado.

La pared se volvió esa amiga con la que jugaba a la pelota, el palo de Brasil al lado de la entrada se volvió un jardín, aquellos gatos que pasan y los veo en la ventana se volvieron más que unos simples exploradores, los camiones cada vez se le ve y escucha menos, la música hace que me detenga a recordar en lugar de bailar.

Sin embargo hay tantas cosas que aprendí, la comunicación no siempre necesita ser auditiva, es difícil armar los colores en un cubo, las plantas escuchan mejor de lo que creía posible, el aire pasó de ser molesto a darme tranquilidad y somnolencia; ¿que soy y que aspiro ser?, me ha dado la opor-

tunidad de que mi imaginación del kínder regresara, por fin me es posible escucharme y enfrentarme, le han salido alas al corazón y deje de seguirle el paso.

Esta vez la unidad se encuentra en la soledad, que ironía, ¿Verdad?.

Tal vez la próxima vez que caminemos al lado unos al lado de otros y otras nos re conozcamos y seamos tan solo un poco más humanos.



Josue Maya Alberto Cruz 1020

La cosa

Aliona Esquenazi García

Bachillerato OP. B

Era una persona muy organizada, tal vez un poco obsesiva. Mi alarma siempre sonaba a las 7:00, sin posponer me levantaba y comenzaba mi día. Me lavaba la cara, los dientes, me peinaba, preparaba el desayuno y me iba. A la noche me lavaba los dientes a las 21:43, tardaba 2 minutos en hacerlo, luego me peinaba y me hacía una trenza, lo que me llevaba 5 minutos, y por último me ponía mi pijama y me acostaba a las 22:00 en punto.

Todos los días eran iguales y estaban planeados meticulosamente para que lo fueran, así debían ser.

Pero ese día no pasó lo planeado.

Me desperté por un grito que venía de afuera: “La cosa ya está aquí”.

Cerré la puerta, y miré hacia afuera. Todos corrían a esconderse, tomaban a sus niños, a sus animales y corrían. Parecían cucarachas escondiéndose de los pasos de las personas de la casa. Se esparcían, se alejaban unas de otras, como si algo se les fuera a pegar.

Unos minutos después las calles estaban vacías, no había ni un alma que las recorriera, solo la cosa.

Las ventanas comenzaron a azotarse, como si un tornado estuviera pasando por su lado. Las cortinas parecían fantasmas que intentaban escapar de lo que había afuera. Sentía una brisa fría que rodeaba todo mi cuerpo y que no me dejaba moverme. Estaba ahí, al lado de la ventana, sin

poder moverme, totalmente paralizada ante la presencia de esa cosa que acechaba.

Luego de unos segundos el viento paró, por fin logré moverme. Cerré la ventana. La cosa ya no se veía.

Intenté seguir con mi día lo más normal que pude. Intenté seguir con mi rutina, pero siempre tenía en la mente a la cosa. Traté de distraerme escuchando música o viendo una película, pero la cosa seguía ahí.

A la noche escuché un ruido, algo que se chocaba por los pasillos de mi edificio. Volví a sentir un viento envolvente que me paralizaba. Los sonidos se hacían cada vez más fuertes, más duros, más pesados, como si un elefante estuviera sacudiendo el edificio con sus pasos.

De repente sentí un golpe contundente en la puerta. Era la cosa. Quería entrar. Intenté moverme, pero no podía, no había forma de detenerla.

La cosa rompió la puerta y entró. Comenzó a romper todo, a sacudir cada rincón de mi casa. Mis cosas más preciadas ya no estaban. Todo lo que me hacía ser yo, estaba destruido.

La cosa se fue y yo, me fui con ella.

EXALUMNOS

Los bienaventurados

Mircea Lavaniegos Solares

Ciclo neumático

Fernando Helguera Cejudo

Estirando

Juan Manuel Ruisánchez Serra

Los bienaventurados

Mircea Lavaniegos Solares

Exalumna

A mi madre, Blanca.

Se dice que nacemos con un carácter. Una esencia precede el día en el que llegamos al mundo. Jung creía ver en ello la prueba de la existencia de arquetipos colectivos. Sueños detrás de sueños, que migran por la deriva genética de la humanidad, su alma profunda, más allá del tiempo y el espacio.

En la esquina de su casa, en los alrededores del lago de Constanza, había un pequeño inmueble que había sido habilitado como jardín de niños. Al mediodía, cuando las cuidadoras sentaban a los pequeños en coloridas sillas de madera para tomar el almuerzo, Gustav acostumbraba asomarse un instante por el cristal de la ventana que daba al comedor, justo antes de cruzar la calle.

En ese instante, veía la reunión de seres perfectamente acabados, con personalidades bien definidas y rasgos indelebles, que marcarían sus destinos disímiles. Niño y adulto eran uno y el mismo ser, que mordía la cola del tiempo como una serpiente urobórica. Tal coloquio de almas llevadas al espléndido acorde de su naturaleza sólo se asemejaba a los jardines de los Bienaventurados, donde las ánimas de los muertos conversan en alegre convivio.

Ciclo neumático

Fernando Helguera Cejudo

Exalumno

Dulces tinieblas. Jinetes alados, pero sin montura. Ilusiones remodeladas. Caramelos en mi boca, seca. Exigencias sin remordimientos. Deseos... sólo deseos.

Hora de voltearse de espaldas, el Sol quema demasiado. Una ráfaga de aire fresco arroja granos de arena sobre la piel. Bien, poco a poco se acumula el sudor en la desnudez; poco a poco ya no se aguanta más. Ya, hay que levantarse y correr para no quemarse los pies, y arrojar al agua sintiendo el impacto con gran placer. La temperatura abajo nuevamente, recuperando el equilibrio necesario para salir de pié, y no arrastrándose por el agua. Correr para no quemarse los pies y otra vez tirarse boca arriba, confrontando al Sol. Desnudos ambos. Mis ojos ven las manchas de luz que se forman a través de sus párpados... cambian. Cambian las manchas, mis ojos y su punto de vista de la vida.

¿En qué estábamos? Ah, sí. Deseos que aún no conocemos porque no hemos crecido tanto. No somos lo suficientemente grandes. Personas que se quedan y otras que simplemente no se van. El dolor de una cicatriz añeja, que se siente pero no se puede localizar con precisión, inconsistente y difuminado, sin embargo, a veces un dolor muy fuerte. El delicioso jugo de las frutas sobre mi lengua. Mucha agua fresca. Un sitio lleno de vida.

Hora de voltearse de espaldas, el Sol quema demasiado, pero... ¿Por qué ahora no hay aire fresco? Sí, tú, abanícame,

aunque no quieras existir porque te avergüenzas de mi desnudez. Ya, hay que levantarse y correr para no quemarse. Volver a clavarse en el agua fría, ahora permaneciendo dentro. Silencio repentino. El agua acaricia mi piel llevándose todos los restos de sol. Nado sin sacar la cabeza, hacia adentro y con los ojos abiertos, aunque se ve casi nada. La corriente me empuja hacia afuera, y yo salgo sin darle importancia. Salir de pie. Correr para no quemarse.

Dicen que por más veces que repita el ciclo, tarde o temprano el Sol se ocultará. Se pone frío. No hay nada qué hacer, porque se acabó. Esas fueron tus olas, las que tomaste y las que dejaste ir. Las que vienen mañana serán para otras personas. ¿Cuántos días se forman con todo el tiempo que la gente me ha hecho esperar? No me quiero ni enterar.

Hora de voltearse de espaldas. ¿Será cierto? Por lo pronto el Sol ya no quema tanto y el aire permanece ausente...

Estirando

Juan Manuel Ruisánchez Serra

Exalumno

Ya sabemos que es importante movernos, hacer ejercicio; en especial estos días de inmovilidad involuntaria. Y es verdad, el ejercicio nos hace bien, nos hace sudar y cambiar la rutina de computadoras, libros y televisión. El problema no es el ejercicio en sí; no, el problema es estirarse después del ejercicio.

Porque todo se siente en los músculos; estirar las piernas y sentir cómo se alarga ese miedo que queríamos hacer como si no estuviera ahí; estirar el cuello es mover el miedo a la muerte que nos ha rondado cada vez más cercana; estirar un brazo y después el otro es despertar eso que tan hábilmente hemos dejado durmiendo todo este tiempo.

Hacer ejercicio es como tener una idea para escribir todo lo que hemos sentido este año; estirarnos, en cambio, es escribirlo y sentirlo en todo el cuerpo, sin frenos, sin barreras.

CRÓNICA

SECUNDARIA

Carta a Ian

Ian Romero Gurman

Carta a Montserrat

Montserrat López Vázquez

Carta a Ian

Ian Romero Gurman

Secundaria 3 D

Febrero 16, 2031.

Hola Ian del pasado, ¿Cómo estás?, como puedes ver, soy tú, del futuro.

Vengo a contarte un poco de cómo es la vida en el futuro.

Mira, para empezar, puedo decir que la ciencia ha hecho un avance muy grande respecto a como estaba hace tan solo diez años. Por ejemplo, el viaje espacial en masas ahora es una realidad, aunque es lento y costoso, es mucho más accesible que antes, y el simple hecho de que con suficiente dinero y recursos uno puede viajar al espacio exterior es revolucionario.

¡Ah!, y recientemente se ha descubierto que hay agua en Marte. Por eso se han comenzado muchas expediciones allá para tratar de poblar el planeta. En parte, debido a que la Tierra ha ido muriendo muy rápido, como puedes imaginar a causa del cambio climático y el calentamiento global, aunque yo estoy bien, tristemente muchas personas han muerto, pero ahora se están seleccionando sobrevivientes de países que no han quedado destrozados por completo aún para un largo viaje a Marte y regresar a la vida normal ahí. Los científicos de la NASA ya construyeron una base allá desde hace algunos meses y ya tenemos las instrucciones de cómo sembrar algunos alimentos y cómo vivir en la atmósfera en general.

Ahora la población está viviendo en un solo estado, dividido en secciones [ahorita te explico cómo funcionan]

donde la actividad principal es la agricultura, no hay mucha tecnología moderna como la que había hace 10 años, mientras que tenemos recursos similares como las computadoras, solo se usan para lo más necesario, comunicación, investigación, y el manejo de dinero. Todo lo demás es como en las primeras civilizaciones, incluso tenemos una especie de chinampa para poder sembrar, y apenas nos estamos adaptando ya que no sabemos muy bien cómo funcionan las cosas por aquí.

Ah claro, acerca del dinero. Como acá no hay los mismos recursos que en la Tierra, la moneda no existe acá, y tampoco los billetes. Todo funciona como las “criptomonedas” que había en la tierra. Esta misma se llama Magi, que se supone que origina de Magnesio, siendo uno de los minerales más comunes en Marte. También he escuchado de rumores que dicen que su abreviación, Mg, quiere decir “Mars Gold “. Pero parece ser nada más que una invención de la sección anglohablante.

Pero bueno, mientras que el origen del nombre no me importa demasiado personalmente, lo que sí te puedo contar es que casi no se usan. Han habido intentos de inaugurar el sistema básico de mercado, con gente ofreciendo productos y servicios que la gente consigue con Mg, pero como con la siembra cada uno es autosuficiente, no ha habido la necesidad de comprar nada. El único producto que ha sido exitoso en venta hasta ahora son souvenirs de la Tierra. Así es, hay gente que en su viaje empacaron cosas como llaveros, imanes, y otros artilugios de este estilo, que ahora se dedican a viajar entre secciones y venderlos a cualquier precio que les den. Parece que se esfuerzan mucho en utilizar la nostalgia de la gente para obtener dinero. Pero está bien, después de todo no sabemos si es que vamos a regresar, o siquiera poder ver nuestros antiguos hogares. Hasta yo mismo he comprado algo de ellos, una lechuza de madera, y unos imanes de España. Mi mamá coleccionaba lechuzas... Porque mi abuelo los coleccionaba. Y ahora esa misma tradición la cargo yo, su-

pongo. Y en cuanto a los imanes, tengo uno de Toledo, Granada y Barcelona. Me trae muy buenos recuerdos de mi viaje de la infancia allá, y después de todo, viví en Barcelona desde los 18 años, y luego en Granada dos años después hasta que nos tuvimos que mudar del planeta. Entonces supongo que hasta yo mismo me rendí a los trucos de estos mercaderes, aunque a veces las cosas que venden son ridiculeces, hasta ahora lo más extraño que he encontrado en venta es una tarjeta de crédito, una revista, una foto de Brad Pitt firmada [de legitimidad dudosa], un teléfono de disco, y varios dulces, como gansitos, un dulce alemán, y hasta osos de gomita. De eso sí me alejo, porque que Dios te ayude si llegas a comer uno de esos.

Ahora sí, te explico las secciones. Mientras que claramente no tenemos suficiente gente ni recursos como para hacer ciudades, hasta ahora solo hay lo que se llaman "secciones". Cada una es más o menos del tamaño de un pueblo pequeño. Están divididas por idioma y región. Yo vivo en la sección hispana. Las otras son las secciones del Oriente, Nórdicas, y Anglohablantes, aunque los de E.E.U.U. insisten en que los llamemos Nueva América. Estas secciones también alojan ciudadanos que no encajan en ninguna otra, o que no son suficientemente abundantes como para tener una sección propia. Acá en la hispana tenemos una casa donde vive una pareja portuguesa, que creo son de los únicos ciudadanos de tercera edad que se mudaron aquí. La anglohablante está dividida en gente de Gran Bretaña y estadounidenses, y tienen solo 2 casas irlandesas. La del Oriente es la más dividida, con 4 casas de la India, 5 chinas, 2 egipcias, y solo 1 coreana. Y finalmente está la nórdica, que es la más pequeña, con 2 casas suecas y 2 de Dinamarca.

En el planeta también se descubrió una especie de forma de vida, es una bacteria, con características similares al de un anticuerpo humano y lo están estudiando para mejorar la salud de todas las personas que vivan aquí, y crear distin-

tas vacunas para mejorar la calidad y hasta duración de la vida humana.

Ah, y nunca adivinarás esto. Resulta que al investigar la información ya establecida por científicos que ya habían visitado Marte, resulta que habían descubierto ruinas de civilizaciones de hace miles de años, así que ahora también están llegando varios arqueólogos a sacar y restaurar todo lo que puedan. Hay templos enormes debajo de la superficie, y artesanías como vasijas y un poco de joyería. A mucha gente de los viajes en masa les interesa ver este fenómeno, pero hasta ahora no se puede distribuir a la gente la tecnología requerida para viajar a esas profundidades, y la seguridad de las cuevas y los sitios arqueológicos siguen sin ser determinadas.

Finalmente, te platico cómo te va a ti. Yo estoy tratando de cultivar y desarrollar una nueva especie de papa, con una sustancia que las haga crecer hasta ser del tamaño de un auto, creo que este tipo de comida cargada con carbohidratos, que sea fácil de cocinar y cultivar en masa sería muy útil para la nueva sociedad que se empieza a formar aquí. Mi investigación va muy bien, aunque es difícil que estas sustancias no tengan efectos secundarios en el cuerpo humano. De hecho, tú serás testigo de eso. Pero igual la sigo perfeccionando, y espero que pronto dé "cosecha" mi esfuerzo, ¡ja, ja, ja!

*Saludos,
Ian Romero Gurman, 2031
Nos vemos pronto.*

Carta a Montserrat

Montserrat López Vázquez

Secundaria 3 D

16 de Febrero de 2031

Mi muy querida Montse:

¿Cómo estás? Te lo pregunto porque siempre te ha gustado saber que le interesas a las otras personas, aunque a veces no sepas cómo responder sin mentirles en la cara a las personas que te lo preguntan.

Te escribo esto en parte porque no quiero romper esta paradoja inevitable, ya que yo también recibí una carta igual, pero también porque sé que este es un momento en el que necesitas saber quién eres.

Sé que sientes que el tiempo no pasa y que la única noción que tienes es qué tanto ha crecido tu pelo, pero te prometo que tu pelo no es lo único que ha crecido, mírate en un espejo, recuerda tu vida antes de la cuarentena y te darás cuenta de que no te reconoces y lo digo en todos los sentidos de la palabra. Te pido que recuerdes lo inteligente que eres y no te dejes llevar por tus inseguridades, pero también mantente humilde; ni tu feminismo ni los análisis que haces, de todo, son verdades absolutas. Recuerda que puedes ser más amable contigo y con los demás, que podrías terminar alejando lo que más valoras por apegarse demasiado a tus convicciones. Ese concepto de “ego torcido” que creaste para referirse a las cosas que te hacen sentir bien, aunque no deberían, es útil por el momento, pero ten en mente que no puedes normalizar ni

hacer parte de ti las cosas que te lastiman tanto a ti como a la gente que te quiere. Aunque no te guste aceptarlo, la vida siempre sigue y no vale la pena vivirla sin tratar de mejorar.

Sé que te interesa saber cómo estamos, así que te lo diré, pero sutilmente, ya que no quiero que pierdas el factor sorpresa. Estamos bien, algunas cosas que sabes que quieres se harán realidad, pero muchas otras no, porque como siempre has dicho: “Lo que te importa ahorita probablemente en un año te dé igual”. Decidiste estudiar algo relacionado con la cultura, y cumpliste ese objetivo de poder crear ideas propias e innovadoras, pero créeme que te costó, porque como ya sabes el conocimiento pesa y absorbe (te prometo que va a absorber tu tiempo). Durante la carrera fuiste sumamente feliz y empezaste a acostumbrarte a la vida adulta, descubriste tus fortalezas y debilidades, pero como has crecido te darás cuenta de que puedes vivir bien sin saberlo todo. Vives en un lugar en el que no te imaginaste jamás, pero eres feliz, la adaptación a un nuevo país fue de las cosas más enriquecedoras de la vida.

Tú sabes lo impresionante que es tu capacidad de amar y habrá personas que conoces que aún frecuentas mucho (como a tus amigas actuales, ya que como tú has dicho “las amigas son el verdadero amor de tu vida”) y de igual forma habrá personas que tendrás que dejar atrás, otras personas llegaron y otras, simplemente, no llegaron. Tu familia está bien solo que terminaron esparcidos por todas partes, Andrés fue a comerse el mundo, como siempre supiste que iba a suceder. Mamá está en Canadá, como era su plan y es muy feliz, solo que debes llamarla seguido porque si no, se pone triste. Papá está menos solo de lo que te imaginas, ya que por fin pudo abrirse.

Supongo que también te interesa saber de la situación mundial. Después del coronavirus vino una crisis económica muy dura, pero la gente será feliz porque se van a dar cuenta de lo valiosa que es la interacción humana y compartir las experiencias. Como ya sabes los humanos competimos o coo-

peramos, y por fin aprenderemos a cooperar, obvio el mundo no es perfecto, pero la calidad de vida en el mundo es mejor. Te preocupa bastante la situación con respecto a la parte ecológica y dejame decirte que estamos mejor de lo que te imaginas, obvio hubo un proceso de radicalización, ahora se controlan mucho más las industrias y regulan algunas cosas, como el consumo de carne y la basura que podemos generar semanalmente o que ahora no está permitido tener alberca en tu casa.

Montse bella, sé muy feliz porque eventualmente recordarás esta etapa con mucho cariño, sé más positiva porque tú solita te metes en un hoyo.

Te quiero millones y espero que esta carta te llegue bien.

Mucho amor de mí, para ti.



Alejandra Passano Torres 1030

BACHILLERATO

El futuro no existe, el presente
me aterriza y el pasado me aburre...

Esteban Rico Aznavwrian

De inicios y finales

Julieta Santiago de la Torre

Un año en mi ventana

Antonio Téllez Gaona

El vacío

Arely Yael Villatoro Amador

La habitación como una
extensión del cuerpo

Martina Yitani Chapa

El futuro no existe, el presente me aterrera y el pasado me aburre...

Esteban Rico Aznavwrian

Bachillerato 4010

¡Maldita sea!

Caminando por las aceras me veo, en estas épocas que salir se ha vuelto un juego de azar con la parca, mirar hacia adentro es lo único que me mantiene mínimamente tranquilo. Hablando conmigo me hallo, escuchándome atentamente: “el futuro no existe, el presente me aterrera y el pasado me aburre”; sigo caminando...

Razones para dar el siguiente paso no me faltan: quiero enamorarme, quiero ver y compartir el tiempo con mis compañeros de vida, quiero entender la música y expresarse en su lenguaje, quiero seguir aprendiendo, intentar entenderme y seguir cuestionando lo que carece de respuesta.

Pero el miedo a morir, a que mis familiares acaben lapidados por un presente que no controlo... hacen que estos pasos seguros sean a un abismo futuro insoportable que acecha en ese borroso concepto que tenemos, “el porvenir”.

Mi ansiedad tiene nombre y apellido, no es más que un instinto exagerado; mis mayores terrores tienen razón y fecha, dejaron de ser fantasías fatalistas; la realidad no me deja engañarme, lo suficiente, para poder seguir sin el pecho inundado de una angustia demasiado real. La esfera que me hacía sentir seguro ahora está enferma y no me protege de la realidad tan dolorosa y oscura.

No carezco de motivación para levantarme: tocar a Beethoven, Chopin o Bach es más que suficiente, aprender cada día; hablar con mis seres queridos, leer sobre la angustia de alguien más, no me faltan razones.

Pero la fragilidad de la existencia se ha vuelto tan palpable, se ha vuelto tan evidente: que no puedes solo seguir caminando sin verla; te acecha y se encarga de tinter de muerte todos tus pensamientos, tintarlos de un gris oscuro, miedoso y aterrador, demasiado real.

Acabar con mi vida no pasa por mi cabeza, la vida es demasiado emocionante como para que valga la pena hacerlo; y la muerte, la idealizamos demasiado para que sea realmente tan liberadora.

Cada día de angustia vale por cada minuto de felicidad, por cada abrazo correspondido; cada momento de miedo vale por un beso recíproco, la vida es demasiado intensa como para rendirte; ya puestos aquí mejor que te caigas, te tiren, te tropieces, pero que antes de eso hayas luchado y sobre pensar las cosas lo suficiente para no sentir en vano la angustia.

“Prefiero morir vivo que vivir muriendo” dijo alguien que no recuerdo, “quien no muera de amor que muera de aburrimiento” dijo otra persona que he olvidado; y sí, la vida vale la pena.

Aunque a veces no sepas por qué, aunque a veces el presente no te lo merezcas, el futuro no lo entiendas y el pasado sea tan injusto; aun así: cada minuto vale la pena, aprovéchalos, desperdiciarlos... yo no sé definir cómo se aprovecha tu vida ni cómo se desperdicia.

Pero véelos, como si fuera el último o como si fuera cualquier otro, pero véelos; que la vida es demasiado intensa como para rendirse.

De inicios y finales

Julieta Santiago de la Torre

Bachillerato 2010

He estado prácticamente toda mi vida en el Colegio; entré a maternal cuando estaba cerca de cumplir dos años y sigo aquí casi 13 años después. Terminar un ciclo escolar y empezar el siguiente, siempre ha ido acompañado de una sensación de emoción y logros, además de sorpresa y un poco de nostalgia por el evidente paso del tiempo; no se diga el paso de una sección a la siguiente.

En el Colegio han sido siempre muy cuidadosos de hacer un ritual de preparación para pasar al siguiente nivel, lo cual ha servido para procesar la despedida de un ciclo que se termina. En el preescolar, por ejemplo, pasamos una buena parte del último año haciendo visitas a la primaria y, los lunes, hacíamos uso de la cooperativa para irnos acostumbrando a lo que pronto sería una práctica habitual. Ya en la Primaria, el tiempo pasó más rápido de lo que me hubiera gustado, hasta que llegó el momento de despedirme de ese ambiente que ya era parte de mí, ese lugar que me parecía inmenso porque había sido mi universo completo durante seis años. En la segunda mitad de sexto, para hacernos el trance menos difícil, teníamos clases que se parecieran a las que habría en la secundaria, además de que al cambiar de clase, podíamos cambiar de maestro, como ocurre en la secundaria y en el resto de la vida académica, en ese momento nos parecía algo súper novedoso y raro.

La secundaria, para mí, fue un proceso muy extraño, pero en el mismo sentido divertido y, sobre todo, accidentado. A los pocos días de iniciar el primer año de la secundaria nos sacudió el temblor del 17 de septiembre de 2017, provocando que una buena parte de la escuela se dañara y no pudiéramos ir a clases por un tiempo; nos dejaban tareas en línea y trabajos virtuales, pero cuando regresamos vimos que nos habíamos atrasado mucho en los temas y estábamos con el tiempo encima; el problema era que nosotros no queríamos estar en los salones por miedo a que sonara otra vez la alerta sísmica y, si temblaba de nuevo, se nos cayera el techo encima.

Cuando estaba en la secundaria, en lo particular visitaba con frecuencia la primaria porque tenía un taller vestipertino que solía tomar en los salones de música y, mientras más me acostumbraba a la secundaria, más pequeña y acogedora sentía a la primaria. Tengo que admitir que conforme vas creciendo, las cosas que recuerdas grandes, ahora las ves pequeñas y fáciles de alcanzar.

Al pasar al último año de secundaria, sentíamos todos una gran responsabilidad y, sobre todo, emoción de pasar por fin al bachillerato y ser ya de los “grandes” de la escuela. Pasaron alrededor de dos meses a partir del inicio de tercer grado, cuando nos empezaron a mostrar cómo iba a ser el programa educativo del CCH, cuáles eran las diferentes escuelas (aparte del Madrid) que nos podrían interesar por si decidimos cambiarnos de escuela y tener pase directo a la UNAM. Mientras más transcurría el ciclo escolar, íbamos emocionándonos más por cambiar de sección, por hacer el tan esperado viaje de módulo y tener nuestra famosa graduación de secundaria. Desafortunadamente, no pudimos hacer ninguna de estas cosas, porque en el mes de marzo empezó la cuarentena decretada en el mundo a raíz de la pandemia de COVID-19, así es que tuvimos que quedarnos en casa.

Al principio pensamos que sólo se iban a alargar las vacaciones de Semana Santa y volveríamos a ver pronto a nuestros amigos y amigos, a nuestros abuelos, a nuestras familias en general, y que la vida seguiría como la conocíamos hasta ese momento; pero no fue así, en ese momento no teníamos idea de que nuestra realidad iba a cambiar para siempre.

Al inicio de la cuarentena yo no estaba preocupada porque pensé que iban a ser solamente unas semanas sin escuela o con trabajo a distancia, después regresaríamos a la vida cotidiana como si nada hubiera pasado; sin embargo, vi que había muchas personas infectadas y muchas muertes. Afortunadamente en los primeros meses no se murió ninguna persona que yo conociera directamente. Al pasar más tiempo en casa, pude estar con mi familia e interactuar más (cosa que no hacíamos durante las “horas laborales”), aparte de desarrollar los hobbies que tengo como por ejemplo dibujar, hacer ejercicio, tomar fotografías, pero, sobre todo, leer más. Poco a poco también se volvió importante el ejercicio cotidiano de escribir cómo me iba sintiendo, porque cada día me enfrentaba a algo diferente.

Me acostumbré rápido a estar en casa y no salir; aunque extrañaba a mis amigos, sabía que podía verlos a través de la pantalla, lo que me dolió más fue el no poder hacer el ritual de despedida de la secundaria, no poder despedirme en vivo de los amigos que se cambiaron de escuela ni de los maestros que tuve (bueno, a ellos los podré ver, aunque sea de pasada, cuando volvamos al Colegio). Toda esta situación me dejó una sensación de un círculo sin cerrar, no sentía que hubiera terminado la secundaria y, mucho menos, me sentía preparada para el inicio del bachillerato; sin embargo, esta realidad en la que vivimos ahora, me empujó a empezar un nuevo ciclo escolar, sin la preparación emocional que tuve para iniciar los ciclos anteriores, eso me hizo sentir, hasta cierto punto, desprotegida y temerosa. Fue rarísimo iniciar en estas con-

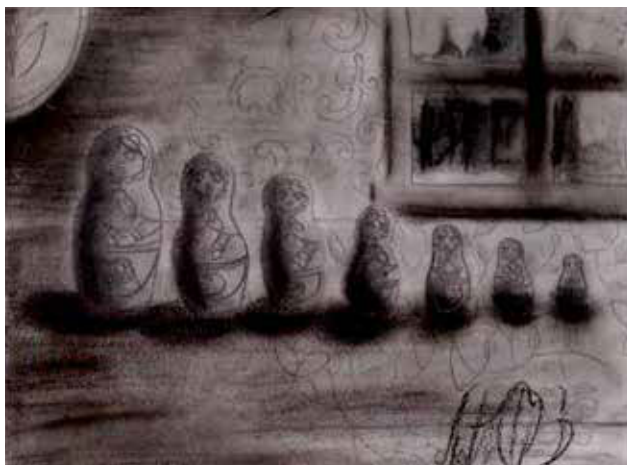
diciones porque ninguno de nosotros conocía personalmente a los profesores, ni los salones, incluso tenemos compañeros con los que nunca hemos coincidido en persona.

Me gustaría pensar que, ahora que empezó la vacunación masiva de la población en México, el regreso a las clases presenciales está más cercano. Por lo pronto, me queda el consuelo de que la paso bien en mi casa tomando las clases a distancia y haciendo mis tareas; además, nadie de mi familia directa se ha enfermado ni muerto, lo que me hace sentir muy afortunada, porque cada vez tengo más personas conocidas y cercanas que han perdido a algún ser querido.

En este nuevo entorno escolar en el que estamos aprendiendo a desarrollarnos, en esta nueva realidad que no nos permite abrazar a nuestros abuelos, ni tíos, ni amigos ni amigas, creo que lo que nos salva de esta situación aparentemente “desventajosa”, es la posibilidad de rescatar algo positivo, es decir, tenemos la oportunidad de aprender cosas nuevas como el uso de aplicaciones computacionales, organizar mejor nuestros tiempos, explorar y desarrollar hobbies que, en otro momento, no hubiéramos podido. A valorar la presencia de las personas que queremos, a encontrar otras formas de expresión y comunicación, además de que tenemos la posibilidad de cambiar nuestro comportamiento hacia el planeta para ser menos dañinos como especie, por mencionar algunos ejemplos.

Por supuesto que espero ansiosa el día de volver al Colegio y reconocerlo, caminar, llenarme de él, de sus espacios y aromas, y entonces sí hacer mi propio ritual de despedida, ya no sólo de la secundaria, sino empezar a prepararme para el día en el que me tenga que despedir definitivamente del Colegio Madrid, porque estos meses a distancia me han dado otra perspectiva de lo rápido que pasa el tiempo; me di cuenta de lo efímero que es el paso de los años y de que, en realidad, me queda muy poco tiempo como alumna en el Colegio, sobre

todo si lo comparo con todo lo que he crecido al estar ahí. Sé que, aunque nos ayuden de nuevo a preparar la transición, ya no sólo será para cambiar de sección, sino para enfrentarme al mundo exterior y aplicar todo lo aprendido a lo largo de mi formación en el Colegio, eso me provoca sentimientos encontrados: emoción, miedo, nostalgia...pero estos son los ingredientes de los que está hecha esta nueva realidad a la que nos enfrentamos ahora.



Antonio Téllez Gaona 1040

Un año en mi ventana

Antonio Téllez Gaona

Bachillerato 2040

Todos los días empiezan en mi ventana. Mis estudios están en mi ventana. Mi ventana es mi mejor compañía durante mis horas de aprendizaje. A través de ella veo el cielo azul, el mar, las montañas y la gran ciudad las cuales están en una cordillera de hermosos árboles y álamos de viento que son un espectáculo a mis ojos. Es lindo empezar un día con esas imaginaciones que pueden alegrarme el día. Claro que veo álamos y cordilleras, pero mi imaginación puede llevarme a ver incluso París desde mi ventana. Las nubes transportan mis sueños al mundo, como si fuesen un navío listo para explorar nuevas imaginaciones. Para una situación como esta, creo que soñar e imaginar es como un descanso a nuestra mente; en el que los momentos más aburridos pueden convertirse en el más bello día.

El único problema, es que mi ventana es la frontera con todo eso. Cierro los ojos. Quiero soñar. pensar que esto no ha pasado, que mañana volveré a imaginar que el planeta es menos peor de lo que sabemos. Pero no puedo. Ha caído una especie de eclipse; como un hechizo que consume a aquellos que lo respiran, y para colmo, es invisible a los ojos. Es terrible saber de todos ellos que han perdido la vida por el eclipse que en los cinco continentes nos somete. Sabemos que un eclipse es un momento neutral entre los astros. Pero podemos sentir incertidumbre ante la sombra de la luna y el sol. El mundo está sometido a esa sensación; como haber quedado ciegos antes de lo que sucederá mañana. Quien cae bajo este hechizo no vuelve a abrir los ojos.

Mi ventana ha estado cerrada por un año. En los retoños de primavera, las hojas de otoño y el viento del invierno. Las estaciones marcan la vida, y lo podemos sentir en el momento que más paz tengamos ante éstas. Pero mi ventana es la que ha marcado la distancia. Es tener la vida frente a ti, pero sin más opción que vivirla tras la ventana. Mis únicas mensajeras son las diminutas hadas del viento que transportan mis sueños al mañana. Al mirar las nubes, siento que todo se desvanece, y que en algún momento despertaremos del eclipse. El resto de los días son igual, estudiar y tratar de tener una rutina; lo más normal posible.

Es como vivir sin hacerlo, pero creo que es más placentero si todo lo veo por mi ventana. Nuestros héroes de todo el mundo trabajan sin descanso para que el sol vuelva a salir. Al fin sé de la cura ante el eclipse. También sé que desafortunadamente no la tendremos. No tengo oportunidad de decidir por mi salud ante los más grandes. A veces pienso que la salud, mi salud, es como tener un diamante que me puede ser arrebatado por aquellos que son ciegos a lo más indispensable, cuyo ego es mayor ante otras vidas. Mi ventana trae algo de esperanza a esta situación, creo que mirarla es suficiente supervivencia para mí, para continuar día a día. Para seguir sobreviviendo sólo pido una cosa a mi ventana, paciencia. La paciencia todas las mañanas y la esperanza de vida, las dejo ahí, en mi ventana.

El vacío

Arely Yael Villaltoro Amador

Bachillerato 4040

El largo sillón en forma de L divide de forma sigilosa y delicada la sala del comedor, al no haber como tal una pared o algún otro tipo de barrera prepotente cumpliendo esta función se creería que, si nadie lo dijera, pasarían como uno pero no es cierto; pues donde inicia la mezcilla azul del sofá inician las sombras, el tipo de sombras que aparecen los días lluviosos y hacen sentir que el mundo no tiene sentido, el lugar se siente frío y oscuro, como un niño llorando bajo la lluvia con un cuchillo en la mano; te llama, pero sabes que debes huir.

Para intentar minimizar esta sensación de vacío y soledad hay varios muebles y adornos que decoran como las flores decoran la tumba. Lo más llamativo es sin duda la enorme televisión que se posa sobre un largo, pero bajo mueble de madera beige, el tipo que al verla te engaña maliciosamente haciéndote pensar que es suave al tacto. Estos artefactos que se posicionan justo al centro y acaparando casi toda la pared parecen hipnotizarte por su magnitud, intentando que te olvides de todo lo demás; a su lado se encuentra una pequeña silla acolchada en forma de cono inverso, un detalle que podría parecer tierno y agradable en verdad lleva la mancha del fracaso y sueños sin cumplir pues, como todo, esa silla tenía un propósito: “la silla de lectura” solía llamarse, pero en los últimos siete años solo ha sido usada como refugio para una blanca y friolenta perra.

En la esquina, frente a la abandonada silla se postra con grandeza el mueble que, podría decirse, contiene más vida, con un esqueleto de hierro triangular y cuatro repisas de madera gruesa color miel y que brinda la sensación de ser una gigante galleta, el enorme librero sostiene veintisiete saludables pero cabizbajas plantas, de las cuales veinticuatro son de un monótono, triste y aburrido verde, dando la sensación de estar en una oficina en vez de en un hogar. En la última repisa se puede observar un homenaje al vacío y la muerte, con largos espacios entre ellos se sitúan dos dibujos, cuatros pequeñas e insignificantes artesanías y una poco concordante estatua blanca de un monstruo caricaturesco. Finalmente en el centro de toda esa confusa variedad se encuentran, en un pequeño cofre de metal, las cenizas de una pequeña, hermosa y juguetona perrita que se fue antes de tiempo.



Belén Grima Ochoa 1050

La habitación como una extensión del cuerpo

Martina Yitani Chapa

Bachillerato 4040

Mi cuarto es un espacio un tanto peculiar, no solía ser un cuarto, sino que se ocupaba como área común de la casa. "La sala de tele", ya que era donde veíamos juntas y juntos la televisión y además funcionaba como espacio de almacenamiento general para los integrantes de esta casa.

En ese entonces yo habitaba varios de los otros espacios que hay aquí. Pero el último en el que dormí fue el que se halla justo enfrente. Lo compartía con mi hermana cuando ella entró a la secundaria. Entrar a la secundaria, al menos en mi experiencia, significa inevitables cambios; ya sea en una misma (lo cual cambia el entorno), o en el entorno (lo cual la cambia a una). Para nosotras estos cambios tuvieron como consecuencia casi odiarnos y no poder dormir en el mismo lugar y, como a veces sucede, las jerarquías entre hermanas pueden tener que ver con la edad. Así que yo, como la menor de las dos, fui corrida del cuarto, para dormir en la sala de tele.

Como era un espacio abierto, tuve que dormir únicamente con una cortina en vez de una pared. Hasta que un día le pedimos a mi prima arquitecta que me diseñara una, y así lo hizo, excepto que poco le puedo llamar "pared", porque más de la mitad está ocupada por mi closet, que tiene arriba en el espacio sobrante una ventana que da a las escaleras de la casa; y el resto está ocupado por mi gran puerta de madera.

Desde que mis padres se separaron, me ha sorprendido mucho cómo puede cambiar una casa, y cómo cambia acorde

con quiénes la habitan, y también lo mucho que puede cambiar el quiénes la habitan. Me explico: en los últimos nueve años han vivido, o medio vivido en esta casa alrededor de once personas distintas, de las cuales solamente cuatro, hemos estado aquí todos esos años. Desde los distintos novios de mi mamá, con sus respectivos hijos, hasta residentes extranjeros que necesitan estancia. Y en el medio, algunos familiares como mi primo que se volvió como nuestro hermano mayor y nuestros novios y novias, que no viven aquí pero parece que sí. Esos cambios de personas han, de una manera u otra repercutido en los cambios físicos que ha habido en mi cuarto.

Como se puede uno imaginar, vivir con tantas personas es un eterno gritoneo, un eterno ponerse en medio de todos los cuartos y que se escuchen cuatro músicas distintas, dos risas y una pelea.

Hoy en día mi habitación es aún parecida a cómo era antes de ser mía, sigo guardando muchas cosas de la casa ya que es un espacio grande y está lleno de repisas donde meter lo que sea necesario. Me es divertido porque me siento en una clase de papelería, mi hermana y mi hermano sólo llegan y me preguntan dónde está algo, y soy la única que sabe perfectamente dónde encontrarlo.

Mi cuarto se parece a mí (aunque anteriormente era de dominio público), me he dedicado a que cada esquina sea mía, tenga algo de mí. Hay un lado que parece bosque, está lleno de plantas y en las paredes tiene pinturas de hadas y duendes. Y se percibe mágico y tranquilizarte al mirar para allá.

Una amiga alguna vez me dijo: "somos un collage de nuestras personas favoritas". Hay otra pared de mi cuarto que volteo a ver de repente, cuando me siento sola, que está llena de cosas que pegué, hay cosas que hago y cosas que encuentro, dibujos que me regalan, cuando los veo me acuerdo de ellos, de su esencia y más que nada, me recuerda que yo les importo.

Curiosamente, aunque está lleno de lugares donde guar-

dar lo necesario, en este espacio hay de pocos a nada cajones o partes con puerta. Casi todas las paredes están cubiertas de repisas en las que puedes ver lo que hay dentro, ¡hasta mi clóset está abierto!. Esto y la cantidad de ventanas que hay, que también son abundantes, hace que al entrar te dé una sensación casi de que no lo hiciste, parece que sigues afuera y, así como suele ser estar afuera, es un lugar aliviante y donde respiras con fluidez. Aunque a veces puede no serlo, a veces puede ser el peor lugar del mundo, puede ser el lugar donde paso horas y horas hundiéndome en mi cama, casi como si me volviese parte de ella; asfixiándome en mi propia respiración, sin motivación alguna de crear, de moverme, de existir. Y es ahí cuando mi cuarto no es tan mío, es ahí cuando ni siquiera yo lo soy. Cuando me doy cuenta que me he perdido y no me encuentro ni en el espejo.

Últimamente mi cuarto ha cobrado distintos significados. Uno de ellos es que, debido a la pandemia mundial de COVID-19, se ha vuelto literalmente mi escuela, ya no existe una barrera mental entre trabajo y descanso porque ya no existe una barrera espacial entre los mismos, es completamente agotador, tan agotador que no puedo dormir.

El segundo valor que ha cobrado es el del amor, un sentido de seguridad más allá del espacio, porque el compartir de vez en cuando con alguien que amo se ha vuelto un “arma” (un arma buena) de doble filo: por un lado, significa que es un lugar lo suficientemente seguro como para invitarlo y por el otro significa que me siento lo suficientemente segura con él como para dejarlo entrar. Y con él, con Julián, lo hemos habitado como me imagino que queremos habitar el mundo; que es expandiéndose en uno mismo y en el otro.

Para concluir todo lo dicho hasta ahora, opino que mi habitación, aunque a veces oscura, es, de hecho, una extensión de mí. Y me alegra que sea, como debe ser el cuerpo, y entonces su extensión, un lugar seguro para resguardarse.

EXALUMNOS

Crónicas de la Gran Pandemia

Gerardo Landa Fonseca

12:00:00 am

Daniela Monserrat Salinas Domínguez

¿Alucinaciones?

Julio Armando Ríos Reyes

Crónicas de la Gran Pandemia

Gerardo Landa Fonseca

Exalumno

Tipo de archivo/s: Registro de voz.- Transcripción.

Año: 2042.- Planeta Tierra.

Acceso: glf_590214MM_ '3·1!".

PS: México.- Ciudad de México.

IP continental.- Centrxxx09651432.

ID Académico: colegiomadrid2042cdmx_09_f876U45

Ciudadano CDMX_F2019_0456782

Clave académica: TMH_EMS_CM_08001465

Grado: Octavo/Educación Media Superior.- 1465008

Trabajo final para: Taller de Memoria Histórica.

Habilidad: Escritura.- Expresión en español. Lmrea8976

Objetivo: Recuperación de textos escritos en Word o pdf

Rango etario: 2020-2024.

Código de publicación en WorldWideNetProSecureF:

//98='3·1!".XX

Fuente: Apartado en nube outlook/prime/glf_590214MM_core2. Referencia: Hd/disco duro.-Ordenador McBookuxlfru/respaldo2024/cdmx/glf590214/data: registros a partir de 2019; sin fecha final.- Textos en Word.- "Reportes Pandemia..."- Importancia general.- Historia.-Expresión escrita/len/esp.5008

Textos para acreditar el Taller de Memoria Histórica.

En 25,624 caracteres c/e, 10 cc., original. 32 KB

Reproducción fiel al formato de los textos en Word 2018-2025.
Código para resguardo, archivo y reproducciones:
colegiomadrid2042cdmx_09_f876U45/TMH_EMS_
CM_08001465/ CDMX_F2019_0456782_IP19189430086_
UNAM/SEP/EDUmex.gob/ QR:

Breve explicación: Para acreditar el Taller de Memoria Histórica realicé una investigación libre en diversos bancos de datos y repositorios ubicados en las www a las que tenemos acceso. Encontré unas “crónicas” de la época de la Gran Pandemia, de los años 2020 y 2021. Como estudiante e investigador considero que los textos tienen gran importancia. Dejan ver la expresión que algunos sectores de la población tuvieron para afrontar la situación crítica de aquellas épocas. Propongo que se incluyan en el acervo de la Gran Data México (GDM) como “documentos de índole social relevante” (ip2042_cdmx_5914glf). Es importante observar que las “crónicas” se interrumpen en un punto en que la crisis sanitaria de aquellos años estaba en uno de los momentos de mayor riesgo para la raza humana.–

Reporte 1 pandemia 2020

Hoy es miércoles 20 de mayo de 2020 en la Ciudad de México. La cuenta llega a 51 días de confinamiento, de resguardo domiciliario voluntario debido a una pandemia que amenaza a toda la humanidad. Escribo desde esta casa en la que es posible escuchar el trino de algunos pájaros, en el jardín, hermoso espacio en el que plantas y árboles nos acompañan.

El hábitat de la raza humana permanece; el planeta subsiste. Es la amenaza viral, bacteriológica, biológica, la que acecha, ataca y nos lleva al repliegue para sobrevivir. Y tenemos miedo, vivimos con temor y tendremos cada vez más miedo, porque estamos en un momento crucial en la historia

del mundo que dejará huella. En cada uno de los sobrevivientes y en todos los estratos de la sociedad. Algún día se dirá: “La pandemia del año dos mil veinte...”

En estos días tenemos la fortuna de estar acompañados por nuestra hija y nuestra nieta. También vimos a los otros hijos. ¡Vaya fortuna la nuestra...! una de las mejores etapas de nuestra vida. Se puede decir que es de lo más grato vivido jamás. Una hija con nosotros, con su hija pequeña tan linda...

Ahora termina el día, pasa por el momento de la transición hacia la noche. Es cuando la luz es diáfana, difusa. Es de los mejores momentos de todos los días. Los perros que hay en casa ladran: a los sonidos, a la luz, a la inmensidad... cuidan el territorio, con ladridos estridentes, para proteger a la niña, a los adultos, a los viejitos, a todos.

El registro en la bitácora para el día de hoy es:

“Planeta Tierra. Fecha conocida: miércoles 20 de mayo del año 2020. Cincuenta y un días de confinamiento. Ciudad de México, capital de la República Mexicana, en el continente americano. Entre los trópicos de Cáncer y de Capricornio, hemisferio norte. —Un virus de reciente aparición, ya descrito, contagia, enferma y mata a la humanidad. La situación es grave, muy seria. Hasta el momento no hay curación. Todavía no se tiene una vacuna.— La mayor parte de las actividades productivas, industriales, educativas y sociales están suspendidas, en todo el globo terráqueo, en todas las ciudades, en todos los pueblos, en todos los rincones.— ¡Las ciudades están desoladas! Los habitantes estamos en resguardo, en casa, sin salir a la calle, con miedo, sin saber qué nos espera. El propósito es que los contagios no se propaguen.— Millones de personas están infectadas. Millones de personas estamos en alerta. Millones de personas mueren. No sabemos qué depara el día de mañana.— En el lapso de vida que

se conoce como Edad Moderna nunca estuvimos así... ni con las hambrunas ni con las guerras ni con las bombas ni con el frío... No hay pronóstico alentador. El futuro, el mañana, son inciertos.- Una parte importante de la raza humana sobrevivirá... pero gran cantidad de personas no podrá hacerlo..."

Ya se anuncia que en los días siguientes comenzarán a relajarse las medidas de distanciamiento social. El mundo paulatinamente retomará su ritmo, pero la vida social, la convivencia en los espacios públicos y privados no será igual, ni siquiera en la intimidad... la vida retomará su ritmo y volveremos a tocarnos, a besarnos y abrazarnos y amarnos. Es preciso seguir... Lo importante es seguir.

Quienes tengan la oportunidad lo harán con miedo, con cautela... Ahora mismo todos tenemos miedo. Y estamos a la espera de volver al trabajo, a los estudios, a las escuelas, a las actividades cotidianas que nos hacen existir.

Escribo este reporte desde la Ciudad de México, República Mexicana, planeta Tierra.

Miércoles 20 de mayo del año 2020. Cincuenta y un días en confinamiento.- GLF.

Reporte 2 pandemia 2020

Hoy es viernes 29 de mayo del año terrestre dos mil veinte. Los días de confinamiento ya son muchos, se extienden y es difícil encontrar la forma de vivir tantas horas aislados, para no sentir que se nos va el tiempo, porque tenemos tantas cosas por hacer. Lo que no podemos hacer ahora, lo que queremos y tenemos que hacer, por la amenaza real que afrontamos, por el peligro que representa la convivencia con el mundo y con los demás tal y como lo hacíamos. Es claro y tremendo reconocer que todo está cambiando. Que todo ya cambió. No volveremos a ser iguales. Bueno, en realidad nunca somos iguales: cada día crecemos, nos hacemos más

viejos, aprendemos algo nuevo, nos inventamos un gesto o se nos ocurre una idea. Eso es lo que nos hace estar vivos.

La situación actual por la que pasa el mundo, el tiempo que vivimos, hace la diferencia para registrar estos días, estas semanas, estos meses como algo único en la historia. Un hito en la evolución de la humanidad. Un hito en nuestra vida. Una línea que marca el antes y el después... Pues digo que estamos de pie sobre esa línea. En el ahora. La imagen de estar en la cresta de la ola es total. Impactante. Muy fuerte. Porque nos da temor pensar en la caída...

Ya termina la jornada cincuenta y tantos de confinamiento. Hoy no advertí con detalle el momento de la transición entre el día y la noche... Pero sí estuve despierto al amanecer. Las aves cantan temprano. Nos encontramos bien. Ahora acompañamos a mi suegra, la querida madre de Cristina. Todos queremos retomar la vida ya. Pero es preciso aguantar varios días más. Cuando se retome la actividad mundana tendremos más herramientas para existir, para sobrevivir en un mundo deteriorado que todavía tendrá que sustentarnos por algún tiempo más. No hay sonidos en el entorno... la perrita (siempre hay un perro) hoy estuvo inquieta, ladró hasta el cansancio. Protegía a su ama de la inmensidad que nos rodea.

El registro en la cora para el día de hoy es:

"Planeta Tierra. Fecha conocida: viernes 29 de mayo del año 2020. Cincuenta y nueve días de confinamiento. Ciudad de México, capital de la República Mexicana.— El avance de la enfermedad que amenaza a la humanidad no está contenido.— El mundo está paralizado todavía. En algunos países y en ciertas regiones al parecer se toma de nuevo el ritmo de la vida. En México no. Y todavía falta.— Circula gran cantidad de información, con versiones contradictorias que confunden. No es posible discernir a cabalidad lo que nos dicen y

así es complicado tomar las decisiones acertadas para continuar.— Las autoridades desde la postura oficial; principal objetivo, salvaguardar a la población. La opinión de la ciencia, de la academia, aporta datos más fuertes sobre la pandemia. Entonces nos confunden, porque no se sabe con detalle, con claridad, lo que pasa en realidad. Hoy no sabemos qué será mañana.”

Se anunció que las restricciones sanitarias comenzarán a relajarse. Aunque el peligro de contagio subsiste y quizá sea éste el momento más agresivo, más peligroso. Hay que seguir con mucha cautela, con más rigor en la conducta de protección que estamos aprendiendo. Quiero pensar que podemos resistir más. Tenemos que hacerlo. En ello está la vida, la sobrevivencia, lo más importante que tenemos. Entonces, hay que exagerar. Seguir con mucho cuidado. Retomar nuestras actividades de manera paulatina, sin exponernos.

Tenemos la fortaleza y la voluntad para proseguir. Tenemos también la claridad para retomar nuestra vida con certidumbre, con aplomo, con valentía, con creatividad, con mucha precaución. Sé que podemos hacerlo.

Escribo este reporte en la Ciudad de México, República Mexicana, planeta Tierra.— El viernes 29 de mayo del año 2020. Cincuenta y nueve días en confinamiento.- GLF.

Reporte 3 pandemia 2020

Hoy es el día cuatro de junio del año terrestre 2020 (dos mil veinte). El confinamiento por la contingencia sanitaria sigue, aunque en este país las autoridades ya dijeron que es posible relajar las medidas de seguridad. La incertidumbre permanece. Mañana es el día mundial del medio ambiente. Vaya medio ambiente que tenemos ahora. Muy deteriorado, enfermizo... y lo que nos falta. Es preciso reflexionar sobre lo que hicimos al planeta, sobre lo que hacemos al planeta día con día. Nuestra huella ecológica es devastadora, letal.

Es casi imposible detenernos. Nuestros patrones de consumo hacen que todos los días generamos mucha basura: plástica, sólida, no biodegradable, la cual nos llevará al desastre.

En este momento el mundo está todavía en el colapso. La sociedad de consumo se tambalea y para que no se resquebraje los países ya están en la postura de volver a la actividad. Pues sí. Es muy importante para todos que se retome el ritmo de la vida. Y al parecer retomar el ritmo es más por el movimiento económico que por la salud o por el planeta tierra o por la seguridad de la gente. La gente, todos nosotros, estamos en peligro, seguimos en peligro. Incluso los perros. No es posible pensar en alguna salida optimista para la actual situación. O sí. Pensar, sentir, creer y querer que saldremos y seguiremos adelante, con todo y las amenazas virales, físicas, biológicas, geológicas, sociales, raciales y un muy largo etcétera que nos acecha.

Este día con mucho sol ya se acabó. Hoy sí me percaté del momento de la transición hacia la noche. Espero que mañana sea posible mirar el sol, a menos que un cataclismo mayúsculo ponga un gran, un grandísimo punto final a la existencia de la raza humana sobre la tierra, algo que termine con el medio ambiente que nos permite ser. Nuestro querido y bellissimo medio ambiente que nos acoge, nos resguarda y nos da motivos para vivir. No es que haya que celebrar al planeta, no hay nada que celebrar, sólo hacer conciencia para cuidarlo más, para cuidarnos más, para que nuestro rastro de basura no deteriore más el entorno, para que el mundo que viven los pequeños humanos, los infantes, sea también habitable para todos en los tiempos por venir.

El registro en la bitácora para el día de hoy es:

“Planeta Tierra. Fecha conocida: jueves 4 de junio del año 2020 (dos mil veinte). El año cuarenta, porque 20 y 20

son cuarenta.— De ahí la cuarentena. Sesenta y cinco días de confinamiento. Ciudad de México, capital de la República Mexicana.— El riesgo de contagio y la amenaza siguen. Son cada vez más peligrosos.- La ciencia, la academia, que no la voz “oficial”, dicen que las acciones de protección deben ser más rigurosas, ahora más que nunca.— Y así pasan las horas, los días, las semanas... Habrá un punto de inflexión en el que será posible que la vida siga.- El planeta se estremece, no en las entrañas, sino en la superficie, lugar que habita la raza humana y que al día de hoy es inhóspito. Este grupo de seres vivos que lo hacen un sitio amenazante.— Hoy también no sabemos qué será mañana, ni para el medio ambiente ni para los seres vivos.”

Escribo este reporte en la Ciudad de México, República Mexicana, planeta Tierra.— El jueves 4 de junio del año cuarenta (2020). Sesenta y cinco días en confinamiento.- GLF.

Reporte 4 pandemia 2020

Hoy es el día 14 de junio del año terrestre 2020 (dos mil veinte). Ya perdí la cuenta. Ya no sé cuántos días en confinamiento llevamos... Esto es interminable. No sé ve para cuándo y más bien es preciso entender que así es y será. Tenemos que vivir como lo estamos aprendiendo debido al desequilibrio causado por el hombre en el planeta. Ya hice la cuenta: 75 días en confinamiento (setenta y cinco). Sabemos que el riesgo de contagio está y seguirá. Ya nos dijeron cómo cuidarnos y al parecer algunos ya lo hacemos. Entonces a seguir, con toda la cautela. Y también con miedo, con temor, con incertidumbre. En verdad, en los últimos tiempos, por las noches en algún momento piensa uno en la posibilidad de enfermar... de esta o de otra dolencia; y de morir. Es tremendo...

Pues tenemos que vivir así. Hay comenzar de nuevo con los proyectos que se vieron interrumpidos. Retomarlos, rein-

ventarlos, reforzarlos, activarlos y lo que haya que hacer. De otra manera no será posible sobrevivir. El mundo está en colapso; aunque da señales de una leve mejoría. Hay que hacer nuestra parte para superar este momento complicado para la humanidad. Setenta y cinco días de ocio. Suena feo así. El ocio es importante en la sociedad. Hay que saber hacerlo. No es cosa fácil. Hay una “clase ociosa” en la historia de la civilización. Entonces, en tantos días replegados pensar en lo que hicimos durante las horas de ocio. Yo puedo decir que tuve momentos muy agradables, con mis hijos, con Cristina, con Juani, mi suegra, con la linda nietecita, con los jardines, con los perros que incluso resintieron el abandono. ¿Faltan varios días de resguardo? Hay que disfrutar la inacción, la güeva, el relajamiento de nuestras rutinas y costumbres. Aunque esté de güeva. También la inactividad puede ser productiva. Vaya frase... pero es cierta. El ocio. Sin moverte, sin hacer algo en términos de actividad física o de movimiento, puedes crear, puedes pensar, puedes imaginar, puedes amar. Así que no enfermarse es la consigna.

Mientras escribo estas líneas es el momento de la transición entre el día y la noche. Siempre que es posible percatarse de él, es un instante importante en el transcurso de nuestra vida. Con el ritmo existencial que tenemos a veces es difícil prestar atención a los minutos en que se nos va. Ahora llegamos a un punto sustancial para organizar de nuevo nuestro existir. Todas las actividades que realizamos se vieron y se verán afectadas. No sé cómo afrontar el recomienzo; quizá el ocio hizo que dude de mis capacidades, porque me estoy quedando entumecido y no quiero actuar. Así que reorganizar la existencia para tener alguna posibilidad de sobrevivencia. Es todo lo que hay que hacer. Y buscar y encontrar el ánimo, el motivo, el porqué en cada detalle para volver a comenzar.

“El registro en la bitácora para el día de hoy es:

“Planeta Tierra. Fecha conocida: domingo 14 de junio del año 2020 (dos mil veinte). El solsticio de verano está cerca.— Setenta y cinco días en confinamiento. Ciudad de México, capital de la República Mexicana.—La emergencia sanitaria crece en todo el planeta, a pesar de que en ciertas regiones el riesgo de contagio disminuye y en otras aumenta. En el mundo la pandemia no se detiene. Es un hecho.— Se vive en alerta, en zona de riesgo, en el límite. En un país muy peligroso.— La desesperación y el hartazgo son generalizados. La mayor parte de la población los experimenta.— La consigna es volver a la actividad con todas las precauciones que se conocen, extremarlas y exagerar lo más que sea posible.— El orbe sigue en contingencia sanitaria y la situación no está superada.— Se trata de una amenaza real que se debe afrontar con entereza y precaución al extremo.— La población, en todos los rincones de la superficie terrestre, debe exagerar para abrir el mundo a la actividad.”

Escribo este reporte en la Ciudad de México, República Mexicana, planeta Tierra.— El domingo 14 de junio del año 2020. Setenta y cinco días en confinamiento.— GLF.

Reporte 5 pandemia 2020

Ubicación: Vía láctea. Sistema solar. Planeta Tierra. Continente América. País conocido como México.

Coordenadas geográficas: 23 grados 38 minutos de latitud norte; 102 grados 33 minutos de longitud oeste, según el sistema geodésico mundial. En el solsticio de verano.

Fecha en la ubicación: sábado 20 de junio. Año 2020 (dos mil veinte).

Hora: 19:45, pasado meridiano.

Humedad: 37% en la atmósfera.

Temperatura ambiente: 22 grados centígrados.

Días en confinamiento: 84.

La descripción contextual es muy importante. En este reporte se incluye sucinta porque en el horizonte no se ve alguna salida para la actual situación. Recuerdo una frase, no sé de quién: "O seguir así, o continuar como estamos". Es decir, que la raza humana sobre este planeta sigue enferma. Por lo cual nos vemos obligados a incorporar nuevos reflejos, nuevos actos, nuevas costumbres, nuevas prácticas a la forma de vida. Es una situación extrema. Incluso si se lleva al máximo grado de exageración la precaución existe la posibilidad de caer presa de la pandemia. Es tremendo. En verdad es aterrador. Mas es preciso seguir. Tratar de ser conscientes y no olvidar los momentos de transición. Ahora estoy más al tanto del comienzo del día que del final. Es por el insomnio. Este día es el más largo del año 2020: 13 horas de luz solar. En relación con el sol, en este hemisferio ahora entramos al solsticio.

Volvimos a casa. Es importante que una casa se viva. Una casa que se vive es nosotros. Al momento todos en el grupo familiar estamos bien. Replegados en casa lo más posible. Seguimos en pie. Buscamos entereza y valor, ideas, ocurrencias y elementos para proseguir. Hay que buscar... en este preciso momento no hay ladridos.

El registro en la bitácora para el día de hoy es:

"Planeta Tierra. Fecha conocida: sábado 20 de junio de 2020. Ochenta y cuatro días de confinamiento. Ciudad de México, capital de la República Mexicana, en el continente América. Hemisferio norte.— Solsticio de verano.— El patógeno está activo; es muy agresivo y muy peligroso.— El mundo relaja poco a poco y cada vez más las medidas de precaución. A pesar de la presencia amenazadora de la enfermedad.— En diversas latitudes y longitudes siguen los contagios y al mismo tiempo la raza humana da señales de

querer adaptarse a la coexistencia con el virus.— Todavía no hay antígeno.— El mundo se abre poco a poco.— Es preciso hacerlo con cautela.”

Queda creer y pensar con firmeza que es posible continuar con la existencia terrícola, al menos para los grupos humanos que convivimos en este espacio, en este momento.

Escribo este reporte desde la Ciudad de México, República Mexicana, planeta Tierra. Sábado 20 de junio del año 2020. Ochenta y cuatro días en confinamiento.— GLF.

Reporte N pandemia 2020

Ubicación: Vía láctea. Sistema solar. Planeta Tierra. Continente América. País conocido como México.

Coordenadas geográficas: 23 grados 38 minutos de latitud norte; 102 grados 33 minutos de longitud oeste, según el sistema geodésico mundial. En el equinoccio de otoño. Fecha en la ubicación terrestre: domingo 4 de octubre. Año 2020 (dos mil veinte). Hora: 19:45, pasado meridiano.

Humedad: 52% en la atmósfera. Temperatura ambiente: 18 grados centígrados.

Días en confinamiento: N. Sin registro. Sin idea. Más de seis meses.

Hoy es domingo cuatro de octubre del año dos mil veinte, según el calendario gregoriano que mide el tiempo en esta parte del mundo. La situación para la raza humana es muy complicada. Una pandemia muy agresiva y peligrosa azota a todos los continentes y la cantidad de muertos e infectados crece con rapidez... La solución está lejos todavía. Conforme pasa el tiempo el distanciamiento, el resguardo en casa, las medidas de precaución parecen normales. Se incorporan a lo cotidiano. Por las calles, los rostros embozados de las personas. Todos con la cara tapada. Muchos no, y van como si nada pasara. Ahí está el peligro de contagio, en quienes no

creen, en quienes consideran que se trata de una conspiración o de un invento de los gobiernos para infundir miedo en la población. Como sea, la gravedad del asunto se agudiza. Va in crescendo, más complejo cada día. Muy serio. Y ahora volvemos a ciertas actividades: estudiar, trabajar, leer, transitar por el mundo, sin exponernos, porque el riesgo es muy alto y así seguirá.

En estos meses aprendimos muchas cosas: a convivir en nuestros espacios... a ceder para evitar fricciones... hacer cosas en casa que estaban pendientes... retomar proyectos abandonados... reencontrar la esencia de las relaciones con quienes nos rodean —el cariño, la tolerancia, la aceptación, el perdón—. También a ser sensatos, en nuestras decisiones, en nuestros actos, lo cual no es sencillo, pero necesario para hacer frente a lo que sigue, a lo que viene, a lo que falta por vivir.

Vemos poco a los hijos. Nos visitan de tarde en tarde, porque los espacios en esta casa son amplios y es posible mantener las distancias. La nieta crece y es más linda cada vez. El resto de la familia también se cuida y está bien, por fortuna. En este día N la noche se aproxima. Ya perdí la cuenta... sólo sé que llevamos más de seis meses de contingencia... más de 200 días de riesgo y aislamiento. Y los que faltan. La tarde tiene ahora una luz peculiar, entre clara y oscura. Ya lo dice el poema: "Cuando la tarde se puso morada, con luz difusa..." Puedo escuchar el ladrido de algunos perros, el canto de algunas aves... Hay cansancio... En todos... En la naturaleza no. La Tierra, el planeta mundo, está deteriorado, pero bien. Sobre la corteza terrestre una especie es asolada por una pandemia, una agresiva enfermedad. Sólo queda hacer acopio de paciencia y de ánimo para proseguir.

"El registro en la bitácora para este día es:

El mismo planeta: Tierra. Fecha conocida: 4 de octubre

de 2020. N días en confinamiento.—Ciudad de México, capital de la República Mexicana.— La emergencia sanitaria no cesa, no se detiene.— En todo el orbe cada día hay más contagios y más muertes.— La situación es terrible.— Se agrava porque hay quienes no acatan la recomendaciones.— En algunas regiones del mundo algunos países que retornaron a la actividad y ahora registran muchos infectados.— No se debe cejar en el intento de observar las medidas de sanidad y de seguridad. Son para el bienestar de la comunidad.— La raza humana enferma.— Se vive una situación de riesgo extremo.— Hay peligro de muerte.”

Escribo este reporte en la Ciudad de México, República Mexicana, planeta Tierra.— El domingo 4 de octubre del año 2020. N días en confinamiento.— GLF.

Reporte pandemia enero/febrero 2021

Empiezo este reporte en la tercera semana del mes de enero de 2021. Escribo en la urbe en que habito. La gran metrópoli Ciudad de México. Ubicación: Vía láctea. Sistema solar. Planeta Tierra. Continente América. País México.

Coordenadas geográficas: 23 grados 38 minutos de latitud norte; 102 grados 33 minutos de longitud oeste, según el sistema geodésico mundial. En el solsticio de invierno.

Fecha en la ubicación: entre los días 25 de enero, y 15 de febrero. Año 2021 (dos mil veintiuno).

Hora: 19:45, pasado meridiano. Humedad: 37% en la atmósfera.

Temperatura ambiente: 18 grados centígrados.

Días en confinamiento: Más de 300 días. Más de 10 meses.

Crónica de los días con los que empieza el año 2021 (veinte veintiuno): Son días aciagos. Muchos días de miedo, de acechanza... La raza humana se convulsiona sobre el planeta. Hoy mismo, en el país en el que habito, en la ciudad en la que

vivo la propagación del virus es más elevada que nunca. La incertidumbre y el miedo se perciben. Hay muchas personas a las que ya no les importa el riesgo. La raza humana afronta una crisis civilizatoria. Estamos en un punto en que la subsistencia sobre el planeta es muy frágil, en extremo delicada. Hay que decirlo con todas sus letras. La situación está fuera de control. La gente está en la calle, queriendo hacer la vida con riesgo de muerte. En todo el mundo. Todos claman: basta de restricciones, de precauciones, de condiciones... Sin duda seguiremos... quién sabe hacia dónde.

Ahora el día pasa a la noche... hay que estar tranquilos. Estamos bien. Hay que tomarlo con calma. Saldremos adelante. Confianza y método. Actitud positiva para que la rueda gire...

Tuve una charla con Cristina: “¿Puedes explicarme cómo volveremos a la vida normal? ¡Estamos confinados, estamos distanciados... estamos en peligro!” Me miró, me atrajo hacia sí, pasó su brazo sobre mi hombro y dijo en voz baja: “Tranquilo, todo va a estar bien... sh, sh, sh...” Me reconfortó...

Y agregé: “El mundo está muy enfermo, vivimos en una situación de mucho riesgo, tenemos miedo, no sabemos qué sucederá ni cómo saldremos de esta... pero sé que saldremos. En el fondo sé que saldremos adelante, que podremos seguir con nuestra existencia... Que los niños tengan la oportunidad de disfrutar las maravillas de la vida... Que las escuelas volverán a la actividad...”

“El registro en la bitácora para el día de hoy es:

“Planeta Tierra. Fecha conocida: miércoles 10 de febrero de 2021. En el solsticio de invierno.— Más de 10 meses de exclusión y confinamiento en esta parte del mundo.— Ciudad de México, República Mexicana.— La emergencia sanitaria no cede.— La pandemia no se detiene.— Se vive en alerta, en zona de riesgo, en el límite; hasta parece normal.— La deses-

peración y el hartazgo son generalizados. La mayor parte de la población los experimenta.— A pesar de las consecuencias, las personas estamos en la calle, en la vida.—En espera de una inmunización, de una vacuna.— En todo el mundo...

Escribo este reporte en la Ciudad de México, República Mexicana, planeta Tierra.— En un día miércoles de febrero de 2021.- No sé si yo quiero escribir otro reporte.— Si no lo hago, está este. GLF.

Nota: el primer reporte es de junio de 2020; éste puede ser el último.— Febrero de 2021.

12 AM

Daniela Monserrat Salinas Domínguez

Exalumna

El cuarto en el que ella vivía era una prisión oscura y húmeda, a veces salía el sol. Su estado de ánimo era la imagen cliché de un montaña rusa descompuesta que constantemente intentaba subir, pero la mayoría del tiempo permanecía abajo, estática. No supo en qué momento se detuvo el tiempo y los días comenzaron a ser iguales; no había lunes ni sábado, ni meses ni años. Sobre el umbral de la puerta y colgando de la pared había un reloj cucú que siempre marcaba las doce, pero no era hasta que el cielo oscurecía que éste realmente cantaba. Todos los días, cuando las doce campanadas dejaban de sonar, ella sabía que sus recuerdos se borrarían para comenzar desde cero a la mañana siguiente. No siempre fue consciente de esto. Se dio cuenta una tarde en la que el cielo lloraba. Ella pensó que era raro, pues jamás había visto llover. ¿Jamás? ¿Cómo lo sabía? Supuso que lo había soñado. Por un momento recordó el olor de la tierra mojada, el sonido de la lluvia al caer, el cielo nublado. Recordó, también, haber brincado en los charcos, reído a carcajadas, llenar sus zapatos de lodo y llorar por alguna herida hecha al resbalar con el agua. ¿Cómo podría recordar tanto de un sueño? Llegó a la conclusión de que no era posible, pues en realidad, nunca había soñado. Esto la asustó. ¿De dónde salían todas esas ideas? ¿Qué eran los sueños y cómo sabía qué era la lluvia? Fue a raíz de este episodio que ella comenzó a escribir en un cuaderno cada cosa que le sucedió aquel día dentro de las cuatro paredes en las que vivía; sin embargo, a la mañana siguiente,

ella olvidó el día anterior y, por consiguiente, no volvió a tocar la libreta donde había escrito lo único que la haría recordar. Y así, tras cada luna que se escondía, comenzó a olvidar su nombre. ¿Era Diana o era Gea? ¿Acaso su nombre era Medea? Seguro que no, pero era mucho más entretenido pasar las horas recreando un personaje que ahogada en la ola de sus pensamientos. A fin de cuentas, lo olvidaría al siguiente día e inventaría una nueva historia que, probablemente, nadie escucharía.

Han pasado más de doscientos días, tal vez una eternidad. Una noche estuviste cerca de tocar la libreta. No supiste cómo pero te distraíste y terminaste mirando la inmensidad del firmamento; enseguida, te preguntaste cuántas estrellas habría y comenzaste a contar. Llevabas cerca de ochocientas cuando miraste al reloj y te diste cuenta que eran las tres de la mañana. Giraste nuevamente la cabeza hacia la ventana y, cuando estabas a punto de contar ochocientos uno, caíste en cuenta que no era normal. Nunca habías vivido una hora distinta a las doce y sentiste que algo iba mal. Caminaste hacia la puerta y repentinamente tuviste la necesidad de abrirla, cosa que nunca antes se te había ocurrido. La puerta no tenía seguro. No estabas atrapada, simplemente era que, en ninguna de las mañanas que repetiste, te interesó salir. Estuviste encerrada en una prisión que tú misma creaste.

El sol te deslumbró al empujar la puerta. Ahí afuera era de día y el cielo estaba pintado de un brillante color naranja. Tuviste ganas de correr sin rumbo alguno, pero te detuviste antes de cruzar el umbral. Recorriste con la mirada el espacio y observaste una libreta extrañamente familiar; sin embargo, pensaste que no valía la pena llevarse ningún recuerdo de ahí. Antes de salir, miraste el reloj. Las manecillas se habían detenido otra vez, pero no importaba más porque ya habías tomado tu decisión, y ésta era la libertad. Adentro, la misma historia se repetiría, mientras que, a partir de ahora, a donde quiera que fueras, una historia nueva comenzaría.

¿Alucinaciones?

Julio Armando Ríos Reyes

Profesor

La pandemia provocada por el virus SARS Cov-2, causante de la enfermedad Covid 19 que surgió a fines del 2019 se extendió rápidamente por el mundo. Al principio pensé que solo era un evento que estaba siendo aprovechado por los dueños del capital para reorganizar la economía mundial y que, lamentablemente, los fallecidos en esa región no implican tanta alarma de organizaciones internacionales como la OMS. Pero en unos cuantos días, las noticias se tornaban preocupantes. Poco a poco la enfermedad empezó un avance vertiginoso en un mundo globalizado, a distribuirse por todo el planeta, sin abandonar la idea de que las medidas de distanciamiento social, confinamiento y sanidad que se estaban aplicando en muchos países serían aprovechadas para la reorganización de las maneras de obtener ganancias para el gran capital y reorganizar la producción de mercancías y trabajo a nivel global, también empecé a entender que, efectivamente, la humanidad enfrentaba una enfermedad que no se parecía a las infecciones respiratorias causadas por virus en años recientes.

*“El aire toma forma de tornado
y en él van amarrados la muerte y el amor...”
Silvio Rodríguez, Preludio a Girón.*

La letra de esa canción, Preludio a Girón la tuve presente en los momentos en que la muerte estuvo más cerca que de costum-

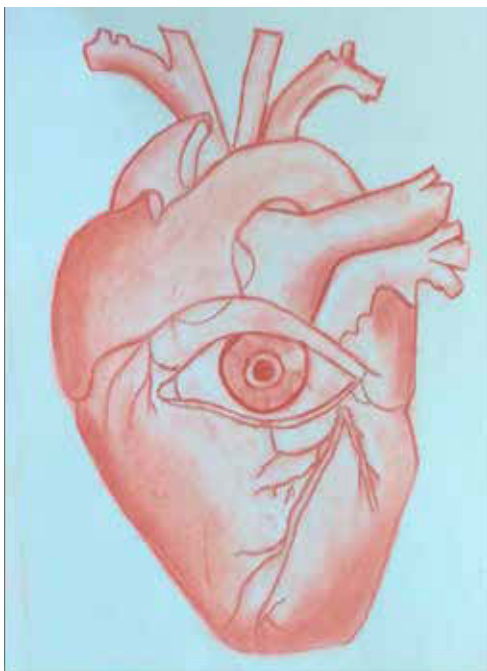
bre. Cuando en mayo pasado estuve en terapia intensiva viví varios eventos especiales, como alucinaciones, en una viaje entre galaxias, era fascinante, me daba curiosidad continuar, conocer otras dimensiones, no tenía cuerpo pero podía viajar y percibir la grandeza y profundidad del universo... de pronto tomé conciencia de que si continuaba, tal vez, no encontraría el camino de regreso o no podría hacerlo "a tiempo"... y había una especie de fuerza amorosa que se manifestaba en la presencia de mi hija, haciendo con sus manos el símbolo de un corazón... la veía tras la ventana del pasillo del hospital, me miraba con ternura y emoción y volteaba a ver a otras personas y les decía con energía y alegría que yo estaba ahí, que estaba vivo... y entonces regresaba al instante y decía para mí, que no podía darme por vencido, que tenía que luchar por la vida y que ese dolor tan profundo que sentía era pasajero.

El tiempo no tenía sentido, no percibía un antes y un después... abrí los ojos, veía una pared pintada de verde y partes de color crema. ¿dónde estaba? ¿cómo había llegado ahí? No podía moverme, los brazos y piernas pesaban tanto, poco a poco me di cuenta que estaba amarrado a una cama, había luz artificial, pero alcanzaba a entrar luz del día, no sabía si era de mañana o tarde, no podía hablar... entraba personal médico, checaban monitores, ponían líquidos en botellas y con jeringas... y el sonido incesante de bombas y aparatos que ayudaban a mantenerme con vida.

No sé si dormido o despierto, si en el transcurso del coma inducido o cuando empezaron a quitar la sedación, de pronto tenía un tamaño tal que permitía que entrara a una molécula de sal, veía los átomos que suponía eran de sodio de cloro, sus enlaces, podía recorrer campos infinitos con estructuras geométricas, flotar entre ellas y en la medida que más entraba en esas moléculas escuchaba como si dos voces dentro de mí me llamaran, una invitaba a seguir explorando y otra advertía que de continuar no podría regresar a tiempo y de

nuevo estaba en la cama del hospital viendo que mi hija, desde el pasillo dibujaba corazones en papel y los pegaba contra el cristal, quería gritarle que se alejara, quería mover mis manos y decirle que se fuera, que no debía estar ahí pues era una zona de peligro... si venían médicos ella se escondía en otra habitación y volvía a salir y sus ojos reflejaban la mirada de familiares y amigos cercanos y distantes, que estaban ahí, acompañándome, invitando a quedarme un poco más.

Ahora estoy aquí, pensando en el impulso de esa fuerza amorosa para resistir, para sanar, recordando a los que me antecedieron, a los que ya no están, imaginando y construyendo otros caminos, y con la duda, con la canija duda de si esos viajes fueron alucinaciones o no.



María Fernanda Valdepeñas Roque 1010

ENSAYO

BACHILLERATO

Los libros también
usan cubrebocas

Camila Ceballos Galindo

Esperpento en palabras

Maximiliano Rojas Zaputovich

Los libros también usan cubrebocas

Camila Ceballos Galindo

Bachillerato 2030

Nuestra lectura desde el comienzo del encierro, gracias a este virus, ha sido diferente ¿Qué has estado leyendo? Noticias, libros, reportajes , entrevistas, etc. Esto dice que cambió la manera en que vemos nuestro mundo de los libros, todo lo que escucho, leo y veo ha sido sobre COVID-19; decesos, muertes, clases, superan, hospital, incubaciones palabras que te dicen todo. Es sorprendente como las noticias han cambiado desde que todo comenzó, eran todos los temas que en un cerrar y abrir de ojos desaparecieron; esto habla sobre una conducta sobrevalorada e incorrecta. Uno de los menos olvidados ha sido la violencia familiar o hacia la mujer, que sigue claramente pero no como al principio.

Nuestra lectura ha sido drásticamente cambiada ya no será lo mismo hasta que esto acabe. Me asusta pensar que cuando podamos salir vaya a las librerías y en vez de encontrar libros de romance, ficción, terror encontrar sobre virus, pandemia, 2020, muertes, es algo que no quiero. Pero se que pasará, porque los libros usan cubrebocas porque ellos nos han acompañado a los lectores todos estos 185 días encerrados, cada libro y cada lectura es distinta. ¿Qué género nos gusta? Mi padre me ha enseñado libros que nunca había leído o nunca me había enterado. Gracias a él sé mucho más de cultura lectora. Seré honesta— ya no sé qué escribir aquí —ya dije todo lo que pienso sobre...

Pero hay cosas que aún quiero hablar con la gente, por ejemplo, esta pandemia me ha hecho sacar sentimientos y emociones que nunca sacaría con alguien más. He llorado y reído hasta donde ya no puedo; he gritado todo. Se que otras personas me dirán ¿estás loca? No, solo lo que hago es sacar lo que llevo dentro, he sido una persona fuerte toda mi vida pero en estos momentos más, con esto llego a la conclusión de que los libros nos acompañan, son tus amigos leales y tus compañeros de toda la vida hay gente que ya nunca se interesa sobre los libros.

Esta situación hay que aprovecharla con el mismo propósito, para lo que fueron hechos los libros; para disfrutarlos y leerlos. Una recomendación para leer esta cuarentena podría ser la saga de Narnia, escritos impresionantes en su forma imaginativa. Muchos libros están llenos de magia como estos para mi opinión. Tendría que haber la posibilidad de que hubiera libros que se pudieran escribir para sobrellevar el encierro que a muchas personas los ha estado aburriendo o torturando.

No se si la gente opine igual. Actualmente estoy estudiando en una escuela donde las ideas pueden ser más libres y vengo de una familia diferente donde me han enseñado que los libros son lo más bonito que pude haber conocido. Con este escrito propongo decir a la gente que encuentre ese amor a la lectura o un deseo de leer algún libro que se encuentre en casa, que vaya a librerías, a una biblioteca, hasta en PDF. Leer ¡lo juro!, es increíble. Además en esta pandemia se nos ha dado ganas de leer más sobre los virus o bacterias que se encuentran en la Tierra, saber de dónde vienen, porqué son así, etc.

Me estoy yendo mucho con rodeos... pero a mi se me hace importante que haya personas que se den la oportunidad de escribir algo como esto o como los de mis compañeros. Pero está padre poder pensar en esto pues no sabes que puedes encontrar dentro de tu mente. La cuarentena me ha enseña-

do más de lo que esperaba. Como la lectura, que nos proporciona un método bueno para alejarte de los problemas (sin la ayuda del alcohol). Ya me desvié mucho, pero se nota la importancia del texto pues ahora sí me quedé sin palabras...

Les voy a contar que en esta cuarentena mis libros también se aburren, están tanto tiempo ahí quietos que hasta a veces hablo con ellos, como si pareciera una persona loca, pero me gusta mucho poder leer todo lo que tienen en el interior, lo que nos tienen que decir o contar.

Así los autores están haciendo que todo esto sea posible, toda la magia que se crea al leer. Uno de mis libros favoritos es el de La Historia Interminable (Michel Ende) y A dos Metros de Ti (Mikki Daughtry) de ambos existe la película.

A muchos de los lectores les gusta complicarse la vida con unas lecturas gigantes, yo soy ese tipo de personas la lectura que más me costó fue IT es un libro enorme pero super bueno, Stephen King, gran escritor. Pues la verdad me asusta que después de todo esto, los libros no se acuerden de que los leí. Si suena loco y sin sentido, pero pues la verdad yo siento algo muy bonito y tierno.

Y de esta manera, me encanta leer, es algo que podría hacer las 24 horas, 7 días a la semana, todos los años. Uno de los regalos que más espero son justamente, libros. Cualquier género. Es algo que nos gusta tener en casa, junto con mi papá tengo un librero con libros de casi todo el 2000 hasta 2020, además revistas y recuerditos que nos traen de otros países. Siempre leo e imagino todos los países que aparecen, ya que nunca he salido del país, pero imagino que es como en los libros te lo cuentan.

Así la pandemia hará que los libros se hagan viejos y quizá después ya ni los recordaremos. Pero antes de terminar quiero revelar algo, algunas veces digo que no me gusta leer, pero en realidad quisiera leer todos los libros que están en las librerías.

Finalmente, el virus me asusta como a todos. Quizá mucha gente piensa desesperada, mejor irse para “allá arriba”, sabiendo que ya leyeron mucho, que fueron cultos y que aprendieron de manera tan imaginativa que hasta se imaginan el cielo; ¿cómo será a través de los libros o películas inspiradas en los mismos?.

Dale una oportunidad a un libro, una lectura, comprende e imagina. Recuerda que los libros también nos han acompañado en esta pandemia con su cubrebocas.



Julieta Santiago de la Torre 1010

Esperpento en palabras

Maximiliano Rojas Zaputovich

Bachillerato 4010

Cuando uno lee, siente como si pudiera estar en el mismo lugar descrito por las palabras. Claro, uno podría decir que “agarra las palabras”. Uno, concentrado en la lectura, empieza a imaginar esto o aquello, y su cabeza se convierte en una mano: una mano capaz de tocar las palabras.

¿En dónde entra esto dentro del esperpento? En lo grotesco que pueden ser las metáforas. Un cuello que crece y crece, sólo para después convertirse en una muñeca y, eventualmente, en una mano, es algo que nadie desea ver: los cuellos no dan lugar a otra parte del cuerpo más que a la cabeza. Es este pequeño cambio el que logra cambiar de lugar las cosas. ¿Por qué habría de ser raro? no se están introduciendo cosas ajenas: sólo se están cambiando de lugar las cosas.

No pretendo parodiar nuestra realidad: pretendo parodiar a nuestras palabras. ¿Cómo es que una bella metáfora puede convertirse en un monstruo? Pasamos de la mente, intentando agarrar las palabras, a una deformación del cuerpo- el horror del cuerpo, el gran terror. Es esto lo que creo yo que le da un toque especial y nos da un punto sobre el cual reflexionar: nuestras palabras están llenas de esperpento, lo único que tenemos que hacer es materializarlas para poder ver los horrores que hablamos, los horrores que decimos y los insultos que decimos para halagar al prójimo.

En conclusión, la materialización de la palabra hablada es lo que, a mi parecer, tiene un profundo aspecto esperpéntico.



Patricio González Gallo 1050

EXALUMNOS

La crisis de la educación
y el problema de la formación
en Walter

Julio Enrique García-Máynez García

La libertad de vivir

Andrea de Buen Juárez

Este tal vez no es un diario
de cuarentena

Isabel Jiménez Miramontes

El confinamiento, la epidemia
y la academia

Carlos Franco Velasco

La crisis de la educación y el problema de la formación en Walter Benjamin

Julio Enrique García-Máynez García

Exalumno

Walter Benjamin es un autor particularmente notable por el proceso de transformación que sufrió su pensamiento. Pues aquel Benjamin “tardío” de las Tesis sobre la historia es radicalmente distinto al de textos como *La Bella Durmiente* o *La vida de los estudiantes*. Este Benjamin “joven”, sin embargo, es prácticamente ninguneado por los círculos de la academia. Mucho se debe, quizás, a que para aquel momento todavía no consolidaba su afiliación con el materialismo histórico. Pero, a pesar de la notable marginación de la cual sufre esta etapa de nuestro autor, eso no significa que de ella no se puedan extraer ideas o pensamientos sustancialmente valiosos. Precisamente; el propósito de este ensayo se encamina por esa dirección: hacer una lectura de algunos escritos del joven Benjamin para, a partir de ellos, tratar de resaltar y problematizar una de las cuestiones más apremiantes de nuestros tiempos: la crisis de la educación y la necesidad de repensarla ante nuestra situación actual. Pues el “modelo educativo tradicional” se encuentra en crisis. Y se trata, además, de una crisis de carácter estructural; que nos exige replantearnos a profundidad el papel que juegan las escuelas y las

universidades en nuestro medio. La filosofía, en particular, resiente con enorme agudeza los efectos de esta crisis. Se le ha “academizado”¹ y con ello, sometido a cánones que la han reducido en su substancia y confinado a las paredes de las facultades e institutos. La libre vocación y el espíritu de comunidad se han diluido en pos de la producción de profesionales y acarreado, con ello, la constitución de un sentimiento de individualidad y egoísmo en los individuos. Es por tal motivo que resulta indispensable re-pensar la función social de las instituciones educativas y, sobre todo, repensar críticamente la *paideia*² (παιδεία) de nuestros tiempos.

Es ante esta necesidad de reflexionar sobre dicho problema por lo que Walter Benjamin resulta ser un autor terriblemente vigente. Pues en él podemos encontrar una serie de preocupaciones de una índole similar. Así, por ejemplo, en *La vida de los estudiantes* nos menciona lo siguiente:

La falsificación del espíritu creador en aras del espíritu profesional que vemos funcionando por doquier atrapó por completo a la universidad, dejándola aislada de toda forma de vida espiritual no funcionarial y creativa. El desprecio de casta hacia los eruditos y artistas libres, ajenos al Estado— y a menudo hostiles al Estado—, es un síntoma dolorosamente claro.³

¹ Al decir esto no estamos señalando directamente a la práctica de la filosofía en las academias como tal, sino, más bien, al fenómeno del academicismo que impera en diversos centros educativos. Por academicismo nos referimos, específicamente, a las prácticas de corte “productivista” dentro de la academia; es decir: aquellas en donde se busca, a toda costa, publicar lo más que se pueda en el menor tiempo posible.

² Es un término complejo y de muy difícil traducción al español. Sin embargo, suele referirse a la formación espiritual de los seres humanos. Con lo cual, implica una cierta idea de pedagogía.

³ Walter Benjamin, “La Vida de los Estudiantes”, *Obras libro II/vol. 1*, p. 68.

Vemos una clara alusión al tema central de nuestro texto: la crisis de la formación espiritual. Que acarrea, inevitablemente, la crisis de las humanidades. La urgencia de nuestras necesidades prácticas y el ritmo tan frenético con el que se conduce la vida actual han sumergido a la educación y a la formación en esta crisis, pues lo utilitario ha desplazado a lo desinteresado⁴. El ocio y la contemplación, que constituían una parte integral de nuestro ser⁵, han sido relegados a la periferia. Y es que a la filosofía no le importa ni le importará ser de “utilidad” o lograr desarrollar técnicas y herramientas para el “progreso”. Se trata de una vocación libre e inútil. Más el hecho de que sea inútil para las exigencias actuales no quiere decir que no pueda ser provechosa (pues ninguna ciencia es mejor que ella⁶). Pero, precisamente, por esto mismo es que, paradójicamente, se encuentra sumergida en una profunda crisis. El estándar dictado por el modo de producción hegemónico ya no da cabida para aquello que podemos

⁴ Aquí es importante hacer una precisión: pues el hecho de señalar la aplastante hegemonía de la que goza la práctica, no quiere decir, sin embargo, que esta tenga que ser destruida para que la vida contemplativa pueda retomar su lugar. La idea de praxis, aunque no nos define por sí misma, tampoco puede ser negada como un aspecto determinante de nuestra realidad. La acción no es algo que se oponga al pensamiento, no son adversarios. Por el contrario, la filosofía, entendida como una forma de vida y una vocación, supone la subordinación de la *theoría* (θεωρία) a la *praxis* (πρᾶξις).

⁵ No es ningún secreto que para los griegos la sabiduría (σοφία) guardara una estrecha relación con la filosofía misma. Se dice, incluso, que si uno es filósofo es, en consecuencia, sabio. La sabiduría, por ende, se trata de algo más elevado y que va más allá de cualquier ciencia teórica. Por lo cual, no es posible enseñarla en el mismo sentido en el que se puede enseñar algún oficio o profesión. Implica el seguimiento riguroso de una determinada forma de vida y un perenne compromiso con la verdad. Es así como al filósofo y, por lo tanto, al sabio se les representa como seres plenamente libres, que no están sujetos a ninguna clase de interés ajeno. Son aquellos individuos que logran alcanzar el “buen destino”; aquel máximo bien al cual puede aspirar el ser humano: la eudaimonía (εὐδαιμονία). Sin embargo, este momento de perfección y de comunión con el todo solo es posible alcanzarlo por instantes. No es una condición de la cual gocemos a perpetuidad (esto es lo que nos separa de las divinidades) en tanto que somos seres finitos.

⁶ Cf. Aristóteles, *Metafísica*, 983a.

denominar como lo “propiamente humano”. La tecnificación de la vida y la acuñación de una “cultura de la utilidad” en nuestra cotidianidad han convertido a la ciencia en un mero instrumento al servicio de la necesidad. Mientras la filosofía, que jamás marchó al tambor de estas prerrogativas, sufre las consecuencias de aquel desapego: es señalada, tachada y mal vista por su inutilidad. Ha sido desplazada y encerrada, como prisionera, en las paredes de las facultades e institutos. Desprendida de su lazo con el mundo para ser confinada al esoterismo. Esa filosofía “a pie de calle” que se practicaba en las plazas y en los mercados, en el corazón de las comunidades, ha desaparecido. ¿Pues de qué otra manera, sino encerrándola, se podría disminuir el poder e influencia de la filosofía en la vida humana? Al encerrarla, la filosofía se ha quedado sin voz⁷. De ahí la gran necesidad de impulsar una reforma a la educación. En repensar críticamente la paideia. Pero a partir de esto surge, entonces, una gran interrogante: ¿pues cómo podemos llevarla a cabo y desde dónde debemos realizar la lucha por esta dura empresa? En el joven Benjamin será, en principio, desde las trincheras de la Comunidad Escolar Libre donde se pretende llevar a cabo esta osada pretensión. Se busca, ante todo, generar una nueva “cultura de la juventud universitaria”. Con esto se quiere decir: aspirar a la obtención de la libertad a partir de consolidar la idea de juventud como una forma de vida. Una con un claro sentido del deber e impregnada con el espíritu irrenunciable de un ideal transformador. Se piensa a la juventud como una “fuerza privilegiada capaz de romper con la violencia de lo fáctico”⁸. Pero este espíritu de misión viene acompañado, sin

⁷ Cf. Eduardo Nicol, “Crisis de la educación y filosofía”, Ideas de vario linaje, p. 394.

⁸ Mariela Silvana Vargas, “La Bella Durmiente y el motivo del despertar de la juventud en el Walter Benjamin temprano”, Revista de Filosofía y Teoría Política n°47, p. 3.

embargo, por una imposibilidad de su realización. El joven debe de asumir que su tarea jamás podrá ser conseguida; ya sea porque no vivirá lo suficiente para verla realizarse o, porque, pasará el resto de sus días tratando de conseguirla. Quedará sumido en una búsqueda inagotable por aquel anhelado ideal⁹. Esta es la gran tragedia de la juventud. Y, sin embargo, es también la condición indispensable para su existencia. Pues el signo de envejecimiento o de falta de juventud radica, precisamente, en “ver lo perfecto en lo dado”¹⁰ en conformarse con aquello que se tiene. En el fondo de esto subyace, también, la cuestión de la formación como un problema político. Como una denuncia a los procesos de condicionamiento y represión que ejerce el Estado. Ante el Estado, se dice, la juventud encara una batalla: el ser oprimida por una política que aún se maneja y entiende bajo el esquema de la dominación. Bajo esta consigna la formación humana queda subordinada a los intereses del Estado. Se forma a seres humanos que se ajustan a las medidas impuestas por el poder, como meras figuras en un molde. Con ello la diferencia es pulverizada. Al otro, al que no es idéntico, se le enajena y excluye. Por eso se dice que la reforma escolar que se pretende impulsar es, antes que nada, un movimiento cultural y un proyecto ético. No responde ni se sujeta a ninguna tesis científica:

Qué significa y con qué fin queremos la reforma escolar? [...] Rudolf Pannwitz ha definido acertadamente la

⁹ Es importante mencionar que este ideal de “tarea infinita” debe de ser entendido desde una concepción mesiánica del tiempo, de tal suerte que toda interpretación sincrónica y lineal sobre la historia quede invalidada. Pues bajo la bandera del tiempo mesiánico se aniquila cualquier pretensión de teleología y de determinismo en nuestro haber. La noción de mesianismo en Benjamin es, sin embargo, muchísimo más compleja de lo que aquí he mencionado y sobrepasa con creces el propósito de este pequeño ensayo.

¹⁰ Walter Benjamin, “La Bella Durmiente”, Obras libro II/vol. 1, p. 8.

educación como «la reproducción de los valores espirituales». Aceptamos esta definición y preguntamos: ¿qué significa ocuparse de la reproducción de los valores espirituales? Significa, en primer lugar, que creemos más allá de nuestro presente. No sólo pensamos *sub specie aeternitatis*: al educar, vivimos y actuamos *sub specie aeternitatis*. Queremos una continuidad de sentido en todo desarrollo; que la historia no se descomponga en las voluntades de épocas particulares o incluso de individuos, que el desarrollo hacia adelante de la humanidad en que creemos ya no se dé con inconsciencia biológica, sino que siga al espíritu que va planteando metas: lo que queremos es el cultivo del desarrollo natural hacia delante de la humanidad, es decir, la cultura. Y la expresión de esta nuestra voluntad es: la educación.¹¹

El lazo más estrecho entre la reforma escolar y la cultura será, entonces, la juventud. La juventud es, así, sujeto histórico: en tanto que tiene la posibilidad de determinar las condiciones para la transformación del status quo. Esto supone la realización de una tarea espiritual (de libertad): la auto-determinación de los individuos. Con ello, donde exista el espíritu de realización de un ideal, ahí es donde podemos decir que hay, propiamente, juventud. Se aspira a un cambio en el cual se de una auto-formación pero en comunidad como una conformación. Pues es dentro de la comunidad donde podemos conseguir las mejores condiciones para nuestro desarrollo¹². Esta idea, esta pretensión de generar comunidad, será la clave. Pues la filosofía, se dice, precisa del diálogo. Pero no

¹¹ Walter Benjamin, "La reforma escolar", Obras libro II/vol. 1, pp. 10-11.

¹² Cf. Luis Ballester Brage y Antoni J. Colom, *Juventud y pedagogía* (sobre la génesis del pensamiento de Walter Benjamin), p. 87.

es un diálogo *solipsista*¹³ e individualista. Se trata, más bien, de un intercambio de carácter colectivo (con el otro). El diálogo filosófico es, por lo tanto, un pensar en comunidad. Por tal motivo, si se restaura el sentido de comunidad, podemos empezar a pensar en restaurar a la filosofía y con ello, sentar las bases de una nueva paideia. Este “restaurar” significa, antes que nada, sacarla de las aulas y llevarla nuevamente al mundo.

Pero hablar de la filosofía como un “diálogo colectivo para impulsar la generación de un sentido de comunidad” es algo que, visto desde el desolador y turbulento panorama de nuestra época, se enfrenta a una marcha cuesta arriba. Pues al día de hoy, los medios virtuales, más que nunca, han venido a encauzar el curso de nuestras vidas. La pandemia que hoy nos embarga y obliga a muchos al confinamiento nos ha privado del privilegio de la presencia. Esto hace que, en consecuencia, la misión transformadora de la filosofía se vea comprometida: pues con la aniquilación de la presencia se suprime, invariablemente, uno de los aspectos más humanos de una de las actividades más humanas que existen. Representa, pues, el posible advenimiento de la gran paradoja del mundo contemporáneo: la deshumanización de lo humano como vía para la humanización de lo “no humano”. Corremos el riesgo de que dentro de este vasto mar de información y desarrollo tecnológico en el que estamos sumergidos terminemos, eventualmente, por perdernos a nosotros mismos. Pues aunque no cabe duda de que la tecnología y los medios virtuales pueden desempeñar un papel muy positivo en nuestra vida, en tanto que nos proporcionan ciertas facilidades y herramientas para nuestro desarrollo, tampoco podemos negar

¹³ En términos simples, el solipsismo se refiere a una postura filosófica de “yo absoluto”, es decir: donde nada existe fuera de mi propia conciencia individual. Ciertos pensadores, como René Descartes (con su *cogito ergo sum*), han sido injustamente señalados de haber perpetrado este tipo de pensamiento.

que, si llevamos su uso hasta sus últimas consecuencias, en el futuro la tecnología pueda substituir (y ya no complementar) los quehaceres humanos más fundamentales.

Lo fúnebre del panorama nos haría pensar que no hay solución posible a la aguda crisis que nos atraviesa. Sin embargo, es precisamente, desde las tinieblas, donde la juventud debe encarar al mundo. Pues si bien, en cada uno reside el “gérmen del pesimismo”, este pesimismo no es, como se podría pensar, una invitación a la misantropía o a la indiferencia. Por el contrario, es a partir de este pesimismo y desde la inconformidad hacia el mundo desde donde puede florecer el ideal transformador que impulsa la titánica empresa de la juventud.

Referencias:

- Benjamin, Walter, Obras libro II/vol. 1. Trad. Alfredo Brotons Muñoz, Titi-villus, 1989.
- Nicol, Eduardo, Ideas de vario linaje, UNAM-FFYL, México, 1990.
- Aristóteles, Metafísica. Trad. Tomás Calvo Martínez., Gredos, Madrid, 2011.
- Ballester Brage, Luis y Colom Cañellas, Antoni J., Juventud y pedagogía (sobre la génesis del pensamiento de Walter Benjamin), Universitat de les Illes Balears-Facultad de Educación, Palma, 2011.
- Vargas Silvana, Mariela, “La bella durmiente y el motivo del despertar de la juventud en el Walter Benjamin temprano”, Revista de Filosofía y Teoría Política n°47, Universidad Nacional de la Plata, Buenos Aires, 2015.

La libertad de vivir

Andrea de Buen Juárez

Exalumna

Quiero ser libre, pero antes quiero vivir. Anónimo

Es muy probable que gran parte de las personas que están leyendo esto, más de una vez, hayan pensado: “quisiera que después de esta pandemia podamos ser mejores seres humanos, con sociedades más igualitarias y con un medio ambiente más sano”, ¿cómo será posible esto?

Esta pregunta no tiene una sola respuesta, sin embargo, hay varias cosas que aprender a partir de estar viviendo esta situación mundial, en la cual, irónicamente se nos está limitando lo que creíamos que el capitalismo nos había concedido de manera desmedida: nuestra libertad.

Empecemos por la historia que hasta ahora sabemos de la pandemia: el virus surgió en Wuhan en noviembre del 2019 y lo más seguro es que haya sido transmitido por un murciélago, ese maravilloso animal polinizador, mamífero, volador y responsable de gran diversidad de flora en diferentes partes del mundo, ese que duerme colgado, así tan tranquilo y excéntrico. ¿Cómo pudo suceder una zoonosis así, es decir, un contagio de animales a personas?

Hay muchas respuestas para esto y todas apuntan a nuestra responsabilidad como co-habitantes del planeta, o

mejor dicho, a nuestra falta de responsabilidad y exceso de “libertad” en la manera en la que tratamos a nuestros hábitats y a los seres que nos acompañan en la aventura de vivir. Muchas personas conocedoras de estos temas, han relacionado las propagaciones recientes de virus como el COVID-19 con la devastación de los ecosistemas, ya sea por la urbanización, la deforestación con motivos agrícolas, la minería y otras causas ligadas con nuestro estilo de vida enfocado en un consumo, libre (sobre todo de libre mercado), pero desmedido, desigual y con muy poco cuidado y respeto a los ciclos naturales. En fin, seguramente ya has escuchado todos estos problemas que hemos causado como especie y justamente eso sea un motivo para querer que cambien ciertas cosas después de esta pandemia, pero, ¿cómo ser libres sin afectar nuestro entorno?

La respuesta está en la sustentabilidad, la cual parte de la premisa de que debemos procurar que exista justicia social y ambiental, logrando, además, que lo que hagamos o dejemos de hacer, sea cuidadoso con todo lo vivo en el planeta; de tal forma que: la belleza que hay en una montaña llena de árboles, en una parvada de pájaros en la costa, en la arena cristalina rozando tus pies, en las cascadas refrescando el cuerpo; así como la disfrutamos quienes estamos actualmente en el planeta, lo puedan hacer las siguientes generaciones de humanos y de no humanos.

Esta lección de vulnerabilidad y humildad que nos trae la pandemia, ojalá nos recuerde que esa misma libertad que creíamos tener, no está completa si no contempla el compromiso en la construcción de condiciones de igualdad y el respeto por todo lo que existe en la naturaleza.

En pocas palabras, si queremos ser mejores después de esto, debemos seguir buscando que la sustentabilidad sea parte de nuestra cotidianidad y para eso, tal vez debamos

cambiar un poquito la libertad, por responsabilidad compartida por la vida.

El primer paso puede ser soñar con lo que queremos que sea diferente y es tan radical el cambio, que quizá debamos soñarlo de cabeza, como los murciélagos.

Este tal vez no es un diario de cuarentena

Isabel Jiménez Miramontes

Profesora Secundaria

¿Acaso podría llamarlo un diario de cuarentena?

Me parecería irónico no nombrarlo así.

Hace poco más de un año, cuando me adentré en terrenos desconocidos y me estrené como maestra de escuela secundaria, le pedí a mis alumnos que escribieran un diario de cuarentena. Acabábamos de “encerrarnos” en nuestras casas, ignorando mucho, esperando tanto al respecto de esta pandemia que ha parecido congelar nuestras vidas y nos ha arrebatado un año entero. Por aquel entonces, aún esperábamos ingenuamente volver a las aulas a finales de abril. Ahora esa noción me parece incluso risible.

Me sorprendió la honestidad con la que mis alumnos dejaron que sus sentimientos en torno a la situación pandémica se reflejaran en sus diarios. Estaban hartos de estar en sus casas. Extrañaban la escuela, a sus amigos. Detestaban escuchar a sus padres discutir. Recurrieron a la tecnología para estar conectados de alguna forma con el mundo exterior, tal vez como lo hacemos aún. Solo querían volver a la normalidad.

Entonces me pregunto: ¿qué era la normalidad?, o... ¿qué significaba?

Parece que existe una idea en torno al “antes” de que muchos de nosotros tuviéramos el privilegio de encerrarnos en

nuestras casas para tratar de aplanar una elusiva inalcanzable curva. Y la idea de un “después” parece tan lejana. Parece alejarse cada vez más. Se está volviendo absurdamente imposible de alcanzar.

Para mí aún resulta un poco extraño pensar en el “antes”. Mi relación con el pasado, el mío, es extraña, compleja e indiferente. Para mí el “antes” siempre fue sinónimo de “hubiera”. “Hubiera cambiado esto”. “Hubiera hecho mejor esto otro”. “Hubiera sido más lista en esta situación”. Hubiera. Hubiera. Hubiera... Pasaron bastantes años de mi vida para que al fin aprendiera a reconciliarme con mi pasado y todos esos “hubiera”, y con todo lo que aún habita en él que, de alguna y otra forma, me hizo daño.

Llamémoslo mal de historiadora o alguna pretensión pedante y estereotípica de ese tipo.

Vivimos en el pasado. Para mí, sólo somos un montón de chismosos y no lo digo en mala onda.

Me parece maravilloso.

Preferimos sumergirnos en el pasado de alguien más, desconocidos, a quien llegamos a conocer por las cartas cuyo receptor no estábamos destinados a ser nosotros. O por alguna fotografía con una dedicatoria que tampoco era para nosotros. Sin embargo, nos introducimos en sus vidas, olvidadas por el tiempo, tal vez porque nuestra propia historia en verdad nos parece insoportable. Engullimos los restos de esas vidas, conservados, con suerte, en algún archivo, en una caja de zapatos, en un armario en la casa de la abuela y nos importa poco respirar hongos añejados en papel apolillado de siglos atrás con tal de saber más y más. Como si fuéramos una criatura fantástica que no puede vivir sin absorber las vidas de otros. Somos expertos amateurs en bichos que habitan en el papel, que lo engullen con propósitos distintos a los nuestros.

Bueno, va, no puedo hablar por mis demás colegas pero en mi caso en verdad fue así... durante un largo tiempo.

Una vez que hice las pases con mi pasado (hace poco tiempo, en realidad), me propuse mirar hacia adelante. ¿Y qué encontré entonces?... bueno, una pandemia. Los roaring 20s no me recibieron con jazz, flappers y excesos como yo esperaba... nos quedamos en la etapa de la Gripe Española, caray, y parece que nos saltamos hasta la crisis del 29 en un abrir y cerrar de ojos. Pero basta de analogías históricas de muy baja calidad. El chiste es que no puedo decir que todas estas palabras sean una queja. Más bien, me parece extraño mi estado mental actual... simplemente porque, raramente, la mayoría del tiempo me encuentro en paz, tranquila, a pesar de que el mundo parece estar vuelto de cabeza a mi alrededor.

¿Acaso es egoísta?

Porque me levanto por las mañanas.

Desayuno y mi única preocupación es que se está acabando la leche con sabor fresa y demasiado azúcar como para considerarse saludable.

Doy mis clases... una aventura que no resulta igual todos los días. Es una montaña rusa (he repetido esa analogía de tres pesos hasta el cansancio y no solo la aplico a mis clases sino a muchos otros aspectos más de esta vida post-covid), donde hay días en los que estás en la cima y todo es tocar el cielo, y días en los que nada más estás tocando el fondo de la curva a toda velocidad.

Pienso en lo que haré cuando “volvamos” a la escuela de forma presencial, si es que alguna vez lo haremos porque quisiera vivir esa experiencia, tan diferente a lo virtual... si a veces me agobian mis propios nervios aunque sean clases virtuales, entonces, ¿cómo serán cuando me pare frente a un poco más de veinte pares de ojos en medio de un salón de clases?

Hago mi ejercicio porque tal vez me he vuelto adicta a las endorfinas y me agobia ya no recordar cómo bracear estilo mariposa cuando pueda volver a nadar... A veces hasta pienso que me estoy secando, como un pez fuera del agua.

Dibujo, escribo... escribo, dibujo. Acaso llego a leer un poco. Quisiera tener 15 años otra vez y leer tres libros a la semana pero debo admitir que ya no me concentro como solía hacerlo.

Una amiga mía nos comparte links cuestionables de Zoom para que podamos conversar vía remota, extrañando los momentos en los que podíamos hacerlo de cerca, no con la "Susana Distancia" y el espionaje digital tan descarado de por medio. Es extraño pensar que no he visto a mis amigos en todo un año.

Juego con mis gatos, les tomo fotos... la mitad de mi tarjeta de memoria está llena de fotos de ellos. La otra mitad, de los paisajes que están al alcance de mi azotea: la luna llena como ninguna otra, irrepetible en un millón de años en una noche clara. Las montañas que rodean mi casa, en un buen día se alcanzan a ver los volcanes que enmarcan esta gran ciudad que alguna vez, hace tiempo, fue un interminable valle. Las torres de la iglesia un poco más arriba de este gran cerro sureño que llamo y considero mi hogar. Los papalotes que vuelan los vecinos desde sus propias azoteas. Las flores y los adornos en el árbol de mi vecina, la que tiene acceso al jardín. Una foto por aquí de mi mamá mientras cose y cose, mientras pinta y pinta, y otra por allá de mi hermano recostado en el sillón jugando videojuegos, tomando clase o platicando con su novia vía remota. A veces me siento como una nada sutil espía de las vidas cotidianas a mi alrededor. Dale con esa obsesión por documentarlo todo.

Vuelvo a dibujar, escribir... escribir, dibujar. Veo películas y series que sé que me harán sentir bien, no me atrevo a descubrir algo nuevo en el catálogo aún a pesar de que recibo

buenas recomendaciones (he visto y repasado el único capítulo de Black Mirror con un supuesto final feliz con una necesidad imperiosa por millonésima vez; además, agradezco que pasen La Momia [1999] (una y otra vez en la programación de la televisión por cable).

Cuando llega la noche, sólo me voy a la cama y ya, parece que todo será igual al día siguiente. A veces me siento como Bill Murray en El Día de la Marmota. Todo esto se desarrolla en el marco de las funciones y tareas básicas: comer, dormir, bañarse, ir al baño, volver a comer, lavar los platos, barrer la casa, lavar la ropa, comer... y así sucesivamente y no necesariamente en ese orden.

Si esto hubiera pasado hace tres años y medio (casi cuatro), me habría alegrado estar en esta situación pandémica. Habría celebrado el fin del mundo que muchos parecen encontrar en esta situación. Y no tengo reparos en aceptarlo ahora. Así de caótico es mi pasado. Porque sí, así fue. Así es el pasado. Mi pasado. Eso no me hace mejor ni peor persona pero creo que aceptarlo me ha ayudado a seguir adelante. Virginia Woolf aseguraba que el pasado es hermoso porque una nunca se da cuenta de una emoción relacionada a él, en ese momento pasado sino que esa emoción se expande después y por ello no tenemos emociones completas acerca del presente, sólo del pasado.

Esa noción de “seguir adelante” es la que me asombra un poco. Por más lejano que se encuentre ese “después”, quisiera alcanzarlo. Quiero llegar a él porque siento que el tiempo se me ha resbalado de las manos, porque perdí demasiado de él en el camino y en el “hubiera”. No lo llamaría un desperdicio de tiempo como tal, sólo... se me ha ido poco a poco, la vida es demasiado corta, bla bla bla y ya no deseo que siga siendo así. En mi cabeza tenía más sentido toda esta idea.

No quiero fundar un club de “Únete a los optimistas”, ni mucho menos empezar un club de “Vibrando alto” con Bárbara de Regil o algún otro infumable life coach/influencer de aquellos que pululan en Instagram. Tal vez quiero ver una vida que no tuve antes y aún puedo encontrar en ese, por ahora lejano, “después”. Después de que pase esta emergencia. Cuando pienso que esto pasará, lo creo. Pasará y con suerte seremos mejores de lo que fuimos antes. Ojalá. Me decepciono algunas veces por las noticias que llegan a mis oídos pero lo vuelvo a creer al día siguiente. Es tan extraño. Quisiera encontrar las palabras adecuadas para poder explicar esta sensación que habita dentro de mí desde hace un año.

Y es que tampoco puedo negar la ansiedad que me provoca a veces leer o recibir esas noticias, abrir las redes sociales que tan “indispensables” se han vuelto en nuestra vida de siglo XXI y encontrar cómo algunos de mis contactos comparten noticias falsas y alarmistas, creadoras de pánico estúpido e innecesario... teorías de conspiración que dejan al alunizaje y al Área 51, a Pie Grande y EL monstruo del Lago Ness, en pañales. Me provocan también las incomprensibles ganas de algunas personas que comparten el mismo privilegio mío, de quedarse en casa pero que prefieren guiarse por su egoísmo y narcisismo... Me provoca ansiedad que a veces ya no aguanto estar aquí confinada con mi papá porque es muy necio. Me provoca ansiedad el orden mundial que ha demostrado estar tan podrido, rebasado e incapaz de sostener esta situación. Me provoca ansiedad mi propio privilegio, pensar en esa misma ansiedad que tengo, provocada por las razones que acabo de enlistar, cuando existen personas que no se ven beneficiadas por las mismas circunstancias que las mías. Toda esta ansiedad se convierte en un círculo vicioso de ansiedad, del mismo modo y del sentido contrario y no tiene fin y es un hoyo negro horrendo y sin fin. Pero más que nada

me provoca ansiedad el temor... el que a veces soy incapaz de reprimir, el que está ahí cada vez que pienso que podría no haber un “después”. Pero me convengo a mí misma de que sí lo habrá porque es lo único que me queda.

Aunque en medio de esa maldita ansiedad y las malas noticias con las que inició este año (2021), me regocijo al ver que aún existen cosas buenas. No sé. Tengo amigas que encontraron el amor en medio de esta pandemia, honestamente no sé cómo lo lograron pero lo hicieron. Me parece increíble. Creo que ellas son el mejor ejemplo de cómo se ha redefinido el “salir” y relacionarse con alguien en medio de este contexto tan caótico, sin pies ni cabeza. ¿La llamada “nueva normalidad”, tal vez? La verdad siento envidia de ellas. Yo solo le hablo a mis gatos.

Hay videos de gatitos haciendo diabluras y el perro de una de mis amigas la acompañan durante sus clases virtuales. Hay personas que encontraron nuevas oportunidades laborales a pesar de la economía vapuleada de esta época pandémica. Hay noticias que llegan del otro lado del mundo de una persona octogenaria que ha vencido este bicho horrendo e incomprensible. Hay una estrella solitaria que aun brilla en medio de este gran cielo contaminado por la luminosidad que emite esta monstruosidad de ciudad... la observo todas las noches desde la ventana de la sala antes de dormir. Podrían parecer los consuelos más patéticos que existen pero son los únicos que tengo y prefiero aferrarme a ellos que dejarme azorar por esta ola de miseria humana que surgió a partir de esta pandemia.

Al menos, puedo decir que, por mi parte, no pienso irme de este plano existencial con el recuerdo de relaciones pasadas, tan pocas pero tan determinantes en lo patéticas que resultaron... Maya Angelou decía que había que tener suficiente valor para volver a confiar en el amor una vez más... y

siempre una vez más. Si una persona como ella, quien sufrió tanto a lo largo de su vida, es capaz de decir algo así y de que es posible, sólo me queda confiar en sus palabras.

No me iré de aquí sin ver ese cielo estrellado, verdaderamente estrellado, que sé que existe en algún recóndito lugar de este vasto mundo. No me iré de aquí sin cruzar el charco Pacífico... o tal vez el charco Atlántico, donde me lleve la probabilidad y una invisible brújula. Solo he recorrido nuestro extenso continente americano de pies a cabeza y aún me faltan algunas partes del medio. No me iré de aquí sin terminar la larga lista de libros que aún tengo por escribir, esas historias que tengo taladradas en mi mente y que persiguen hasta en mis sueños. No me iré de aquí ahora que tengo un trabajo que no pensé que me gustara tanto. No me iré de aquí sin las aurores boreales y el azul de un mar distinto. No me iré de aquí sin cumplir la promesa de recorrer ese Camino de Santiago, aunque yo no sea más que una creyente de su propia sombra. No me iré de aquí tan fácilmente, seré aferrada y necia... tal vez, pero estas promesas son lo único que existe en medio de tanta incertidumbre. Creo que algo tengo en común con mis antiguos alumnos, yo también quiero volver a la normalidad: Una normalidad que no conozco pero que aún quiero encontrar.

El confinamiento, la epidemia y la academia

Carlos Franco Velasco

Exalumno

Hace años leí ciencia ficción, hoy la realidad la supera.

Este es el testimonio de un niño hecho hombre, remitido a un tiempo sin tiempo que sincroniza todos los relojes de lo intangible, lo que no existe se reproduce en la pantalla del ordenador, un estilo de trabajo docente forzado sin pena ni gloria, no hay delito a perseguir, una soledad que no ocurre si me inyecto la venoclisis de la educación a distancia. Si soy analógico como fue mi padre o mi abuelo de aquel cada vez más lejano siglo XX, soy anticuado, si navego en internet en el siglo XXI soy maravillosamente normal. ¿Los cursos y las clases que veo y escucho no existen? Porque nadie ha llegado a verme. ¿Cómo es esto? ¿Puedo conectarme con la polifonía del viento, zoom, sonido entonado de palabra inglesa que en español significa enfocar? En 1970, cuando era un niño y contaba con apenas ocho años jugué con niñas bellas y compañeros de canicas en un patio grande y frondoso de la escuela allá en Mixcoac, el viento de “a de veras” refrescaba mi rostro ante cielos azules y un árbol gigantesco. Y los profesores sonreían ante las calificaciones de mi buen desempeño escolar.

Cincuenta años después, todo aquello se simula muy bien y se certifica como “la realidad”. Se integran alumnos con sus docentes en aulas virtuales, imágenes interactivas con recuadros, tareas, foros y vídeos.

Por mi parte, yo no tengo problema con mi computadora, porque tiene antivirus, pero mi ser analógico en este momento sí lo tiene porque... Hay un virus rondando, he escuchado y comprobado que no afecta a las máquinas, pero... anda a la caza de las mujeres y los hombres. El virus no informático me recuerda mi naturaleza analógica que creí perdida en el siglo XX y busco escapar a ella, vivir en un exilio obligado, estar confinado para evitar contagiarme, busco huir, declararle el amor a mi computadora, conectarme, como quien se siente protegido por una novia protectora, “llévame dentro de tu red social”, “convírteme en tu software”, “bésame en el chat”, pero ella no contesta, me ha defraudado, es sólo una máquina conectada con otras con un fin instrumental. Por más que lo he deseado, no he podido introducirme y esconderme en el ordenador. No he podido deshacer mi ser corporal. Me espabilo. Preguntan los alumnos si es todo por hoy en esta clase virtual y les decimos los docentes que sí.

En estos meses, en estos días, avanzaron todos los cursos y diplomados en línea, en ellos imitamos muy bien quienes fuimos, quienes no somos y quienes queremos volver a ser, y aunque nada de esto es lo que seamos hoy analógicamente en lo absoluto, informaremos haber alcanzado los objetivos de aprendizaje.

Esta noche tendré una pesadilla: Soñaré con el rostro amable de aquel bondadoso profesor de mi antigua primaria en Mixcoac que me sonreía por mis buenas calificaciones, mientras resonará en mi mente la inteligencia artificial de un fraude cibernético, de aquel que no tuvo en sus redes, el programa para protegerme de este extraño virus anacrónico aparecido del pasado.



Ivana García Salomón 1020

TEXTOS INGLÉS

SECUNDARIA

And the before

Yatziry Salinas Soto

In the heart goes the soul

Camila Martínez Villalobos

The pandemic from the window

Miranda Acosta Flamenco

My pandemic

Santiago Castaños Juárez

And the before

Yatziry Salinas Soto

Secundaria 2 D

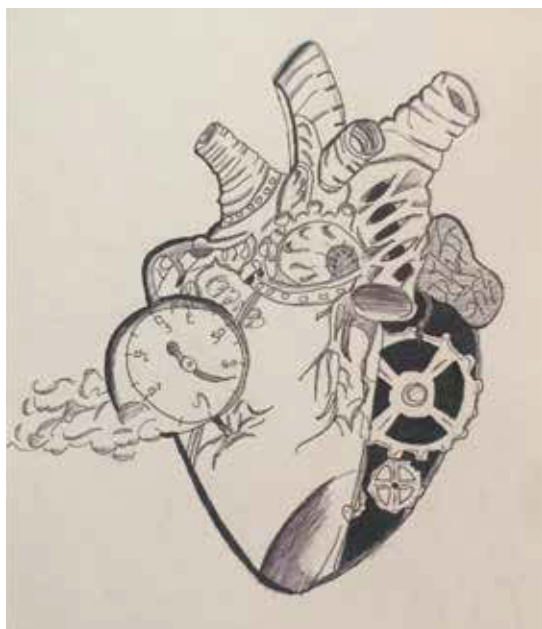
I remember a lot of those days,
from when life was something else,
from when life was twice as beautiful,
and if it passed through the eyes of the people you love
and suddenly someone arrives,
someone who comes into your life to talk about magic
every day and smiles at you remembering
those beautiful moments, those moments
with those beautiful hugs.

In the heart goes the soul

Camila Martínez Villalobos

Secundaria 2 A

From my home, my heart rests in my bedroom with a reason
to not let my sound mind escape
and the reason to be in me.



Brenda Galván Castellanos 1020

The pandemic from the window

Miranda Acosta Flamenco

Secundaria 3 E

Half of March had passed when Paula received, from her parents, the news about the lockdown due to the new virus. At first, she didn't know how to feel about it, a lot of things would supposedly change and they did, but it didn't feel as bad as she thought it would: she no longer went to school so she didn't have to wake up early nor sit down more than 7 hours every day for her classes, neither she had to stand the sun during recess or in the car, she felt sort of happy, to the point where she didn't want it to end.

The days passed and things hadn't changed much, no one went out, no one came in, and Paula was still pretty happy with the situation. "I am living my best life," she thought.

Paula found herself taking a little nap, when she heard a loud noise from outside. It was an ambulance siren. She was clueless about what had happened and part of her wanted to remain that way, she was scared but she continued to stare at the window, trembling. It seemed to be for her neighbor, Victor, a grown man who had been working outside lately since his job required him to do so. Paula's fear continued to grow and it didn't stop that day, nor the next, nor the days after. It had been two whole weeks when she heard news from their neighbours: Victor's wife had also been tested positive for Covid-19, although she was asymptomatic. And his daughter tested negative for it. Paula didn't feel any better with that

news, she still felt troubled from the event, even if she didn't want to, she could only think about the worst possible outcome; sleep stopped coming as easy as it did before and she'd find herself with tears in her eyes every now and then.

She knew the situation was serious, she'd always known that, there was no doubt, but now, it felt a lot closer. She expected to stay away from the whole thing but things didn't go as planned and now it was like this. She felt guilty and restless, "how could I have ever wanted this to continue?", she thought, "how could I've been so selfish". She now wanted everything to end.

Victor came back after three weeks had passed since he was taken to the hospital in the ambulance. Paula saw him getting out of a car and entering his house. She felt relieved to see him okay again, but it's not like her feelings vanished from one second to another. At night she stayed awake, thinking. She wanted to feel happy that everything had ended alright, and she certainly wanted to feel happy about her family being healthy. In fact, she was indeed happy, but she was afraid of that happiness going away. But she soon realised that she should value every moment, as long as she could. She wanted to value the possibility of being alive and make the most of it every day, and decided to do so, no matter how hard it was.

My pandemic

Santiago Castañares Juárez

Secundaria 3 C

Once upon a time there was a little boy named Santiago, this boy liked to write stories and play the guitar. But above all, his favorite activity was spending time with his friends, but he never imagined what would happen.

One day he came to school with the intention of spending time with his friends but not everything was happiness, since his teacher informed the class that the next day there would be no classes.

—Why?— Santiago asked. The teacher answered that there was a severe illness and that everyone would be at home for a day, but one day changed to a week, and then to a month, and after that to four months.

Santiago was sad because not seeing his friends for so long was affecting him. One day he began to think of a way to see his friends and find out how they were, after thinking a lot he came up with an incredible idea. He was going to draw a poster where he said how he had felt, what had been his favorite story in the confinement, his favorite cartoon and a small poem where he would express the feeling he had and he called it “My pandemic experience”. He asked his mother to help him share it with all the children at his school. It went viral quickly. Other children started sending photos with the title “My pandemic experience”.

This way the little boy Santiago could see how his friends were, and now he knows how they feel.



Jordi Barriga Elías 1040

BACHILLERATO

Fear

Valentina Pino Soto

Lola

Valentina Pino Soto

Clara 1962

Diana Fernanda de la O Mejía

Orange juice

Fernanda Adelheid Huerta Urrea

Through the window

Laura Nayeli Vega Mateos

Loving a faerie

Elisa Morales Pérez-Vargas

Until we meet again

Elisa Morales Pérez-Vargas

The day you took her

Aldo Guzmán Lelis

Alone

Lucía Martínez López

Falling or living

Adela von Bülow Peyret

What is the night

Adela von Bülow Peyret

The awaiting maid in the rose garden

Adela von Bülow Peyret

Fear

Valentina Pino Soto

Bachillerato 2050

I am sitting in a park, I am alone, quiet, I like it. I'm watching the trees, hearing the birds. But suddenly I turn and I see it, I see how it comes closer and I sink in my own fear.



Arantza Obregón Gaytán 1030

Lola

Valentina Pino Soto

Bachillerato 2050

This day I ran into Lola at the stairs, she was in a hurry. It caught my attention that she was barefoot but I didn't say anything. When I passed through her apartment, I noticed the door was open and just saw there were many shoes thrown away all over the place.

Later, I realised that after a long time without seeing her, Lola goes to Maia's home, Lola is indecisive and Maia likes her feet.

Clara 1962

Diana Fernanda de la O Mejía

Bachillerato OP. D

In 1962, a beautiful story began. A woman named Clara would have a party to celebrate her birthday. From the closest towns, a lot of people left to go to the party. Many bands and important people would get together to dance for that one night.

Ever since she was a little girl, Elias was the boy prince who was in love with her. That night, he tried to do his best in order to be there for her. His perfect excuse was that his band would be playing at the party.

When he arrived, Clara didn't remember him. He couldn't help not seeing her all night. Suddenly, she was in front of him and he asked her to dance. As if a light had gone on, she remembered him and all of the great moments that they had spent together.

Elias? She asked.

Yes, Clara? He asked with a beaming smile on his face.

They were the perfect couple that night. Something special took place in the middle of the dance floor. Everyone was surprised. The chemistry between the couple was visible.

The next day, he knocked on her window and asked her to elope with him.

From that moment forward, the prince and the princess lived happily ever after and I like to call them my grandfather and grandmother.

This is the most beautiful story to me with a bit of magic, of course.

Orange Juice

Fernanda Adelheid Huerta Urrea

Bachillerato 6030

Being the new one in the force wasn't as he expected, but to be honest, Edward's expectations weren't much as he had fantasied. His fantasies included a partner who was an old grumpy and fair man. Plated in the police force with a long legacy of a successful and brave policeman.

He realised his musings were simply child dreams when detective Deakin entered the room and approached him with an unfriendly expression and a sarcastic matching voice tone —This is not a runway, people!— She said out loud to the officers in the room who chuckled at Edward's scared face. —If you don't wanna be sent to keep guard to the mall, I recommend you, newbie, get your pretty face out of my sight and go to the meeting room at midday.— She smacked some papers and folders to Edward's chest and before entering her office, said without looking back -Are you gonna stand up there looking cute?— Edward looked at her back wordlessly —Go and leave that to Judith. Oh, and I want a coffee, two of sugar, no cream-.

The door closed abruptly and made Edward walk on his way to Judith. But before he asked for more information, more coffee orders from his coworkers came across. After various investigations and countless cups of coffee, Edward found out who Judith was — She was the lovely attendant old lady from the evidence store, or that's what the maintenance man said.

On his journey to the 3rd floor, he took a look at the folders and laughed when he read about a thief called the juicy

man. According to the notes from the police in charge, the identity of the thief was unknown. — They had a hair, but it turned out to be a cat's hair. He was charged with a sentence of six months in prison and psychiatric evaluation for property damage and stealing oranges — Edward shrugged.

—Five assaults in the last two months around the area—murmured to himself. —At least it wasn't as creepy as I thought it would, with a nickname like that... You don't know what to expect.— he said a little bit louder.

—What are you saying, dear?— He looked upwards and noticed he had already arrived at what seemed to be the evidence store.

There was a big grid with shelves and boxes inside and a high brown desk with an old shaky lady behind him. The grown woman had big green glasses and lots of rose lipstick. She looked at him with those insect-like eyes.

—I wasn't— He said lightly. Then cleared his throat ashamed of being trapped talking to himself. Edward started talking again with more confidence in his voice. —Detective Deakin told me to leave these documents with Judith.—

—I am her!— said slowly and then looked at him over her glasses. —So, you are the newbie?— If Edward was feeling renewed energies, Judith's comment crashed what was left from his spirit.

—I suppose I am! — He looked down with a cheerless expression.

Judith came out of the desk with the documents in one hand and the other. She made a shaky movement to make him follow her. The lattice door opened with a heavy noise. At first sight, it looked like a typical room but looking closer would notice all kinds of things, from dentures to children's toys, mysterious brown packages and black bags.

—You'll have to come down here with frequency because

you are new here. Consider yourself a postman between me and the detective—. She walked slowly while kept talking, but Edward wasn't hearing a word, he knew it was important, but his low spirits won. —Hey, Kiddo! —

Suddenly, the insect-like eyes were almost in front of his face. A cigarette smell coming from the old lady intensified when the raw-boned hand landed on Edward's shoulder. She pulled him closer and downer.

—You have to learn in life things don't come that easy, if it was, success wouldn't be as special as it is. So, change that abandoned puppy expression and if life does not give you lemons, go to the supermarket, get some oranges and make juice.— She loosened her drip on Edward's shoulder, took a step backwards and bent on her knees to start activating. — Just as he did— and pointed to Juicy's man folder. They kept in silence the rest of the time until they were on the way to the exit. —You seem smart, kid. Don't waste an opportunity when you see it.—

Those were the last words of the old lady as a manner of goodbye. It would be a lie if we say those words didn't leave Edward thoughtful the next weeks.

It was Thursday when Detective Deakin asked half of the police officers to attend a quick reunion in the meeting room, where Edward was also included.

—Cox, sit down! — This was the kindest voice tone he heard from her and, apparently, he wasn't the only one surprised. —As you should know, the mayor's mom has a little market.— —She turned the board behind them with information about the Juicy man case. —We all know he or she does not represent any danger, however, the mayor is on my back to apprehend this criminal so his mom is calm.— She finished while rolling her eyes and massaging her nose bridge with the fingers. —So, we'll patrol the perimeter and I'll assign your

partners for those who don't have one. That's all, gentleman-

Edward felt that it was the opportunity he was waiting for. He could apprehend the Juicy man and get recognition. It turned out his partner was Benson, a fat but really sympathetic guy newer than he was in the department. Edward tried his best to be alert to every suspicious movement in the area they were assigned to. But it was more than complicated with a partner who seemed to be more excited about sleeping at work than doing their actual duty.

It was dawn when Edward woke up because of his partner's snoring; frustrated once again with Benson. He tried to wake him up. After trying for about 5 minutes, he decided it was a lost cause, so he went out of the car and leaned in the patrol hood to take a breath. Edward was about to enter the patrol when he saw a tiny silhouette getting into an unfinished building. —Come on, Benson!— Edward patted noisily on the patrol's hood —I think I got him!—

The excitement from the moment didn't allow Edward to wait for his partner, so he entered by himself.

It smelled like dust and a trace of oranges. He kept his way following the fresh orange smell. It was until the last floor when he heard powerful meows coming from a room and he knew he got it. Edward could almost hear Detective Deakin congratulating him for such a good job.

He decided to take a look in between woods from a half-built wall. At the same time, the meows stopped. The newbie could have a clear view of the Juicy man, but more of a man it was a young man. Probably, younger than Edward with dirty and baggy clothes. It was so thin and could be confused with a teenager. His hair was light brown. It had an orange in his hand and with the head down. Edward was about to make a presence when he noticed a tiny mottled cat at Juicy's man feet. The cat was drinking a plate of what seemed to be water.

—Hey, I'm glad you liked it. Just in time as I promised.—
Heard Edward from Juicy man while it sat awkwardly down on the floor. —I'm not sure if I can keep taking these oranges for you.— The cat approached the young man and let itself drop at Juicy's man legs. —But you like them so much and I don't wanna take that away from you.— The juicy man hugged the cat and Edward felt himself almost as an intruder for watching such an intimate moment. —Me, William, I promise to you that I'll get a job so I won't need to steal again,— A kiss was heard —and I promise I'll get you a warm bed and a big house.—

At that moment, Edward understood that the cat was the opportunity for Juicy man to be better and he couldn't take that from William.

—At the end, Judith was right.— said Edward to himself with a smile of surprise while going downstairs.

It wasn't until a week later when Detective Deakin closed the case because of the foolish situation. —It is a resource waste— heard Edward once when she was on the phone and once again. —It would be a lie if we say he wasn't happy.—

Time passed, it is not crucial to say exactly how many but one day, with some bags of chips between his arms and some drinks being grabbed, Edward was waiting for the cashier at a convenience store. It seemed to be a distracted student because of the disaster of books over the store counter.

—I'm sorry for the wait. Anything else?— A blue-eyed guy with brown light hair looked at the astonished man in front of him with a smile.

—That's all— Answered a shocked Edward.

—Thank you and come back soon— Edward walked out of the store not believing what had just happened but at the same time, happy for Juicy man.

Through the window

Laura Nayeli Vega Mateos

Bachillerato 6013

I'm here. Running through a green grassy field and among some beautiful wild flowers. The wind is hitting my face and the warmth of the sun is making me feel alive again. I haven't had that feeling for so long. Suddenly in the distance, I heard something. Very soft and low, Olivia. It was like an echo saying my name, 'Olivia'. When I turned around to look for the sound, there was no one. 'Olivia' I heard it again, but no one was there. I turned around so fast and fell down. My head struck the ground and everything went black.

It was me.

Staring into my loneliness at the ceiling in my bedroom.

The next day, I tried to wake up late but my mother came into my room furious —I've been calling you for over 30 minutes! It's almost noon and you're still sleeping!— —Nothing better to do on these lazy days, mom. Can't go anywhere and I can't see my friends— I said to her. My mother looked at me as if she wanted to say something that would cheer me up, but she only turned around and slammed the door.

I have to admit that what she was saying was true. Although we have been in lockdown for more than six months and I have nothing else to do. Just sleep, look at my phone and eat all day long. There are also some days where I don't want to get up. Today is one of those days. I am not hungry or thirsty, and my mom wants to see me doing busy work but that doesn't make me feel any better.

When I decided to go downstairs, I got dressed while I was listening to some instrumental guitar. I stood in front of the window and then, he was there. Just playing his guitar. We haven't met yet and I can say that, I hate him. A few days before the quarantine, he and his family moved in next to us. So, there was no time to introduce ourselves. His bedroom window is in front of mine, so I can see or hear what he does unless of course, we close our curtains. Since the lockdown started, it's annoying to see him. He is always doing something, such as exercising, drawing, playing his guitar and singing, not very well. I can even say that a few times, I have seen him dancing as if he had a reason to be happy or doing something instead of being bothered. He seems to enjoy it and I would like to have his attitude.

When I finally went downstairs, my mom was cooking and asked for some help. It might be a good idea to do something else than just looking at my phone all day long, so I decided to do it. As soon as we finished eating, my parents wanted to watch a movie. Me? I went upstairs and slept.

When I was in my room, I realized that my dad had opened the curtains. My neighbor was standing in front of his window, looking to my room. I thought he was looking at the sky or maybe I really wanted to believe that. Suddenly, I closed the curtains but my neighbor saw my movement and smiled in a friendly tender way. That was the first time we had eye contact and it was unbelievable to me. Surprised and even annoyed, I waved back cautiously and closed my curtain.

The next day, I woke up after having heard a weird noise. I opened my window and found him moving a bookshelf or some piece of furniture. The boy saw me and waved at me again. I just smiled or tried to do the same. Momentarily, I didn't feel in the mood for anything either, besides being tired. I didn't want breakfast, just wanted to lie down on my bed—I thought.

I didn't want to do anything with my parents. When I was hungry, I used to make a sandwich and head back to my room. But, he was there again. Behind his window. Suddenly, he waved his hand like he was trying to tell me something but I didn't understand what he was doing and it also was annoying. I turned around when he took out a sheet of paper and put it in front of the window. A big 'Hello!' was written on it and on the back of the page it said: 'My name is Marco'. He was looking at me with a special light on his face and was waiting for a reaction or me to say something.

Immediately, I took a page from one of my old school notebooks and a marker that was hardly useful, and I wrote 'Olivia'. The boy smiled happily now knowing my name. He started to write something else but I had closed the curtain, lied down on the bed and before I knew it, I fell asleep.

The next morning, no one woke me up. The day started well because I woke up early. I dressed and went down for breakfast which I did not usually do. I don't know what happened but... I was thinking about Marco. We have been neighbors for six months and neither of our families had shown any interest in meeting each other. From one day to the next, he just decided to know my name and more facts about me? He didn't seem to need anyone as he kept himself entertained or spent his time wisely.

That day I did not feel tired. I must admit what happened with Marco made me feel a little bit curious and even took me out of my daily routine. That afternoon he was in his room but he seemed to be not doing anything. So, I took my notebook, my marker and wrote: 'How weird is it seeing you doing nothing'. Then, I put the notebook in front of the window and after a few seconds, he stood up, read the page, smiled a little, took out his notebook too, and wrote: 'How weird is it to see you not wearing pajamas.' I didn't know what to say about that, because that meant he used to spy on me. I didn't com-

plain about it because I used to do it, too. His comment made me get angry because it was the same typical thing that my parents used to tell me. But, this time it was kind of funny hearing it from him. I just giggled a little bit.

‘How nice it is to see you smiling’, he wrote. I didn’t know how to react to that, it made me blush and so I decided to wave and close the curtains ending our paper conversation.

Days went by, with an occasional page from Marco, which became a way of passing the time and a way of having a silly chat in our own peculiar style.

Some days, I would get up a little early but I couldn’t see or hear him. His curtains were closed all day long. That was something that normally never happened. A few days later, he finally opened his curtains again and I saw him. I asked him why he hadn’t shown up and when he read the message he laughed instead of answering my question. I thought that maybe he preferred not to talk about personal problems in order to talk about things that he enjoyed, like his favorite movies and stuff.

Then, Marco wrote a few numbers on the paper. —Is he giving me his mobile number? Why would he do that? Should I text him?— I thought. After a few minutes on thinking about what was happening, I decided to write him a Whatsapp message. —‘Hi, this is Olivia. I was waiting to hear from you and now I can text you. I didn’t know anything about you.— Then he wrote —I didn’t think you wanted to know me.— I thought how weird it was to text him but I must admit that I really enjoyed it.

We texted all night long and since that day, almost every day. It was very funny because he always had something interesting to tell me and sometimes, he used to show me his drawings through the window.

My parents began to realise that I was much more cheerful so I couldn’t not tell them about Marco. I felt good and even happy and it was all thanks to him. Over time, I got to know him more and more and I realised that he suffered from

the lockdown too because he was living only with his father. His sister and his mother were in another country and he couldn't visit them. He told me everything that he had done and all of it was to distract him but it was so tiring for him, too. That surprised me because I had always seen him happy and after having thought about it, it made sense: we were going through the same thing, whether we wanted to or not.

After a few weeks, Marco texted me with some happy news! —His mother and sister would be here the next week. I also was quite excited about it. —This pandemic was almost over or close to it!— I thought.

When they arrived, Marco happily texted me. He said that he had told his family about me and they invited me to dinner with my parents at his house. I told them and they accepted the invitation for that night.

I was very nervous because I had never seen him in person and had never heard his voice. We arrived at his house, he opened the door and the first thing I noticed was that he was taller than I had thought. He greeted us in a calm tender voice and invited us into his home. It was an enjoyable night. We had dinner and spoke of our pandemic experiences with his parents. I loved that moment. Since that day, Marco and I have been inseparable, first friends and now, why not a couple?

I am in touch with Marco each and every day. We talk about how our days might be when we get back to normality. We would like to go out every day and we also planned to go to Spain together and study university there.

Thanks to Marco, I have realised that things are not always completely bad and you can always see the bright side of life.

Loving a faerie

Elisa Morales Pérez-Vargas

Bachillerato 4030

Running maiden
Sitting on the window sill
inside of a cottage in the middle of the forest,
rain pouring and taking sips of hot cocoa.
I watch her run across the field,
no care in the world and her heart on her sleeve,
I wonder if she'll ever come close to see me
or would she run past like every other time;
whether she does it or not,
I'll wait for her
until the last of dawn.

Starry eyes
I ran past it in a hurry,
losing myself in the deep green
and the cold morning,
my feet are bare and dirty,
white gown that drifts along the wind.

I feel a staring gaze
pressing against my neck,
but there's no threat,
just kind eyes
and a steamy mug.

I keep going,
despite the invitation
and intriguing temptation
only because,
I want her to keep looking.

Velvet cloak
There she goes again
running into the misty forest,
velvet green cloak flowing behind,
I watch her twirl and dance
between trees
and mushroom rings.

I catch a glimpse of her smile,
and I burst into butterflies
leading me to her,
she sees me and winks,
I burn in place,
she laughs and cools me down with a kiss.

Beautiful idea
I was made of stardust and chocolate,
a pessimistic faerie,

drinking hot cocoa of intuitions,
yellow sunflowers
and sweet late nights;
and she was sunshine honey
and an optimistic elven maiden,
a coffee for experience,
and pink daisies
for savoury early mornings.

I was one for misty morning forest
and she of warm evenings besides the fire.
As opposite and equal
as sunrise and sunset are.
Dancing under thunderstorms
or sleeping beneath a clear night,
she would walk alone on the beach
along a seaside city,
and I go to balls
in the busiest city.

But we knew we were a beautiful idea,
despite their ideals and ruling norms,
so we took our love to war.

Battlefield of love
This fight is going to be the end for us,
but once again we take to the forest,
and begin the bloody ball.

Our tale is of chasing in circles,
laughing in rain
and hugs in the dark.

Foes and friends
will try to tear us apart,
and bards will sing our waltz,
they'll play it in every bar,
telling our love will face the war.

Our blades dance and clash,
as we fight back to back
and face to face,
for our unstoppable force
and burning rage.

Hear the lesson
and know our truth,
for we love,
'till death see us doomed.

Until we meet again

Elisa Morales Pérez-Vargas

Bachillerato 4030

Hello, my darling.

It's been a month since we lost the war against the humans, most of us are on the run or got into hiding; they haven't had any mercy with our kind, they butchered all the towns, burning everything to the ground, at this pace I'm afraid we're going to lose all we've ever known.

It's been also a month since I lost you on the battlefield, and I'm so sorry I couldn't get to you in time. The moment I spotted you, he had thrust his spear through your stomach; never in my life, I believed my heart could rip in such a painful way, I couldn't even say 'I love you' one last time. I cried and howled like never before, the rest of the party had to drag me out of there with you laying still in my arms. I carried you to the healer even though I already knew the truth, you were dead.

We lost the next fight, and the next one, and the next one after that, it went on like that until the Great Slaughter happened. We never recovered from the battle that brought you down, we failed to replace your strategist position. You were our best asset, our secret weapon, and my very reason to win the war.

A few days ago I sought out a war-cleric, she told me that there was no way to get you back right now and the only thing

left for me to do was waiting for your soul to be reborn, she told me it could pass millennia before I could get you back, but I'll wait, it doesn't matter if I'm thousands of years old, I'll get to hold you, kiss you and see you again. I swear it upon the dead gods and our lost friends.

I already miss you so badly and I swear that every passing moment when I can't see your face, hear your wonderful laugh or beautiful singing will be miserable. I mourn our friends who perished with you, and won't be able to keep me company in this sorrowful adventure.

I'll look for you at every corner of the world, flip every rock upside down, dig every pit, wipe every forest and sail all the seas, and repeat the process until I find you.

I'll see you again. Until the day I get you back, my love.

Aderthedir

The day you took her

Aldo Guzmán Lelis

Bachillerato 6040

Hours are counted,
Her deterioration is progressing more and more,
but I'm still hopeful.

Is this going to stop?
I'm trying to mentalize,
but I can't see it.
It's unfortunate how she walks,
It came the day of her last goodbye,
hopes are gone.

The road is hell,
Don't make me let go of her, I beg you!
Do you want to take away my only refuge and salvation
from the storm?

Her destiny is coming,
A drug invades her,
I'm not doing anything.
I'm thankful.

I'm sorry for her last heartbeat,
followed by the announcement of her departure,
My embrace persists,
minutes after her final breath.
Her body bathed in tears and she is leaving my arms.
I see her walking away wrapped in her blanket.
I can't explain how much pain,
I refuse.

Let me still feel her silken hair!
Don't take his candid smell!
I want to believe she's still here,
She has years to live.
-Seat-
It is clear to me that life is not fair, much less patient.
I just hope to see you again.

Alone

Lucía Martínez López

Bachillerato 6030

It's so interesting how your life can change in a minute and that you can't believe it. There isn't a warning for you. When you realise, it's already done. Then you just have to accept it and live with it. Just keep putting one foot in front of the other.

I still remember going to school, seeing my friends every day and sometimes weekends too, hugging them, laughing together, eating and gossiping about everything. We used to listen to music, go to parties, hang out, doing everything that a teenager, like us, would do. Until one day everything changed.

It was a regular day. I woke up, took a shower, got ready and went to school. I remember my mom took me because my dad had to go to work early. I didn't say goodbye to him because he left very early.

When I arrived, my best friend was waiting for me in the hallway just like she always did. We went to classes, ate lunch and went back to classes again. I said goodbye to her and each of us went their own way home.

Everything seemed normal until I got home. When I got there, I opened the door and went in. No one was there so I started to look around for my mom in the house but there was no sign of her. I called my dad but it went directly to voicemail. That was odd because he always answered even when he was too busy. I tried to call my mom and the same thing happened, straight to voicemail. I didn't know what to do so I

went into my grandparents' but she wasn't there either. Then, I went to my other grandparents'. No one was there.

I started getting worried. Where was everyone? What had happened? Frantically, I called my best friend. She told me that her mom wasn't at home either and her dad didn't answer her phone call. The same as me. That's when we got really worried.

We called our friends and it was the same thing. Their parents were missing too. I tried to stay calm and I started to think out a possible explanation for everything that was happening. Time passed quickly and I fell asleep like a log.

When I woke up I thought I had been dreaming, so I went down the stairs and started searching for my parents but no, they weren't there. I was alone just like the night before. Well, not completely the same as the night before, but I didn't know that yet.

I tried to call my best friend but now she didn't answer. I called my other friends and no answered. What was happening? Why is no one answering their phones? I had to do something so I went upstairs to change so I could go out and search for someone that could tell me what was going on.

I went outside. The streets were silent as if no one had ever lived there. Where were the birds? The insects? Stray cats or dogs? This was odd because every day the streets were full of noise and people were going to work or to school but now nobody was out. It was a ghost town.

I went directly to my best friend's house but she didn't answer. I pounded and pounded on the front door but there was no response. I went to her neighbours' house to ask where she might be but no one opened their door for me either. I went from house to house knocking but it was the same, no response. I was getting really afraid about what was going on.

I didn't know what to do. Where should I go now? The only thing I did at that moment was cry. I was so overwhelmed

by my emotions that I didn't want to think anymore. I just wanted to cry and that's why I did for about 15 minutes.

After crying, I got up, wiped my cheeks and started looking for anyone who could help me or give me some answers.

I went from house to house but it was like I was completely alone.

I walked home and took a shower.

I was so emotional after the shower that I fell asleep.

The next day I woke up early, got ready and started looking for someone. I was convinced that I couldn't be alone in the world. There should be someone else but, where? I didn't know but I was determined to find them.

This happened almost a year ago. Yes, one year of living by myself in a world that seems empty. I confess that I stopped looking for someone months ago. I somehow understood that it was pointless. It was clear to me that I was the only one here.

Part of me still wants to find someone but every day that seems less and less likely. Despite that, I started using the radio to see if I could contact someone else in another country or in another continent, maybe they were alone just like me.

Today I decided to tell my story and maybe someone will listen to it. If that's the case, please contact me, you are not alone. I'm here too and I would really appreciate the company.

Tomorrow, I'll be here telling another story or something.

I really miss you, mom and dad. I wish I could at least have had the chance to say goodbye and hug you one more time. I love you both wherever you are.

Over and out.

Falling or Living

Adela von Bülow Peyret

Bachillerato 6010

Here lies my cliff,
like the pleading of my heart.
There is no ground for the falling leaf,
by being untouched, one breaks apart.

It's the beauty of the sight,
while honoring Icarus' life.
Feels like a continuous fight,
not knowing if it's the fire or the height,
who wants us to own this lineal time.
Choosing everlasting moments for life,
and what makes us unravel rather than shine,
compel it to become ephemeral in style.

Time never forgives and always forgets,
He is dauntingly endless when we are finite.
She is the layering ashes of cigarettes,
And my pen to eternalize in my writing.

What is the night?

Adela von Bülow Peyret

Bachillerato 6010

Nothing but pale lights,
nothing but wasting time.
Describe to me the nights,
help me to redefine.

How to look up to the limitless?
How does one remember being alive?
I only know breathing spiritless,
knowing I must stay, I must survive.

If I fall can I fly?
Or was it a daydreaming lie.
We fight for what's not yours nor mine,
we fight to stay in line.

Look at me in the eye
tell me it's worth the while.
Never utter to me goodbye
Don't leave me in this deserted isle.

Can nothing ever be enough?
We could gild it and dress it up,
keep in secret the bluff,
never dare to take a close up.

Make it shout, make it shine,
make me believe you were mine,
make us forget that we were here,
make you for me disappear.

Sell me the hoax like a dream,
let me live behind the screen.
Don't look at me like this,
anything better than the abyss
why not live through this?

The awaiting maid in the rose garden

Adela von Bülow Peyret

Bachillerato 6010

You didn't come back like you said,
you brought yourself to light.
while I laid down on my hospital bed,
the one in my room tonight,
the one that has always been mine.
I don't want to plead you to make it right,
Never asked you for a goldmine.
All I want is a simple spotlight,
a joyful clap from far behind,
from your window be a beautiful sight,
a thought that hugs you from inside.

You know I can't ask you for love,
so why do you keep me in this battle?
No one dares to hold the white flag above,
nearly blind all I hear is a loud brattle.

Wrestling with a knight named fate.
Singing to me softly the word pardon,
for you it will never be too late.
Let me guide you into the rose garden

I will take a sigh over silence.
Don't you know that you aren't here?
You have my every compliance,
I once was a rebel soul my dear.
Come back like you said you did.
I have surrounded you with fireflies,
looking into my soul god forbid,
see how my lonesome fire dies.



Sahara Karenina Meléndez Rubio 1030

ALUMNI

I am

Daniela Monserrat Salinas Domínguez

I am

Daniela Monserrat Salinas Domínguez

Alumni

I am

living on the edge
of the abyss of my mind.
feeling the ocean combine
with my bowels. They collide.

blue
as the reflection of the sky
upon the sublime tide.
drowned.

a soul grieving
the Earth's pressure.
obliged to resist,
down, in the water deeps.



Jade Ismene Olvera Amozurrutia 1040

Antología Nuestras Voces

Editada por el Colegio Madrid A.C.

Ilustración de portada exterior:

Juan Palomino

Ilustración de portada interior:

Andrea Balcorta

Edición:

Lourdes Aguilar S. y Pedro Martín A.

Revisión textos Primaria:

Gabriela Concepción Anaya P. y María Guadalupe Anaya P.

Corrección de textos en Inglés:

Liliana Carolina Pondelek B. y Roxana Jiménez E.

Coordinación de Ilustraciones:

Adriana Cristina Bátiz Rochin

Diseño:

Adriana Esteve y Shannen Fortis

En su composición se utilizaron tipos Acuta y Fira sans

México D.F.

INSTITUCIÓN MEXICANA DE ENSEÑANZA FUNDADA EN 1941 POR EL EXILIO REPUBLICANO
ESPAÑOL, INTEGRADA A LA RED DE CENTROS ESPAÑOLES EN EL EXTERIOR
Calle Puente No. 224 Col. Ex Hacienda San Juan de Dios CP 14387 Ciudad de México



**Colegio
Madrid**



Junta de Gobierno

Presidente • Lic. Jaime J. del Río Castillo

Vicepresidente • Ing. Roberto Ruiz Vilá

Vocales • Dra. Mercedes de Agüero Servín

• Ing. Javier Brosa Curcó

• Dra. María Luisa Capella Vizcaíno

• Dra. Mercedes de Agüero Servín

• Dr. Juan Carlos Echeverría Arjonilla

• Dra. Renata Elizondo Azuela

• Biol. Alejandro Gutiérrez Marcos

Directora General • Ana María Jiménez Aparicio

Director Administrativo • Lucía Tort San Román

Directora de Bachillerato CCH • Laura Gilabert Martínez

Directora de Secundaria • Natzín I. García Macías

Directora de Primaria • Gabriela Marín Martínez

Directora de Preescolar • Claudia E. Pérez Ulloa



Colegi
Madrid

io
d

